









DGCL  
A

# EL REGIDOR

DE LA DE TERRAN  
EN SEGOVIA

T.158019

C.1198996



«BIBLIOTECA HESPERIA»

---

MARQUÉS DE LOZOYA

---

# EL REGIDOR

NOVELA DE TIERRAS  
DE SEGOVIA

5

Editorial VOLUNTAD, S. A.

Madrid

« BIBLIOTECA HESPERIA »

---

Tomo I.—René Bazin, <i>Corentina</i> . . . . .	3,50 ptas'
» II.—Tirso Medina, <i>El asesino de la Muñeca</i> . . . . .	3,50 »
» III.—René Bazin, <i>La voz de la sangre</i> . . . . .	4,00 »
» IV.—Rubio Coloma, <i>Amores africanos</i> . . . . .	5,00 »
» V.—Rodziewiczowna, <i>La encina sagrada</i> . . . . .	4,00 »
» VI.—Marqués de Lozoya, <i>El Regidor</i> . . . . .	5,00 »



R. 121583



STOS "papeles forman la más completa y ordenada de las colecciones que se encontraron en la gaveta de don Carlos de Ossorio.

Conocí al erudito caballero cuando era yo un niño y él tan anciano que los más viejos de la ciudad habían perdido la cuenta de sus años. Vivía entonces solo en una casa medieval, amplia y noble, con huerto, tan espeso como una selva, sobre las murallas que miran al río. Solíamos saludarle los muchachos en los atardeceres, por las alamedas que rodean el recinto, cuando paseaba sus soledades y sus pensamientos, y mirábamos casi con miedo su alta figura, siempre envuelta en amplios y sombríos ropajes, su melena blanquísima, y aquellos ojos glaucos que tantas cosas habían visto. Encontrábamole semejanzas con los más sabios encantadores de nuestros cuentos, porque el anciano conocía el secreto de todos los archivos y de todas las piedras de nuestra viejísima ciudad. Sabía los nombres de los que reposaban en sus tumbas marmóreas, a la sombra

de las iglesias; leía de corrido en los blasones de los palacios solariegos, y podía enumerar, a lo largo de los siglos, los nombres de aquellos que se llamaron sus señores y que no eran, como nosotros no somos, sino precarios inquilinos que abandonaban a los pocos años sus moradas y su ciudad para dejar el puesto a las nuevas generaciones, que se van sucediendo como las rosas de cada primavera en los rosales seculares de los huertos.

La historia de este manuscrito no deja de ser curiosa, y ayudará, a quien lo leyere, a penetrar mejor su sentido.

Hay en él como un reflejo inconsciente de la vida de su autor, que fué tan triste como la senda de un cementerio, entre cruces mortuorias. La mujer a quien amaba le dejó, siendo muy joven, con un solo hijo, en el que puso todas sus ilusiones, porque en él se cifraban las esperanzas de un linaje que era de los repobladores de la ciudad; pero salió torcido el retoño de tantos caballeros, y el padre hubo de pasar por la más amarga y enconada de todas las penas, la única en que no se halla aquella secreta dulzura que en el fondo de los más grandes dolores suele encontrarse. Día por día vió cómo se encanallaba el hijo adorado, que parecía complacerse en hundir más y más por el lodo el honor de su casa, mantenido intacto por tantas generaciones, a costa de innumerables sacrificios.

Por algún tiempo pareció asentar un poco la

cabeza el gallardísimo mancebo, y don Carlos de Ossorio logró verle casado con una doncella noble, algo su pariente; pero volvió pronto a las andadas, y murió luego, en plena mocedad, borrando la memoria de su vida con su cristianísima muerte.

Quedábale al caballero el cariño de su nuera, una niña rubia que parecía más bella con sus trajes de luto; el anciano pensó que la tendría a su lado toda la vida, cultivando con él la memoria del muerto; pero una noche sonaron músicas en la calleja a donde abrían los balcones del palacio, y algunos días después, la viudita anunció a su suegro sus concertadas bodas con un militar forastero, de poco antes establecido en la ciudad. La recia naturaleza del anciano se avenía mal con aquel acabamiento de sus esperanzas, y buscaba algún apoyo que le sostuviese para rehacer su vida. Un día supo que de los volanderos amores de su hijo había quedado un niño cuya madre era de bajísima condición; no sin pasar sinsabores y humillaciones, pudo recogerle en su casa y educarle para que fuera el continuador de su linaje, que no se resignaba a morir. Parecía el bastardo de muy noble condición, y el abuelo iba encariñándose con él más cada día, porque veía en él resurgir el humor caballeresco y aventurero de los Ossorio. El viejo y el muchacho solían pasar las horas en la biblioteca leyendo libros de antiguas historias. Embriagado por estas lecturas, el mozuelo se escapó una

noche de su casa para unirse a una partida carlista que merodeaba por la sierra. Y otra noche trajeron, a la luz de los hachones, su cuerpo, traspasado por las balas de los soldados del gobierno. El caballero, reputado como afecto a la causa del Pretendiente, tuvo que abandonar su casa y su ciudad, y desde tierra extraña vió cómo se derrumbaban los ideales de toda su vida.

A la vuelta del destierro comenzó para don Carlos de Ossorio la triste existencia de los que a sí mismos se sobreviven. Encerróse en su despacho, cuyos muebles románticos de damasco y caoba se bañaban en la luz dorada que venía del huerto, y, por olvidarse un poco de su sangrienta herida, dió en rebuscar, entre los papeles de su archivo, datos para componer un libro, que había de llamarse *El fin de la Caballería Ciudadana con el vencimiento de las Comunidades*.

Muchos años pasó en buscar documentos para su historia; pero, a medida que se iba entrando en ella, se dió en su mente, un poco debilitada por los años, un raro fenómeno: su espíritu comenzó a desligarse de la servil sujeción al material acumulado, y comenzó a volar libremente por el amplio campo de los sueños y de los recuerdos; cada vez se desembarazaba más de las cadenas que le ataban a la verdad y daba más lugar en sus escritos a sus fantasías. En las últimas páginas, no quedaba de los documentos sino un reflejo, mez-



clado con impresiones de paisajes y de lecturas. Y lo más nuevo del caso es que el erudito fué confundiendo su propia historia con la de su antepasado Rodrigo Fernández Ossorio, que había de ser la principal figura de su relato, y atribuyéndole sus sensaciones y sus pensamientos.

Así nació este libro, verdaderamente singular, porque ni todo es verdad en él, ni todo ficción. Para historia le sobran invenciones, y para novela conserva, de su primer origen, demasiado fondo de verdad, sin que sea posible distinguir en él lo verdadero de lo imaginado. Pero yo me sospecho que casi todos los personajes de la tal leyenda bulleron en carne y hueso por el mundo, y aun dijeron muchas de las palabras que el autor les atribuye.

No he de contar ahora cómo llegaron estos papeles a mis manos; he tardado mucho tiempo en decidirme a publicarlos, porque me temo que tengan la ordinaria suerte de las cosas mestizas, que es no contentar a ninguno; pues los que busquen entretenimiento encontrarán demasiada historia, y los que busquen historia, demasiada fábula. Se puede creer, no obstante, que el venerable hidalgo, a fuerza de contemplar las piedras y los paisajes de su ciudad, había llegado a una maravillosa intuición de sus secretos, y que hay en sus invenciones más verdad que en muchos libros de eruditos que no supieron volar un punto ni desasirse de la aridez implacable de las fuentes.



## PROEMIO



N el diáfano ambiente de aquella mañana del mes de enero, la ondulada cuerda de la sierra cortaba el azul con una línea limpísima desde los altos donde nace el río Pirón hasta las cimas lejanas de los montes de Avila. Se miraba el sol en los ventisqueros de Peñacitores y de la Muerta y doraba los muros almenados y las altas torres de la ciudad antigua que, desde el peñón en que fué establecida, por hombres o por semidioses, mira pasar los siglos, como las aguas del río serrano, que mueve sus ingenios, riega sus huertas y traza luego su segur de plata entre los trigales de la llanada.

Vibraba el aire con el constante ruido de los batanes situados a lo largo de la ribera y con el latir sonoro del metal golpeado en las forjas; el sol todo lo animaba y lo embellecía todo;

llenaba los caminos y las rúas de gentes contentas de vivir. Rebosante de vida, de una vida compleja y bulliciosa, estaba Segovia en aquellos primeros años del siglo XVI, en que la poblaban gentes venidas de todas partes; de raza, de costumbres y aun de religión diversas, que de día se comunicaban y comerciaban, para encerrarse, a la noche, en sus barrios, separados como otras tantas ciudades distintas. Al Poniente vivían los canónigos, al amparo de su catedral, pequeña y sombría, con aspecto de fortaleza; al Sur estaban las juderías, medio despobladas desde el tiempo en que sus habitantes, arrojados de ellas, tuvieron que aposentarse entre sus muertos en los osarios del Clamores, para emprender luego su éxodo hacia Grecia, Berbería o Portugal; al mismo lado, el barrio de los moros, callados e industriosos; en el centro, los mercaderes y los cambistas, venidos muchos de ellos de las tierras levantinas o de las brumas de Flandes o de Vizcaya; al Oriente, los caballeros que asentábanse en el Ayuntamiento en los bancos de Díaz Sanz y de Fernán García; y en los arrabales, la muchedumbre innumerable de tejedores, pelaires, corambreros y boneteros; los que mantenían con su trabajo la opulencia y la fama de la ciudad. Al sonar las campanadas de mediodía, gente de todos los barrios llenaba la estrecha rúa que

va desde el Azoguejo hasta la plaza de San Miguel y se detenía en el remanso que hace la calle debajo de la iglesia de San Martín, donde los Santos, esculpidos en la portada, parecen tomar el sol, como a la puerta de sus casas lo suelen hacer los ancianos en Castilla.

Es el atrio de San Martín, cuyo piso de antiguas losas se levanta algunas varas sobre la calle, un lugar bien dispuesto para conversar apaciblemente al resguardo del cierzo, cortante y fino como un diamante; congregábanse en él a aquella hora personas de diversa condición, en su mayor parte cofrades de la Hermandad del Santo patrono, los cuales esperaban a que el cura Blas de Arévalo se despojase de los ornamentos con que acababa de celebrar, para dar comienzo a la Junta ordinaria de principios de año; había allí canónigos con sotanas y bonetes prietos, caballeros con ropas aforradas en pieles y melena recortada bajo la gorra de velludo, médicos y letrados de grave continente y sombría vestimenta, maestros de varios oficios, envueltos decorosamente en sus capas de buen paño; figuras todas austeras, enérgicas y apasionadas como aquellas que solía pintar, sobre tableros dorados, el pintor de retablos Pedro de Berruguete. Conversaban sobre los asuntos de la ciudad y del Concejo, sosegadamente, en frases concisas, de admirable precisión. Decía el

licenciado Astudillo, secretario de la Ciudad y Tierra, tan moreno de rostro y cerrado de barba que, a pesar de sus redondos anteojos de letrado, tenía un no sé qué de salvaje y montaraz:

— Carta de Su Alteza leyóse ayer en Concejo, fechada en las Cortes de Toro, y dice en ella cómo ha sido jurado Gobernador de estos Reinos hasta que de Flandes vengan la Princesa y el Príncipe.

— A muchos pesará—dijo el arcediano don Gil Velázquez—, que holgarían de que estuviese ya en Castilla el Rey mozo y liberal en lugar del viejo avisado que bien les conoce. ¡Oh, si éstos que digo pudieran con el pensamiento traer a Don Felipe! Presto desembarcara entonces en Laredo, aunque para verlo hubieran de dar el ánima a Satanás.

Un viejo monedero, de voz temblorosa y de ojos siempre encarnados y llorosos, murmuró estas palabras:

— ¡Lo que es, señores, la codicia de heredar! Apenas si descansa el cuerpo de aquella santa en la misma tierra que por ella se ganó, y ya se mueven pleitos en Castilla por su herencia. ¡Mejor se emplearan en hacer bien por su ánima! Porque mis hijos no sientan nunca esa codicia, hogaño repartí con ellos cuanto tenía, y me quedé sin más hacienda que esta capa y sayo, que serán mi mortaja.

Siguió plañiendo por algún tiempo el vejezuelo de la voz temblona ingraticudes de hijos y desabrimientos de nueras; pero los cofrades atendían con más gusto al orondo mercader Alonso de Santa Olalla, que contaba cómo viniendo un día, pocos antes del de San Andrés, de Arévalo a Medina, con ciertos acemileros, topó, pasado Madrigal, con el ataúd de la Reina, cubierto de un paño rico, y que seis labradores llevaban a hombros; detrás de él iban prelados y caballeros, soldados y frailes. Llovía tanto, que el cielo gris y los campos grises se tocaban y confundían y eran turbios torrentes los senderos; hombres y bestias, azotados cruelmente, caminaban mohinos y cabizbajos; el mercader y los acemileros rezaron un *Pater noster*, arrodillados en el fango, y desandaron sus caminos para acompañar al entierro hasta Arévalo, donde el estruendo de los llantos y de las voces dominaba el clamor de las parroquias que tocaban a muerto.

Todos callaron algún espacio, impresionados por la visión de la buena Reina Isabel atravesando por última vez, bajo la lluvia de noviembre, sus campos de Castilla; rompió el silencio la voz despaciosa del tundidor Diego Sánchez, hombre sin edad marcada, enjuto como un haz de sarmientos.

—Dios prospere al Rey Don Fernando y a

la católica Reina tenga en su gloria, porque oprimieron a la morería y ensancharon la cristiandad.

— Dijera yo como vos, Diego Sánchez, si, al tiempo que ganaron nuevas ciudades y reinos, no hubieran despojado a estos que heredaron de sus pasados, los Reyes de buena memoria.

El que de este modo exponía sus juicios, con una voz hermosa y flexible, era Rodrigo Fernández Ossorio, el más hacendado y poderoso entre los caballeros de ambos linajes; al comenzar las lluvias de otoñada, desde los adarves de su casa fuerte de la plaza de San Pablo, veía pasar los rebaños innumerables de sus merinas, en busca de los pastos de Bornos o de la Alcudia; en los últimos días del dorado septiembre, una larga procesión de carretas de bueyes henchía sus graneros con el trigo de aquellas tierras que los de su linaje ganaron a los moros; su voto era el primero en el Concejo y en las Cofradías, y el pueblo le respetaba más que a ningún otro de los caballeros. Era este Rodrigo Fernández Ossorio un hombre como de cincuenta años, que parecía alto sin serlo, por la perfecta proporción de los miembros de su cuerpo; tenía muy espaciosa la frente, tostada la color, grande la nariz y aguileña, los ojos pardos, pequeños y vivos; delgados los labios,



que dibujaban un gesto desdeñoso y burlón. No muy conforme con la paz de aquellos días, recordaba a menudo los del buen Rey Enrique, bulliciosos y libres, en que a cada paso topábanse en las callejuelas sus escuderos con los de Tapia o de Peñalosa y trababan combate, la sangre corría y se encendía en la ciudad una hoguera de fuego y de pasión.

— Todos sabemos—prosiguió el caballero— con cuánto trabajo nuestros pasados se asentaron en esta tierra, cuña clavada de la vieja Castilla en tierra de moros; con cuánta fatiga la defendieron, cuánto pusieron de su parte para ganar la de Madrid. Para ello fué preciso fundar Comunidad, recia y trabada, de la ciudad con sus pueblos; y los Reyes de donde vienen éstos que ahora son, hiciéronla merced de montes y de pinares para que los ciudadanos comunalmente los aprovecharan y repartiesen hasta el fin de los siglos; pero en nuestros tiempos hemos visto cómo eran separados de la Ciudad y Tierra mil y doscientos vasallos para el patrimonio de un privado.

Clamaba ahora la voz del caballero, firme y segura, como la de quien habla convencido de clarísima justicia.

— Todos los que ahora aquí estáis tenéis en la memoria los cadahalsos de luto que se hicieron en San Miguel, en San Martín y en Santa

Olalla, en los que la ciudad apeló del desafuero ante el Papa y ante Dios; las voces del pueblo, el llanto de los niños abofeteados por sus madres. Aun yo mismo salí a la plaza a quebrar un cántaro y a hacer una humada en señal de la grande injusticia; pero nada nos aprovechó entonces, y henos aquí ahora lamiendo como canes la mano que nos maltrata.

Espantáronse todos de la libertad y desmesura de estas palabras, y guardaron silencio, temerosos de hacerse solidarios de ellas; ya habían pasado para Castilla los tiempos en que se hablaba del Rey, llana y familiarmente, por plazas y mercados; la sombra del poder real caía ahora sobre las cabezas de los castellanos como la de un águila inmensa, explayada en el cielo.

Tornó luego a hablar Diego Sánchez:

— Bien está cuanto dice vuestra merced, y a su tiempo todos lo sentimos como es razón; pero hombre de ruin ánimo será quien no se olvide del propio despojo ante la grandeza de estos tiempos, que son tales que maravillaran a nuestros agüelos si hubieran alcanzado a verlos. Al morir aquel Rey Don Enrique, a quien Dios tenga en su gloria, eran las ciudades de Castilla una viva llama de guerras y de soberbia, turbadas por querellas y banderías, avasalladas por caballeros facinerosos, sin Dios y sin

ley, como aquel Pedro de Mendaña, alcaide de Castronuño... Agora el poder de nuestros Reyes alumbra como el sol y llega a todas partes, hasta a los ahujeros de Galicia, nido de alimañas; expulsados vimos de estos reinos a los judíos, sanguijuelas dellos...

—Expulsados unos, sublimados otros a canonjías y regimientos—interrumpió a este punto el regidor, tan enemigo de la sangre hebraica que en el buen tiempo de bandos y bullicios contribuyó a que se derramara por las calles de la judería, y sonrojáronse el lectoral don Pedro de Alcaraz y el bachiller Alonso de Toro, que eran cristianos nuevos.

Diego Sánchez continuó imperturbable:

—Perdieron los moros una a una las ciudades que desde ocho siglos sujetaban, y en las Indias nuevas todos los días se descubre y gana alguna provincia o reino. ¿Qué importa que nuestra ciudad haya sido despojada de algunos vasallos cuando tantos se ganaron para Jesucristo?

Finó su bien concertado discurso el menestral con un apasionado elogio de la obra magna de Isabel, del Santo Oficio de la Inquisición, confundidor de la herética pravedad. Era esta materia harto ingrata para los oídos de Rodrigo Fernández y de algunos otros caballeros, poco amigos de novedades, y más cuando vulnera-

ban su antiguo privilegio de tener a raya con sus espadas a los judaizantes; pero ninguno fué osado a manifestar sus pensamientos; sólo el Ossorio interrumpió desabridamente al tundidor, asegurando que toda la gloria del mundo no bastaba a encubrir una injusticia. y que muchas ciudades conquistadas no podían pesar en su ánimo lo que el agravio inferido a su ciudad, que era tal que Dios sólo podía perdonarlo.

Para cortar la discusión, que la tenacidad de ambos cofrades prolongaba, comenzó a hablar don Gil Velázquez, arcediano de Cuéllar, y todos escucharon en silencio sus conceptos, vertidos en un habla apagada, tranquila, forjada en elegantes giros y esmaltada de citas latinas y toscanas. No aparentaba más de cuarenta años, y era medianamente grueso y de facciones nobles y firmes como los perfiles de emperadores en las medallas antiguas. Por sabio le tenían en toda la ciudad, y en ella se comentaba que solía gastar los productos de sus beneficios y las rentas de su patrimonio, no en gerifaltes y otras aves de caza, ni en lebreles o en potros, ni en ropas aforradas en martas, como otros canónigos, sino en libros manuscritos o de estampa, de que le proveían los mercaderes de Salamanca o de Medina, y en medallas, vasos y estatuas que a gran costa se

hacía traer de Milán o de Florencia para llenar con ellos los aposentos de su casita de la Canonjía Nueva. Los ratos que no gastaba en leer o en ordenar y contemplar sus tesoros, solía emplearlos en dirigir las obras de una capilla que, para su enterramiento, edificaba en la catedral. El arcediano gozaba viendo cómo los escultores hacían nacer de la piedra franca un mundo de figuras del Viejo y del Nuevo Testamento, y aun genios y trofeos de la gentilidad; cómo los carpinteros acoplaban en los retablos las tallas polícromas venidas de Brujas por el puerto de Castro Urdiales; cómo los rejeros iban forjando y componiendo la elegante tracería de las rejas y los pintores fingían sobre los tableros del retablo la propia imagen de don Gil Velázquez, orante a los pies de una Virgen, revestida de capa de oro. Entre el latir de martillos y de cinceles, entre el áspero ruido de sierras y de escoplos, el buen prebendado sentíase feliz viendo cómo tomaban forma palpable sus ensueños de poeta erudito.

En este alegre mediodía invernal en que se juntaban los cofrades de San Martín, sentado debajo de un sepulcro que sobresale del muro sobre recios canes, frente a las arquerías que se apoyan en capiteles de maravillosa labor, don Gil Velázquez disertó de las grandezas de la ciudad, que él tan bien conocía; de las altas ha-

zañas de sus hijos, de las penitencias y milagros de sus santos; y los ciudadanos escuchaban con avidez aquellas palabras que les ponían en comunicación con los muertos, y henchíanse de orgullo por pertenecer a una tan insigne y antigua colectividad, por ser continuadores y herederos de las virtudes y el valor de los pasados.

.....  
No se había cansado de hablar el arcediano, ni de escucharle los cofrades, cuando apareció, en la puerta que de la iglesia da paso al pórtico por el lado del Mediodía, el cura Blas de Arévalo, con el sacristán y los monacillos; pero atájole, antes de que se llegase al grupo, una vejezuela que había permanecido sentada en una grada, bien arrebujaada en su manto de sombría estameña.

— Disimule vuestra merced, señor bachiller —dijo quedamente al clérigo, mostrándole un niño que bajo su manto traía y comenzaba a despertarse—; esperen un punto estos caballeros, que antes de que la Junta empiece tiene que cristianarme por caridad a este ángel que aquí traigo, que ya se impacienta por entrar en el gremio de la Iglesia.

Prorrumpió entonces el cura en una sonora risotada:

— ¿Hasta cuándo, señora Mari-Sánchez, vais a persistir sola en vuestro oficio de asistín a

paridas, amadrinar infantes, velar a enfermos y a difuntos y juntar y consolar a malcasados? ¿Tan miserable es el oficio que no da para mantener oficiales y aprendices, o es que por acaso no sois examinada y andáis sin carta de maestría?

Sonrióse beatamente a estas palabras la vezuela. ¡Oh, qué lengua sería bastante para cantar la virtud y abnegación cristianísima, la solicitud ilimitada, oportuna siempre, siempre discreta, de esta Mari-Sánchez la del Arrabal! Madre solían llamarla, y en sus entrañas había para todos tesoros de maternal amor. ¿Qué pluma podría describir las muchas artes que sabía para entablillar miembros rotos, lavar y curar heridas, disponer bálsamos y ungüentos con estoraque, con benjuí, con grasas de animales y con diversas flores y plantas: *mançanilla e romero, maluahuisco, culantrillo, coronillas, flor de sauco e de mostaza, espliego e laurel blanco, tartarosa e gramonilla, flor saluaje e higuieruela, pico de oro e hoja tinta?* Basta saber que de su ciencia, que heredó una su ahijada, tomó no pocas noticias el doctor Andrés Laguna para sus comentarios a Dioscórides Anazarbeo. Era tan vieja, que sus años, contados por maravedises, harían algunos reales; viva y menuda, delgada y limpísima, allá parecía donde adivinaba dolor o necesidad.

El cura, que era de buen acomodo, como hombre grueso, disculpóse con los cofrades y abandonó de buen talante el sol exterior para hundirse de nuevo entre las frías sombras del templo; pero los monacillos, que por larga experiencia sabían el escaso provecho de los bautizos de estos ahijados de Mari-Sánchez, nacidos todos en el desamparo del pecado o de la miseria, no se apresuraron a cumplir con su menester, y dieron en burlar con la anciana, harto paciente para las destemplanzas infantiles.

— ¡Albricias, galanes—dijo uno—; que agora habremos con qué mercar jubón, calzas y gorra! Todo de las derramas del bautizo deste príncipe que acá nos trae doña Mari-Sánchez.

— Señor caballero—añadió otro de ellos, agraz de pícaro, haciendo ante el niño una burlesca reverencia—, cuando seréis arzobispo, acordaos de que yo, Pedro Galán, tuve los Evangelios y la crismera cuando os trujeron a cristianar.

Y otro, de peor condición:

— Tantos días de vida os dé Dios como reales nos queden de la ceremonia. ¡Mejor sea el año, que empieza!

— ¡De poco aguante sois, loquillos!—replicó la vieja—. ¿No sino a la primera azadonada queríais sacar agua? Otros bautizos vendrán,



de hidalgos. que os darán de comer; servid este por caridad, como cristianos, que en el cielo lo encontraréis en su día.

— ¡Calle la boca y ábrase la bolsa—dijo a este punto el sacristán, seco y avaro—, que el abad de lo que canta, yanta! Si aquel vuestro hijo hubiera sabido ganarlo, como nosotros, no topara con la áspera muerte en las islas nuevas.

Veláronse de lágrimas los vivos ojuelos de la anciana, y calló por algún espacio; el recuerdo del hijo, mozo y garrido, asaetado por los indios en un fortín de la Española, era espina clavada siempre en su alma heroica; pero el dolor de aquella herida, lejos de agriar la bondad de su condición, la hacía más sensible para comprender las penas ajenas y más pronta a buscar el modo de aliviarlas. Tomando al niño con el brazo izquierdo, Mari-Sánchez hundió la sarmentosa diestra en la faltriquera y sacó de sus lobregeces hasta cuatro reales envueltos en un pañizuelo; separó penosamente dos de ellos y se los dió al sacristán, que, de confuso, no acertaba a tomarlos.

— ¡Andad, hijo, y haced que toquen las campanas y que el bautizo sea sonado, como el del hijo de un caballero!

Y como algunos cofrades se acercasen curiosos, hubo de explicarles:

— Caballero es el padre de este infante, y

muy principal, a lo menos por su linaje, pues por sus obras no debe de serlo quien engaña a una doncella con fingidas palabras de casamiento y no se acuerda del hijo que sus pecados y pasiones engendraron.

Y envolviendo cuidadosamente a su ahijado, fruto de tristes amores, penetró en el templo, cuyas campanas lanzaban alegres sonidos al claro ambiente del soleado mediodía invernal.

# PARTE PRIMERA

---

## LA CABALLERIA CIUDADANA



# I



SOBRE el niño que la señora Mari-Sánchez llevó a cristianar a la parroquia de San Martín, ha pasado una década, preñada de gloriosos sucesos para Castilla. Ganáronse en Africa nuevas ciudades a la morería;

navíos españoles signaban con su blanca estela mares desconocidos, y todos los días abríanse ante los ojos de los castellanos nuevas comarcas cuya riqueza nadie osara soñar; la gente de España imponía la ley en los campos italianos, palenque de los bríos de Europa; el Renacimiento daba nuevos matices a la pujante vitalidad de las ciudades de gloriosa historia; fundábanse en ellas estudios y colegios y se levantaban magníficos edificios de obra antigua o romana; impresores alemanes iban de una en otra llevando

por los caminos polvorientos los simples ingenios de su menester—prensas y tórculos, cajas de gruesa letra gótica, iniciales y viñetas de madera—, con los cuales estampaban elegantes tratados escritos en latín o en romance por caballeros y clérigos eruditos.

Bien poco de este ruido y movimiento había llegado al arrabal de San Lorenzo, extramuros de la vieja Segovia, al pie de la colina del Terminillo, que parece esculpida en luciente cobre, en el punto en el que el Eresma se deshace y despeña con monótono estruendo en los innumerables artilugios de molinos y de batanes. La vieja iglesia parroquial, que desde los días de la repoblación agrupó en su torno casas y fábricas, presentía quizá que las espadas de los soldados y las proas de los galeones abrirían caminos por donde la sangre de Castilla y su energía se derramasen y perdiesen.

Sentado al sol, con otros monacillos, en unas piedras del osario, Alonso, el ahijado de Mari-Sánchez, descansaba de las fatigas de aquella espléndida mañana de junio. A la hora de mediodía, los infantes del bullicioso y desenfadado tercio tenían ya en su haber hazañas suficientes para rendir a gente aguerrida: después de servir diversas misas en las desnudas capillas de la parroquia, iluminadas apenas por la fría luz del amanecer, habían dado asalto al huerto de

las monjas de San Vicente, rompiendo la clausura, sin que les contuviese el temor a las canónicas penas, para robar y probar el ácido fruto de los cerezos; luego, en las alamedas y sotillos del río, derribaron, de unos altos chopos, nidos de verderón y de pardal. Apedreando canes, rompiendo tejas, derribando ruelas a las ancianas que hilaban a las puertas de sus casucas, se fueron retirando hacia la plaza de la iglesia, donde tenían establecidos sus cuarteles; saltaron ágilmente las tapias del osario y jugaron por algún tiempo a las bochas con las tibias y las calaveras de los antiguos feligreses hasta que, aspeados los miembros, rotos los trajes, los rostros encendidos por el trajín, sentáronse en fila, cara al sol, apoyadas las espaldas en la pared dorada. Entre los rapaces, Alonso se distinguía por su aspecto algo más delicado y por la extraña claridad que difundían en su rostro moreno sus ojos azules; sin saber aun andar había venido con su madre, Ana Galinda, a vivir en el barrio; pero como era el único de la tropa no bautizado en la pila parroquial, sus compañeros solían llamarle Alonso *el de San Martín*; de esta manera, a falta de solar conocido con cuya alcuña enorgullecerse, tenía el niño por casa solariega la parroquia antigua y venerable.

En torno de la torre de ladrillo daba vueltas

la cigüeña, destacando del cielo azul lo blanco y negro de las tendidas alas; al verla, los monacillos dieron en cantar:

Señora cigüeña:  
La casa se os quema,  
Los hijos se os van...

— ¡Cigüeña romera—gritó Pedro de Ruesgas, capitán del tercio por virtud de la fuerza notoria de sus brazos—, decidme adónde os pasaréis en agosto, o si no, os he de apedrear el nido y robar los hijuelos! ¿Será a las Indias, donde hay grandes lagartos y papagayos colorados?

— ¡No va a allá—arguyó gravemente otro monacillo—, sino a Morería! Dice agüela que la cigüeña es cristiana de verano y mora de invierno.

— ¡Quién se fuera con ella—suspiró Alonso—donde se peleara por nuestra santa fe!

Y todo el grupo asintió a estas palabras.

Pasaron luego a otro tema, sin transición, como los niños suelen hacer; comunicó uno de ellos que su padre había sido nombrado muñidor de su cofradía, y otro, para deslumbrarle, replicó que aquello era cosa de nada comparado con la grandeza de su abuelo, que era aquel año prioste de los zapateros de Sancti Spiritus y



salía en las fiestas muy galán, con ropón de grana y vara de plata. Como todos entonces comenzasen a aquilatar y ponderar sus linajes, Alonso *el de San Martín* tuvo en la punta de la lengua el decir lo que oyera a las comadres del barrio cuando le acariciaban y regalaban: que su padre era el más principal caballero y el más osado jinete de toda la ciudad; pero su instinto y aun su experiencia le advirtieron que en aquella cuestión saldría siempre corrido y confuso. Guardó, pues, silencio y se detuvo un punto a pensar en el misterio de su origen; en por qué nunca conociera, como los otros, padre a quien temer y con cuyos privilegios enorgullecerse; pero hemos de notar que esta tenebrosa cuestión no le preocupó mucho tiempo ni turbó un momento la plácida serenidad de su espíritu.

Como las campanas de la parroquia lanzasen a los aires el toque meridiano, todos los monacillos se destocaron y, guiados por Pedro de Ruesgas, rezaron gravemente las tres Avemarías. Entretanto habíanse detenido en el aire los mazos de batán, y en casa de los pelaires suspendióse el rumor acompasado de pértigas y de palmares; llenóse la plaza de menestrales que reían y conversaban; en las puertas aparecieron las mujeres llamando a los muchachos con grandes voces, preñadas de reniegos y de

maldiciones; los monacillos saltaron de un brinco la tapia del osario y, sin despedirse, dispersáronse buscando en sus casas la sopa caliente. Desde que supieron andar tuvieron la calle por ordinaria vivienda, y sólo al mediodía y a la noche buscaban el hogar, donde nadie se acordaba de ellos; si alguno volvía descalabrado de una pedrea o de las aristas de algún risco por donde se despeñara, las mujeres lloraban ruidosamente la malaventura, pero muy pronto, muriere o sanase el herido, la familia recobraba su ordinaria impasibilidad.

Alonso tomó sin prisa el camino de su casa; iba divirtiéndose con los vuelos de los pájaros y las carreras de los canes, pues sabía que nadie tomaba cuenta de él, ni le atendía; así llegó a la choza de su abuelo, que estaba a la entrada del puente de Cigüeñuelas, suspendida sobre el río que por allá se derrumba con temeroso y constante clamor; en aquel chamizo techado de paja y cuyas paredes manaban agua, vivía el niño con su madre, Ana Galinda, y con su abuelo, el muñidor de la cofradía del Angel. En el interior todo era triste, sórdido y miserable por extremo; constaba la vivienda de una sola estancia, y lo más de ella ocupaba una piedra de molino que servía de hogar, flanqueada de poyetes de ladrillo y cobijada por una campana, por donde salía el humo y entraba la luz.

En uno de aquellos asientos pasaba el viejo muñidor todas las horas que no perdía en tomar el sol a la puerta; callado siempre, contemplaba los leños en ascua arder y desmoronarse como fantásticos castillos de rubíes, y seguía el parpadeo de las últimas brasas entre la ceniza; a la noche, tendíase el viejo en un camastro embutido en un hueco del muro, dormía la mujer sobre una saca, en un rincón, y el niño hacía de cualquier porción del piso. lecho para su fácil sueño hasta que, en las serenas noches de julio, buscaba alcoba más ventilada y mullida en las eras del Mercado o en los desmontes de Santa Lucía, bajo la majestad del cielo estival.

Los sucesos alegres o adversos de su vida no habían dejado en el ánimo de Pedro Galindo, el muñidor, más huella que las avenidas del río suelen dejar en los cantizales en que se asentaba su casuca; su rostro era tan impasible como el de los santos de los capiteles de la parroquia; nadie le había visto reír, y, sin duda, desde que fué hombre, no llorara; las escasas palabras de sus labios eran ambiguas y vagas siempre. El día en que su hija le abandonó, vencida por las promesas del más galán y magnífico hidalgo de cuantos justaban en los sotos del Eresma, no pareció conmoverse por un suceso que ni él ni muchos de sus convecinos, gente de amplia moral, estimaban como deshonroso y cuyo lu-

cro no dejaban de calcular. Solamente cuando la moza volvió a la casa, abandonada y pobre, con un niño en los brazos, sus ojuelos grises encendiéronse en una llama de coraje y despecho; no tuvo para ella ni un gesto de reproche ni una palabra de perdón, y en la choza del puente se reanudó el penoso curso de los días iguales, arrullados por el bramido de las aguas, que rompían y se estrellaban contra los viscosos peñascos de granito.

Tampoco Ana Galinda necesitaba más ni pedía otra cosa. Su naturaleza, enérgica y recia, carecía de complicaciones; dominábala por entero un orgullo sin freno ni medida, y en la soledad en que su infancia y su primera juventud transcurrieron, esta pasión se había ido refinando y depurando cada día. La muerte de su madre dejóla, muy niña aún, señora de su choza y encargada de los menesteres de ella; su padre sólo asomaba a las horas de comer y dormir, pues el resto del día lo empleaba en cumplir con su oficio o en holgar con los cofrades por las plazas y por los atrios de las iglesias. Alguna rara vez que Ana Galinda fué, con otras mozas, a presenciar justas o cortejo de bodas, volvió a su casa con el alma llena de hieles. Junto a la lumbre del hogar recordaba luego el desfile de las hidalgas cubiertas por almalafas recamadas de oro y montadas en mulas de ricos jaeces; las

damas celebradas en toda la ciudad: doña Aldonza de Cáceres, doña Elvira Ossorio, doña Ana de Peñalosa, servidas por los más galanes caballeros que, para agradarlas, rivalizaban en hacer mal a sus caballos, y que las miraban apasionada y rendidamente, como si fueran diosas; y la moza se complacía en cultivar la simiente de odio y de despecho que engendraba este recuerdo.

Y, corriendo los años, llegó un día en que se dió cuenta de que tenía en su poder el talismán que tanto envidiara: la belleza corporal, exenta en ella del aliño de afeites y tocados. Cuando iba a misa a San Lorenzo, los ojos de los mozos se encendían a su paso, y sus brutales apóstrofes la perseguían; en el puente de Cigüeñuelas sonaban, a la noche, músicas y cantares que nunca llegaron al corazón de la arisca doncella, hartos grande o hartos pequeños para estimarlos.

Pero la fama de la Galinda, belleza poco femenil, cuyo encanto estribaba en la majestad y armonía del cuerpo, recio y airoso, y en el brillo de los profundos ojos negros, pasó los cotos del arrabal de San Lorenzo y subió hasta las casas-fuertes del barrio de los caballeros. En la de Rodrigo Fernández Ossorio, el regidor, vivía su hijo único, Gonzalo Fernández, el mozo, famoso jinete, gran justador y montero,

cuya energía, después de haberse ejercitado en las guerras de Italia, se empleaba ahora en empresas amorosas que hacían fáciles las calidades de su linaje, cuerpo y ánimo y su señorial generosidad. Antojóse el galán de aquella moza altiva de que le hablaban sus escuderos, y que se imaginaba sabrosa y agria, como una manzana sin madurar, y, para rendirla, aprestó sabiamente sus máquinas de guerra y sus ardides; apenas si tuvo necesidad de ellos, pues Ana Galinda cayó pronto, por orgullo más que por amor. Enloquecía de pensar que se llamaba suyo el caballero por quien las hidalgas penaban de amores; que serían envidiados en su persona los damascos, los xametes, las ajorcas, los brincos, los zarcillos y las arracadas que tantas veces ella codiciara viéndoles sobre otras mujeres; la barragana de Gonzalo Fernández no podía menos de ser poderosa en la ciudad, de intervenir en los asuntos del Concejo y de los Linajes.

Un nuevo antojo del galán derrumbó pronto el castillo de tan locas imaginaciones. Para la espantable herida que abriera en su alma el tremendo ultraje, Ana Galinda no podría encontrar más apacible asilo que el sombrío chamizo de su padre, para el cual, bajo su habitual mal humor y despego, conservaba cariño y estimación; admiraba en el viejo aquella su

dignidad sombría, y agradecíale su impasibilidad y su silencio, único trato que su alma dolorida toleraba. Desde su retorno, Ana Galinda sostuvo la vejez del muñidor, al principio con la venta de alguna alhaja, luego con el producto de su trabajo, al que dió todas las energías de su cuerpo robusto con incansable tenacidad y rudeza varonil.

Cuando Alonso penetró aquel día en su casa, sin más trabajo que empujar la puerta, Ana, arrodillada junto al hogar, aderezaba el yantar del viejo, que suspiraba en su rincón sombrío; el reflejo de las brasas iluminaba el duro rostro de la Galinda, tan ajado por las desdichas y por el trabajo, que fuera difícil adivinar en él algún rastro de su antigua belleza; el niño la temía y, sin hacer ruido, sentóse en un escabel junto a la pared. El trato de la mujerona con el fruto de su malaventurado amor era harto desigual; solía mirarle sin cariño, y aun con despego; pero alguna vez le apretujaba entre sus brazos y le cubría de besos, agobiándole con las muestras de un amor maternal, tan esquinado y espinoso que no podía manifestarse sin herir.

Arrimó la Galinda una mesuca junto al viejo y le sirvió de comer; como estuviese aún más hosca y desabrida que solía, notólo el muñidor y pidió la razón de ello.

— Lavaba yo en el río, bajo el Parral—dijo la mujer—, y por el camino que lleva a la puente pasó, con otros, el caballero que bien sabéis, montado en su cuatrago y con un pájaro en el puño; miróme al pasar y no tuvo para mí palabra buena, pero burló y rió con los gentiles-hombres que con él cabalgaban; ni aun me saludaron los escuderos que me servían como a su señora... No me dolió—siguió como quien habla consigo—el ver en su cara que es cierto lo que dicen. Herido está de muerte, por mal de sus pecados, y nadie le verá que le asegure muchos días de vida; la color tiene blanca como un cirio, y los ojos hundidos; él no se cura de ello y reía desenfadado.

— No consintamos que así muera—dijo el viejo—sin que nos deje de lo suyo para reparar el daño que hizo. ¿Por qué no subiríamos vos y yo a pedir justicia a su padre, el viejo regidor?

— ¿Ahí andamos, padre?—clamó desesperada la moza—. ¿No sabéis que tantas fueron con la misma demanda que ahora los escuderos no las dejan pasar del zaguán, donde befan con ellas los mozos de caballeriza?

El niño que, entretanto, había consumido en su rincón los restos de comida de que alcanzó a apoderarse, levantóse para salir; pero no pudo hacerlo sin tropezar con su madre, que arre-



glaba un vasar junto al fogón. Le tomó la brava hembra por el brazo y, atrayéndole a sí, desahogó en él su mal humor de aquel día.

— Será menester, mi galán, poneros luego a oficio, pues que no habéis de ser caballero. ¡Harto gastasteis en calzas y zapatos por pelear con los monacillos en la plaza!

Intervino entonces el muñidor en favor de su nieto; como hombre llano, hijo de pecheros, no podía mirar sin cierto acatamiento a aquel en cuyas venas se unía su sangre plebeya con la más calificada de la ciudad, y le dolía ver sujeto a la servidumbre de un oficio mecánico al descendiente de tantos infanzones. ¿Por qué no esperar aún? ¿No le cumpliría más el ser soldado o frailecico de algún monasterio?

Las palabras del viejo encendieron aún más la cólera de la Galinda; tomó entre las manos la espantada cabeza del niño y, fijando los ojos en aquellas pupilas azules que iluminaban la faz morena con un reflejo tan noble como el de una lama de espada, dijo así:

— No ha de ser sino tundidor. Pues que los hidalgos de donde viene no le llaman, que tenga oficio de villano, como vos y yo y todos los nuestros hemos tenido. ¡Dejadme hacer, padre! ¿No veis que así humillo en él ese linaje de los Ossorios?

Alonso, aun acostumbrado a las destemplanzas de la Galinda, tuvo miedo aquel día y, escabulléndose ágilmente de entre sus brazos, ganó la puerta y, por ella, el tibio ambiente y la alegría de la calle, inundada de sol.



IRABAN los vencejos vertiginosamente en torno de la torre aquel atardecer de junio, víspera de San Juan; el bando innumerable subía y bajaba, desaparecía y tornaba a aparecer, turbando con sus agudos chillidos la paz de aquella hora en que la viva luz del sol comenzaba a atenuarse y dejaba mejor ver las cosas y ponía en ellas más suaves y serenos matices.

Desentendidos de ellos, los monacillos de San Lorenzo, sus implacables enemigos, hacían de la plaza campo para sus hidalgos ejercicios; divididos en dos cuadrillas, como los caballeros de los linajes, justaban entre sí, corrían a competencia cañas y sortija o alanceaban sin piedad al designado por la suerte para el ingrato papel de toro. Algunos vecinos ociosos se dig-

naban interesarse por los juegos, aplaudir a los vencedores y zaherir y azuzar a los vencidos.

Alonso *el de San Martín*, caballero en un palo de escoba, encendido y descompuesto el rostro, increpaba iracundo a su cuadrilla, humillada torpemente por la de Pedro de Ruesgas; tan aturdido estaba que no vió a la Galinda, envuelta en un velo negro, llegarse a su lado, como suelen caer los alcotanes sobre los polluelos que cantan desenfadados en el corral; tomó al niño por un brazo y heló y malogró el altanero apóstrofe que en la garganta se le formaba.

— Venid, hijo, conmigo—dijo al oído de Alonso, asombrado de verse por primera vez en su vida interrumpido en sus juegos—. Acabaron para vos las niñerías, pues desde hoy comenzaréis a ser hombre.

Y desprendiéndose del grupo, que miraba la escena sin comprenderla, madre e hijo tomaron por una calle que va hacia el río entre las tapias de los huertos. Anduvieron en silencio algunos pasos; ella, como siempre, sombría y ensimismada; el niño, confuso por la sorpresa y encolerizado por la brusca interrupción de sus hazañas. Así llegaron a un gran edificio, en cuya fachada, tendida de cal, ponía la tarde reflejos rosados. Sentadas en fila junto al muro

hilaban algunas mujeres, presididas por una viejecita, seca y menuda, cuyas pupilas muertas parecían contemplar fijamente la risueña vega que delante de ella se extendía; acercóse Ana Galinda y, poniendo en la voz una desusada dulzura, la dijo:

— Señora Mari-Sánchez, aquí os traigo al mozo que vos sacasteis a luz y a quien amadrinasteis, para que en el taller de vuestro hermano sea aprendiz y gane su vida.

— ¿Quién eres tú, hija, y quién es ese ahijado que dices? A tantos amadriné que perdí ya la cuenta. Por mis pecados, Dios Nuestro Señor no quiere que vea ya sus caras, ni aun la luz del sol que a buenos y malos alumbró.

— Madre—dijo una moza de las hilanderas, rubia y galana como un oro—, ¿no recuerda de Ana, la hija de Pedro Galindo, el muñidor del Angel?

— ¡Dios me valga!—exclamó la santa vieja—. ¿Este es el rapaz Alonso, que nació en la colación de San Martín? ¡Bien recuerdo de cómo nació, gordezuelo y colorado, y de lo que pasó en su bautizo! ¡Mejor cuadraría en sus manos una espada que no las cardas de pelaire!

— Pague él la pena de los suyos, madre—replicó la Galinda—; que de soberbios y altaneros no quieren mirar la tierra que hollaron.

Pues renta ni privilegio no tiene, gane su pan y peche como nosotros.

No escuchó la vieja estas palabras, atenta a conocer las facciones del niño, palpándolas con sus flacas manos; cuando acabó su examen, con su voz temblorosa y apagada murmuró estas palabras:

— Dé un Alonso se dijo: «Buen nombre y mal mozo»; no se diga esto de vos, que venís de buenos, para que vuestras obras sean tales como es vuestro linaje. Ganad el pan ahora con trabajos, pues que Nuestro Señor Jesucristo no se avergonzó de trabajar en el taller de un menestral. Día vendrá en que os veréis honrado entre los vuestros, que ahora no se cuidan de vos. Cuando esto llegue, rezad un *Pater noster* por mi ánima, pues yo dormiré ya bajo las losas de la iglesia donde me bautizaron.

Bendijo luego al mozo, besóle en la frente y le dejó partir para unirse con su madre, cuya alta y airosa figura se hundía entre las sombras del zaguán.

Comentaron las parleras comadres algún tiempo de Ana Galinda y de su mozo, moviendo las lenguas a compás de los husos. A sus imaginaciones mujeriles eran temas gustosos la antigua belleza de su vecina, sus amores con Gonzalo Fernández, su abandono y pobreza y, sobre todo, el hijo y nieto de poderosos caballeros

puesto a oficio en el obrador de un menestral. Todas sacaban a colación algún signo que vieran en el muchacho y que diputaban por señal notoria de su nobleza: una aducía la claridad y brillo de sus ojos; otras, la brevedad de sus manos o el señorío de sus gestos. Y la filosofía callejera de las más ancianas sacaba del caso graves moralejas sobre el acabamiento de las grandezas humanas y la ruindad de las terrenas vanidades. Notaban las hilanderas que aquel niño que entraba como novicio en la dura religión del trabajo era el último descendiente de los Ossorios, que por tantos siglos dominaron la ciudad desde los bancos del Ayuntamiento. Gonzalo Fernández, el mozo, postrer varón legítimo del gran linaje, agonizaba a aquella hora en las casas del regidor, y al ponerse el sol le llevarían el santo Viático el cura y los feligreses de la hidalga parroquia de San Juan.

Ana, seguida del rapaz, subió la desvencijada escalera hasta dar en la galería donde unos aprendices limpiaban y aderezaban unas cardas; a ella abrían las puertas del obrador, que era un camaranchón apenas iluminado entonces por los reflejos del poniente. Destacando sus sombrías figuras sobre los blancos muros, vislumbrábase hasta una docena de hombres, en calzas y jubón, que cardaban las piezas de paño tendidas en bastidores a lo largo de los muros;

con un movimiento vigoroso y amplio pasaban los pelaires aquellos palmares que tenían sujetos a las manos, por toda la superficie de la tela, que tomaba así su lustre y calidad. El ruido de las ásperas cardas sobre la trama del paño, servíales de música para una canción que cantaban a coro, logrando acordar, en su dulce y arcaica tonadilla, sus destempladas voces varoniles. Como era sábado, el cántico era de los Gozos de Nuestra Señora, pues en los obradores de los pelaires seguía una especie de liturgia popular que variaba con los días de la semana y las fiestas del año:

Santa María,  
Luz del día  
Tú me guías  
Todavía.  
Gáname gracia et bendición  
Et de Jesús consolación,  
Que pueda con devoción  
Cantar de tu alegría...

Los aprendices, que iban de un lado a otro recogiendo y cambiando las cardas embotadas o llevando de beber a los pelaires en un cantarillo, hacían el contrapunto con sus voces agudas, a la manera de monacillos en un coro de catedral. Sobre una de las paredes, en un grabado en madera que mercaderes alemanes trajeron a vender a la feria de Medina, la Vir-



gen, con el Niño en brazos, parecía recibir complacida aquellas sencillas laudes con que acompañaban y consolaban su ruda labor viejos, mozos y niños, y se las pagaba infundiendo en sus corazones una santa conformidad con su pobreza y una saludable alegría de vivir.

La mujer y el niño esperaron algunos momentos hasta que los pelaires, terminada la labor de la semana, desfilaron hacia la camarilla donde Francisco Sánchez, el hijo del *Señor de los paños*, les pagaba su soldada en buena moneda de Castilla. En el camaranchón quedaron solos Diego Sánchez, el viejo mercader, y Juana López, su esposa, sentados en el hueco de la ventana, junto a una mesilla, y haciendo sus cuentas a la vaga luz del ocaso, que bañaba suavemente las cabezas venerables de los viejucos, unidos durante medio siglo en miserias y prosperidades.

Para trazar el retrato de aquel anciano matrimonio de menestrales, hace cuatro siglos desaparecido de sobre el haz de la tierra, no ha precisado el cronista recurrir a su imaginación: la piedad filial de Francisco Sánchez y de María Álvarez, su mujer, fundadores, en 1531, de una capilla en la parroquia de San Lorenzo, procuró que en el retablo figurasen, con los suyos, los retratos de sus padres, vigorosamente esculpidos en madera; y allá en la sombra de la ca-

pillá, es fácil ver a los vejezuelos, en devota actitud, orando ante el grupo de talla que representa a Cristo muerto en los brazos de Nuestra Señora. Era Diego Sánchez un hombre de facciones finas y mirada despierta y viva; a ambos lados del cráneo mondo nacíanle sendos mechones de cabellos grises que encuadraban su rostro; vestía sayo, capa y capillo de paño oscuro, y prendido al costado llevaba un rosario de gruesas y sonoras cuentas de madera. El rostro rugoso de Juana López resplandecía de bondad entre sus tocas venerables y su monjil.

Dejaron sus números los viejos al entrar en la estancia Ana Galinda, y oyeron benévola-mente su demanda de que admitiesen a su mozo por aprendiz del oficio de pelaire, desde el día de San Juan. En voz baja hablaron largamente los ancianos y su vecina de las obligaciones del niño y de su salario, de la ropa, calzado y mantenimiento que se obligaban a darle los maestros, y de otros semejantes pormenores. Procuraba Alonso coger algunas palabras de lo que acerca de él se decía, y lo que pudo oír cayó como una losa de piedra sobre su liviano corazón. Finaban para él los días alegres y libres, las desenfadadas correrías; abandonaría su hogar, que ahora se le imaginaba más sabroso; pasaría los mejores años de su vida sujeto a aquel obrador en que se hallaba, ocupado,

más que de aprender el oficio, en barrer las estancias, limpiar y adobar las cardas, hacer los recados de los oficiales... El porvenir, que hasta entonces se presentaba en la imaginación del niño preñado de viajes maravillosos, de luchas épicas, de fantásticas aventuras, se precisaba y fijaba ahora con una abrumadora claridad; ya mozo y oficial, pasaría los días en aquel ejercicio de lustrar los paños con los palmares; luego, si había sabido ganar maestría y dineros, sería dueño de un taller como el de Diego Sánchez. Sintió Alonso que el peso de aquella vida escondida, monótona y austera le angustiaba el alma, y un impulso de rebeldía hizo brillar en la sombra sus pupilas, de un azul tan puro como un esmalte heráldico.

Pero, a poco de respirar de nuevo el tibio ambiente exterior, cuando su madre le devolvió su libertad, en la plaza de la iglesia, olvidó el rapaz sus amargos pensamientos. Permanecía aún en el poniente un resto de la luz del largo ocaso estival; los monacillos habían encendido, con ramas verdes de chopo, una crepitante lumbrarada, que iluminaba con indecisa luz los ábsides de la parroquia y hacía danzar a las figuras de los capiteles. Saltaban los mozuelos por entre las llamas, chamuscándose las ropas y gritando como diablejos, embriagados de la pagana alegría de la noche de

San Juan, cumpliendo, sin saberlo, un rito tan viejo casi como el mundo.

Era preciso tocar a Vísperas, y Alonso, encargado de aquel menester, penetró, con otros dos mozuelos, en la sombría nave de la iglesia, y topó, casi a tientas, con la puertecilla de la torre. Los monacillos subieron de dos en dos las desiguales y gastadas escaleras, y en un instante se vieron en la estancia donde las campanas, como aves dormidas, reposan pendientes de sus carcomidos caballetes; colgáronse los duendes de la parroquia de sus viejas amigas hasta lograr hacerlas voltear; era aquel el ejercicio predilecto de los acólitos, y ponían igual entusiasmo en los repiques de cantamisa que en el pausado y solemne clamor de difuntos. El son estridente del metal herido hizo retemblar la fábrica de la torre, atronó los ámbitos del arrabal y fué a perderse en los aires, sobre los campos, confundiéndose en la magnífica armonía de la noche de San Juan, en que vibran los rumores de todas las sabandijas de la tierra.

Terminado el repique, Alonso y sus colegas, que no gustaban descender tan pronto de sus encumbrados dominios, sentáronse en el alféizar del ventanal que mira al mediodía, divirtiéndose en contemplar cómo los reflejos de su hoguera jugaban en las paredes de las casas.

Uno de ellos, que oteaba a lo lejos, notó que en los antiguos muros de la iglesia de San Juan, parroquia de los nobles linajes, sobre el peñón en que se asienta la ciudad, había también resplandor de luces. ¿Acaso los hidalgos habían encendido aquel año su fogata sanjuanera? Pero bien pronto llegó a ellos el eco de algunas campanadas lentas, compasadas, graves: en la insigne parroquia de los caballeros tocaban a viaticar.

Destocaron los rapaces sus monterillas y callaron un momento; en el silencio y la oscuridad, Alonso volvió a sentir la angustiosa opresión que le asaltara aquella tarde y notó que aquellas campanadas lejanas repercutían de modo extraño y doloroso en su corazón.



### III



OR el ajimez que mira al vergel, en el fondo del aposento, penetraba el ambiente oloroso y tibio de la tarde estiva; un rayo de sol poniente rompía la penumbra con su haz luminoso, en el cual danzaban innumerables partículas, y, al quebrarse en los oros y estofados de una tabla de Santiago y San Juan, pendiente del blanco muro, la encendía como en un resplandor milagroso; el moribundo que yacía en el lecho podía ver desde él las doradas colinas, las alamedas del río y oír la música acordada de los cuatro chorros de la fuente y de los ruiseñores que anidaban en los cipreses y en los rosales del huerto.

Concertábase en la cámara el lujo señorial que en la vida de los hidalgos se introducía en aquel tiempo, con la castellana austeridad. Sobre las

paredes encaladas brillaban los vivos colores de los paños franceses que ocultaban el hueco de las puertas, con pasajes de las historias del señor rey Ulises y del osado caballero Eneas; una alcatifa de tonos melados cubría en parte el pavimento de ladrillo. No había en la amplia estancia otros muebles que la cama morisca, colgada de damasco verde, en la cual el enfermo yacía, y un braserillo de azófar lleno de ascuas olorosas de enebro traído de los montes de Sepúlveda. En un rincón, amontonados en desorden, veíanse cotas y coracinas, yelmos, espadas y adargas, testimonio de viriles ejercicios de caballería; junto al lecho abríase una alhacenilla, henchida de redomas de loza y ampollas de vidrio, entre las cuales destacaban algunas naranjas, propias para calmar la sed de calentura.

Gonzalo Fernández el mozo, la esperanza toda del regidor Ossorio, se moría de aquel extraño mal, sutil y recio como un conjuro de brujería, que había ido afilando lentamente su rostro de varonil belleza, apagando su voz y consumiendo las fuerzas todas de aquella generosa juventud, que el caballero inmoderadamente gastara en lances de amor y de guerra. Nadie podría mirarle aquella tarde, reclinada la cabeza sobre los cabezales del lecho, de color de marfil el rostro, circundados los ojos de una



sombra azulada, que no se moviera a arrepentimiento y compasión. Durante todo el día, turbaron el sosiego del enfermo, hundido en la desengañada indiferencia de quien ya nada espera de la tierra, parientes y allegados, más curiosos que doloridos; curanderas moriscas, doctoras en ensalmos y brebajes; comadres entrometidas que a porfía intentaban atajar el mal con los bárbaros y repulsivos recursos de su ciencia popular; cofrades diputados por sus corporaciones para velarle y asistirle; antiguos criados que no se recataban para llorar y lamentarse a grandes voces. A esta hora, los innumerables habitantes de la casa-fuerte de los Ossorios, parientes, dueñas y escuderos, mozos y esclavos, agrupábanse en las ventanas para rezar ante la imagen de San Juan, que los sastres y jubeteros de la ilustre Cofradía de la Tijera habían de sacar aquella tarde en procesión por las callejas que unen ambas plazas del barrio de los Linajes.

No quedaron junto al enfermo sino dos personas: de pie, enfrente del lecho, contemplando fijamente aquella luz que se apagaba, aquel acabamiento de sus alegrías y de sus esperanzas, el regidor esperaba silencioso y absorto en sus pensamientos; una leve arruga que surcaba su amplia frente era cuanto dejaba entrever de su dolor sombrío la cerrazón inmensa de su

orgullo; de aquel orgullo que se cifraba ahora, sobre todo, en la gentileza del mancebo, en su arrogancia varonil, en su lozano ingenio. A los pies del lecho, sentada en una almohada, lloraba mansamente una mujer, casi una niña, delgada y morena: doña Aldonza Velázquez, la de los dulces ojos de paloma, desde sólo un año antes esposa del caballero que iba a morir.

Bien triste había sido, en su tiempo de casada, la vida de la damita a la cual, tan niña que aun no contaba catorce años, habían arrancado de la recia casa torreada de los Velázquez, en Cuéllar, en cuyo vergel jugaba descuidada con sus cuatro hermanas, todas lindas y alegres como ella; unas, prometidas también a hijos de hidalgos; otras, dedicadas a profesar en el monasterio de Santa Clara. La esposa de Gonzalo Fernández debiera haber continuado aquella plácida y sosegada vida por un año más; el tiempo preciso para que su madre y las dueñas terminasen de enseñarla recetas de confituras y de afeites, cortesanas prácticas y domésticas labores; pero el regidor Rodrigo Fernández, su suegro, que veía extinguirse el linaje de Ossorio en la enfermiza persona del mayorazgo, exigió que fuese llevada antes de lo pactado a sus casas de Segovia. Templóse algo el dolor de la despedida, cuando a las puertas de la villa montó en su mula blanca, entre el arce-

diano, su tío, y el mayor de sus hermanos, con la curiosidad de la vida nueva que ante ella se abría y, sobre todo, con el vivo deseo de conocer a aquel caballero al cual desde niña sabía que estaba destinada y a quien decían tan galán. Pasados, como un sueño alucinador, los días de las bodas, doña Aldonza sintióse muy sola en la casa de los Ossorios, donde la rodeaba la indiferencia o la hostilidad de todos. El regidor, abstraído entonces en cierta contienda sobre la prioridad del linaje de Díaz Sanz en el Ayuntamiento, y en un nuevo pleito con los frailes de San Francisco sobre su capilla y sepulturas, apenas paró mientes en la dulce y callada niña que venía a aumentar el número de habitantes de los palacios de San Pablo. Vivían en ellos dos sobrinas de Rodrigo Fernández, doña Elvira y doña Leonor, huérfanas de Gonzalo de Ferrera, su hermano, y ambas mandaban en la casa como señoras de ella; eran orgullosas e interesadas, absortas siempre en el amor y en el decoro de sus magníficos maridos y de sus hijos, y miraron como enemiga a la joven esposa que venía a disminuir su categoría y aun su hacienda; en la ociosidad de su serrallo pasaban el día comentando con sus criadas las palabras y los gestos de la intrusa y buscando nuevas maneras de humillarla y hierirla. Los maridos, que eran de sangre de

cristianos nuevos, de poco tiempo ennoblecida, no veían en ella sino el camino por donde podían escabullirse los dineros del tío, y la odiaban cordialmente. El odio cegó a uno de ellos, Juan de Viberos, de tal forma que la creyó tan vil que admitiese sus requiebros, y dió en cortejarla desenfadada y petulantemente; todo esto convertía las jornadas de la piadosa y simple doña Aldonza, hambrienta de puro y santo amor, en áridos desiertos sembrados de dolores y de peligros.

Pero más aún que todas estas cosas acongojábanla los devaneos de Gonzalo Fernández, que apenas por algunos días detuvo en ella sus volanderos pensamientos. Trataba siempre a su esposa con gentil deferencia y defendíala vigorosamente de las intrigas que bullían en la casa; pero andaba harto entregado a sus juegos y a sus amores para dar al corazón de la niña lo que le pedía; bastó, sin embargo, aquella fácil bondad y la buena gracia del mancebo para encender en el alma generosa de doña Aldonza un sentimiento de gratitud tan vivo que tocaba en los límites del amor, y con el amor se confundía.

Y al ver a su marido rendido por el mal de muerte, tuvo para él la ternura maternal que a toda mujer inspira un enfermo, débil y caprichoso como un niño, y como un niño sediento

de caricias. Gonzalo Fernández no pensaba ahora sino en ella; buscaba los cuidados de aquellas manos frescas y suaves y el halago de aquella mirada en que temblaba un amor recién nacido, tan medroso y humilde que nunca osara asomarse a los labios, pero que la intuición experta del caballero sentía latir y que su exacerbada sensibilidad de moribundo agradecía. La vida de la dama fué más dulce aquellas jornadas. El regidor, cuyas únicas pasiones, desde la muerte de la única mujer a quien había amado, eran el amor del linaje y el amor del hijo en que se continuaba, apenas salía de la cámara del enfermo, y los desvelos y cuidados de la nuera trocaron en estimación su antigua indiferencia. Doña Elvira y doña Leonor miraban ya sin odio a la que no había sabido concebir un hijo que heredase las haciendas de los Ossorios; aquella cuya envidiada situación en la casona acabaría con la vida del joven caballero moribundo. Aquella confusión de extrañas dulzuras y de dolores tocaba a su fin; sabía doña Aldonza que la débil candelilla por cuyo sostenimiento velaba afanosamente no podía alumbrar sino pocas horas, tras de las cuales se abriría ante ella como un mar de negrura y desolación.

El moribundo, que desde la noche anterior, cuando recibiera el santo Viático, permanecía inmóvil, con los ojos fijos en lejanas visiones,

se incorporó levemente e hizo ademán de hablar; sobresaltáronse las dos figuras, ensimismadas en su dolor y en sus pensamientos, y acercáronse a los labios del caballero para recoger sus palabras; el cual, con voz apagada y despaciosa, entrecortada por la fatiga, dijo así:

— Señor padre, mi señora doña Aldonza: sabéis que voy a morir, bien cargada el alma de pecados y de obligaciones con que no supe cumplir en esta vida. Bien sé que habéis de rezar por que la pena que merecí por ello, Nuestro Señor y su Santísima Madre me la alivien, y os encomiendo mucho que así lo hagáis; pero aun otra cosa he de encomendaros, que es muy en cargo de mi conciencia y sin cuyo acabamiento mi ánima ha de dejar el cuerpo acongojada y temerosa.

El regidor miró con ansiedad los labios anhelosos que trabajosamente formaban estas palabras y, con el corazón palpitante, esperó la confesión del hijo moribundo, confiando tal vez en que había de traerle algún alivio para la más grande de sus penas: el acabamiento de la sangre y raza de los Ossorios.

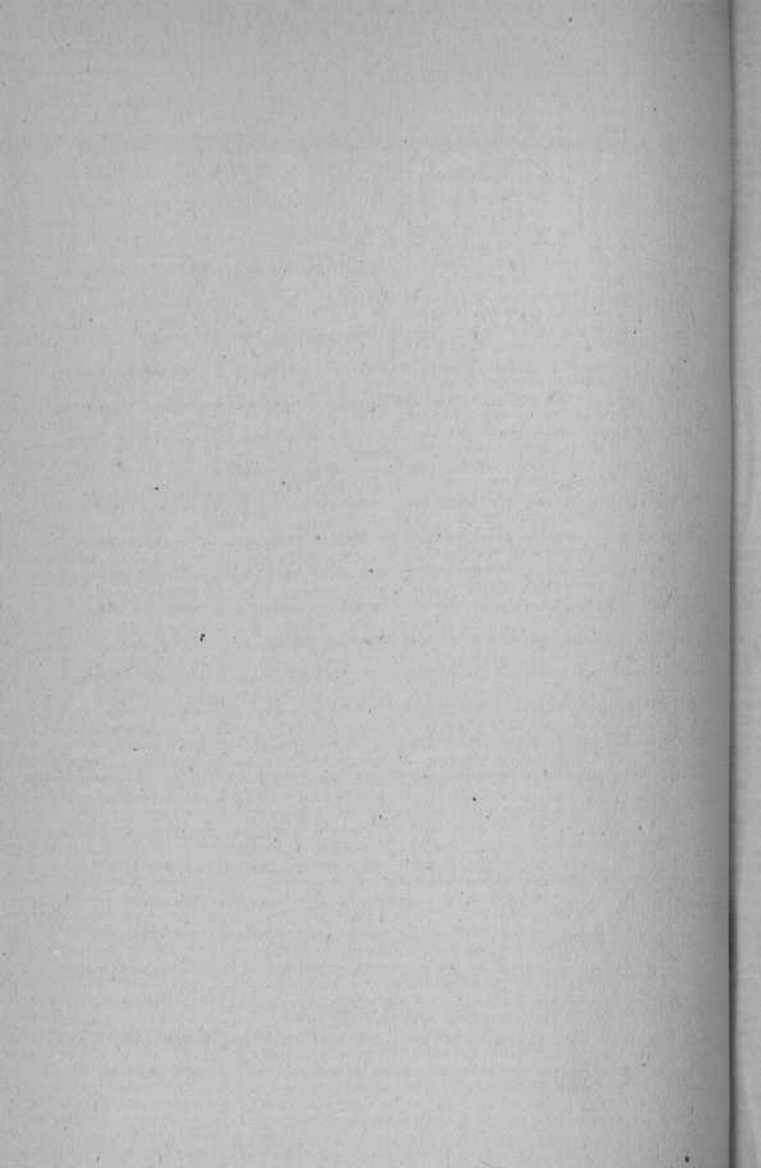
Después de una breve pausa, Gonzalo Fernández prosiguió de este modo:

— De una moza honrada del arrabal de San Lorenzo, con quien tuve amores hace algunos años, engendré un hijo varón, del cual sé que

aun es vivo. Como es su madre mujer de tal estado que vive del trabajo de sus manos, la vida de ese niño ha de ser, si vos no le amparáis, harto más trabajosa de lo que conviene a hijo mío; en mi libro de horas hallaréis una memoria de mi letra en que está el nombre del hijo y de la madre. Sé que habéis de velar por ellos: vos, padre, porque es de justicia que enmendéis los malos hechos de vuestro hijo, y a la justicia servisteis siempre con vuestra espada; vos, mi señora, por el fino amor que me tuvisteis, y que yo no podré agradecer sino desde el cielo, donde os espero.

Rendido por el esfuerzo, dejó caer el mozo sobre el cabezal la desordenada melena de oro; en el bello rostro, cuya piel, de puro transparente, moldeaba y dejaba traslucir la fina calavera, fijóse lentamente un reposado gesto de augusta serenidad; ese gesto que aun perdura en la yacente estatua de alabastro que, en la sombra de la capilla familiar, hace memoria de Gonzalo Fernández Ossorio.

Las sombras de la noche comenzaban a invadir la cámara; llegaba de la calle el ronco son de los atambores y las agudas notas de los pífanos; cantos de clérigos y rumores de muchedumbre alborozada; ante las ventanas de la casa-fuerte pasaba en procesión la imagen del Señor San Juan, precursor y heraldo de Cristo Redentor.





## IV



O de otra manera que la muerte del enamorado Calixto conturbó y puso en llanto a toda su ciudad, la de Gonzalo Fernández dejó en la de Segovia clamor de campanas, aullidos de canes, estrépito de armas y cubrió de luto y jergas la mayor parte de la ciudadana caballería. Divulgóse la nueva por los barrios, y no hubo en ninguno de ellos quien no se doliese de aquella malograda juventud. Singularmente plañíanle las damas, comentando la gentileza de su cuerpo y lo agudo de su ingenio para inventar mo-tes y cimeras, músicas y emblemas; la suntuosidad de sus ropas de brocado y terciopelo. Los viejos ponderaban el brío, ya no usado en las

nuevas generaciones, con que defendiera en el Ayuntamiento los intereses y el decoro de los linajes.

Enterráronle una mañana tan bella, que parecía más propia de bodas que de fúnebres ceremonias, y despoblóse la ciudad para ver pasar el cortejo desde la puerta de San Juan hasta el monasterio de San Francisco, donde tenían los Ossorios sus enterramientos. A la viva luz del sol de junio relumbraban los oros bordados en el repostero que cubría el ataúd y en las capas de los sacerdotes; majestuosamente, cantando salmos y letanías, pasó todo el cabildo de los clérigos; los de San Juan y Sahagún, San Quirce, Santa Coloma, Santa Olalla...; detrás de ellos Rodrigo Fernández, cubierto de loba y capirote de luto y rodeado de sus parientes, enlutados también; caminaba el regidor como abstraído y olvidado de todo, fijos los ojos en el féretro que, delante de él, se llevaba su orgullo y su alegría; a su paso callaban los espectadores, como espantados ante dolor tan grande y tan cerrado, pero bien pronto volvían a sus comentarios sobre el tropel vistoso de los escuderos, de los cuales el uno llevaba por las bridas el caballo del muerto, otros su halcón y su lebel, y los demás, paveses blasonados con las armas de Ossorio y de Avendaño, de Cáceres y de Contreras; sobre las procesiones inter-

minables de cofrades de San Martín y de San Bartolomé con hachas encendidas; pero más que todo esto notaron los ociosos una menuda vejezuela que, entre grandes alaridos, mesábase los blanquísimos cabellos con cierto compás, como si cumpliera antiguos ritos; era Brianda de Roa, el ama que crió a sus pechos al malogrado caballero, y que más que a sus propios hijos le quería, con un amor mezclado de orgullo y de admiración.

Entrado se ha bajo las altas bóvedas de la iglesia conventual lo que en ella cabía del cortejo; temblaron los muros con los tremendos trenos de la vigilia de difuntos, en los cuales brillan, entre el espanto de la muerte, los claros resplandores de la esperanza ultraterrena. Ya el cuerpo del hidalgo descendió a la cripta donde se acompañaron de él los huesos de los ilustres antepasados. Parientes y amigos salieron ávidamente al sol de la plaza, casi alegres, procurando olvidar como un mal sueño la sombra temerosa de la muerte. Tornaron los mozos a pensar en sus amores; los viejos, en sus negocios; y, en tanto que se dispersaban, quedó tan sólo en la penumbra de la capilla familiar la anciana nodriza, acurrucada sobre un paño, sobre el cual manteníanse algunas candelicas encendidas, cuya luz temblorosa, al reflejarse en los paveses colgados de los muros, pa-

recía animar a las heráldicas figuras que los cubrían con sus esmaltes.

En las casas de Rodrigo Fernández bullían criadas y esclavas, tan afanosas como en días de boda o cantamisa. Las más expertas guisanderas trajinaban en la cocina, iluminada por el resplandor de crepitantes fogatas de tomillo, entre el estruendo de peroles y cacerolas. Era menester agasajar en un famoso festín a los parientes del regidor, singularmente a aquellos caballeros de Cuéllar, de Sepúlveda o de Pedraza que habían descabalgado de sus mulas aquella mañana ante las puertas de los Ossorios. En los palacios de la planta baja, en torno del patio, cubiertos de alfarje pintado de azul y oro, habíanse dispuesto largas tablas de pino, tendidas de blanquísimos manteles, y en redor de ellas asentáronse gravemente los convidados, esperando a que sus propios escuderos y pajes les sirviesen y escanciasen. Al mediar la tarde, en la dorada penumbra de la estancia, no se veían sino rostros alegres y arrebolados; subían de punto las pláticas y se hacían más apasionadas y bulliciosas, pero continuaba todavía la innumerable procesión de cazuelas y platos conteniendo corderos y lechones, aves y confituras. En los cerebros de los comensales, ofuscados por el vapor de los claros vinos de Coca y de Alaejos, latía vagamente como un

eco de las coplas estoicas de Jorge Manrique o del *Coemptus mundi*, y dejaba en ellos un gran desprecio hacia la vanidad de la vida humana, que es como un río que corre fatalmente hacia la mar, o como una galera que no deja huella en su paso por las aguas.

Todo voló como un ave  
do no se puede hallar  
senda y tino;  
todo pasó como nave  
sobre las ondas del mar  
sin camino,

Resignados ante lo inevitable, los ahitos hidalgos miraban con perfecta serenidad el común destino de los mortales, y ninguno se entristecía pensando que un día cualquiera había de celebrarse el funeral banquete en su propia mesa, en la cual solamente estaría vacío el acostumbrado asiento del dueño.

Aun el viejo regidor sentíase en su propio elemento disponiendo estas ancestrales ceremonias, y logró olvidar el dolor de su herida atendiendo a que se hiciese con todo el decoro que la grandeza de su casa y la honra del muerto demandaban, cuidando del buen orden del servicio y de la calidad y abundancia de los vinos. Y en los días sucesivos, cuando, ya más

silenciosa y tranquila su casa y vuelta su vida al ordinario cauce, hablaba más alto la voz de su pena, procuró acallarla aquel magnífico ejemplar de la dura y templada raza de Castilla, empleando su actividad en un sinnúmero de ocupaciones: vigilando hasta los más menudos detalles de los novenarios de misas en las parroquias, de la ofrenda de carneros, de odres de vino y de acémilas cargadas de pan que se había de hacer a los conventos. Encerrado en su cámara con sus mayordomos, tomaba razón de los maravedises que se daban de limosna a los pobres y de los que se enviaban a las santas imágenes de Rocamador y de Guadalupe; pero doblégabase alguna vez su fortaleza pensando que no hacía sino celebrar las exequias del linaje de los Ossorio, que era lo que en el mundo con más pasión amaba el caballero.

Apenas muerto Gonzalo el mozo, Juan de Viberos y Gonzalo Arias, los maridos de doña Elvira y doña Leonor, habían acudido secretamente al regidor, su tío, para ofrecerle que sus hijos primogénitos tomarían las armas y alcuña de Ossorio, calculando que el que lo hiciese sería mejorado en la herencia, y aun que tal vez se fundase mayorazgo sobre su cabeza; las sobrinas esperaban ansiosamente la respuesta de sus demandas, mirándose con recelo; pero Rodrigo Fernández, que no amaba a sus pa-

rientes y se preocupaba de sus sobrinillos como de las nubes de antaño, respondió desabridamente:

— No es justo que los hijos que engendras-  
teis dejen de llevar vuestras armas; las mías  
deslustráronse al morir el último varón del  
linaje del conde Ossorio, y serán sepultadas  
conmigo, cuando a Dios pluguiere de me lla-  
mar, en la bóveda de San Francisco.

Acaso el regidor no descubría en estas pala-  
bras lo más recóndito de sus pensamientos; a  
medida que pasaban los días, su recia natura-  
leza, que se resistía a darse por vencida en el  
gran combate, permitía que acariciase el cora-  
zón el calor de ciertas esperanzas que acelera-  
ban su latir; recordaba entonces Rodrigo Fer-  
nández, con extraordinaria viveza, aquellas pa-  
labras en que el hijo a quien lloraba le anunció  
la existencia de un varón de su misma sangre,  
que podría quizá hacer brillar algún día las  
armas de los Ossorios en la ciudad, cuando un  
regio albalá borrarse de ellas las señales de  
bastardía.

Este infante desconocido reavivaba también  
las esperanzas de doña Aldonza Velázquez;  
la niña viuda pasó los largos días de duelo  
llorando calladamente, asistida de las hidalgas  
de la ciudad. En la penumbra de la estancia  
las ilustres damas, sentadas a la morisca sobre

alfombras, a lo largo del muro, exhalaban, con cierta cadencia, hondos suspiros y piadosas lamentaciones, glosando sin descanso el viejo tema del tránsito y de la vanidad de las humanas glorias; las había entre ellas ancianas desprendidas de todo lo humano, de rostros secos y marfileños entre los negros monjiles; plácidas matronas, madres de muchos hijos; doncellas que bajaban los ojos para disimular su alegre brillo y que se compensaban de su quietud forzosa enviando a volar sus pensamientos hacia las rúas por donde holgaban a aquellas horas los caballeros mozos.

Revestida de tocas y monjil, semejaba la niña una novicia, tímida y resignada; a sus lados doña Elvira y doña Leonor, las primas de su marido, pugnaban por ocultar decorosamente la alegría de su acrecentamiento; igualadas por las palabras del tío, mirábanse ambas hermanas sin la acostumbrada hostilidad, y no podían menos de sentir cierta gratitud a aquella simple y desventurada criatura que no había concebido a quien se llevara honras y riquezas.

Pero la dulce doña Aldonza, mucho más aguda de lo que todos pensaban, supo penetrar hasta lo más recóndito de sus corazones y, como la encomienda del difunto no se le apartaba de las mientes, temblaba calculando la cólera terrible que encendería en las codiciosas hidalgas



la llegada del hijo de Gonzalo Fernández a la casa de su abuelo. Con el corazón palpitante había recorrido las páginas del libro de horas del galán caballero, hasta topar con una cédula, escrita de la mano del muerto, en que éste confesaba su pecado y cumplía en conciencia con las obligaciones que de él nacieran; estrechando el papelico sobre su seno, sentía la viuda formarse dentro de sí misma como una energía nueva para defender al hijo de la mujer que en él se nombraba, a aquel infante para quien reservaba sus intactos tesoros de amor maternal.

Poco a poco las casas del regidor fueron recobrando su ordinario bullicio; cada uno de los individuos de aquella compleja colectividad, dedicábase a sus acostumbradas tareas, a sus negocios, a sus ambiciones y liviandades, sin acordarse de la ausencia del que pocos días antes parecía llenarlo todo. Y es que el lugar que ocupamos en el mundo es hartó más pequeño de lo que nuestra vanidad nos hace creer, y la muerte no suele dejar en la miserable condición humana señal muy duradera.

Pero en el fondo sombrío de las alcándaras, los pájaros de caza andaban espeluznados y zahareños echando de menos la mano que tan experta y delicadamente les sabía guarir, y los lebreles husmeaban sin cesar por las estancias,

buscando la huella de aquel con quien solían  
correr alegremente por los llanos de Párraces y  
de Santa María.

Todo pasó como nave  
Sobre las ondas del mar  
Sin camino.

# V



LA era muy santo de la Pascua mayor.»

Caía una lluvia mansa y fina; pero las nubes, que tocaban la tierra, no eran tan densas que no dejaran pasar algún rayo de sol; un rayo alegre que hacía

brillar las gotas temblorosas en las yemas de los álamos y envolvía los campos; tan frescos y jugosos como recién creados, en una luz de ensueño; cubríanse los huertos con la flor rosada de los manzanos; los rebaños trashumantes, con sus pastores hoscos y sus mastines, se derramaban por los caminos que llevan a la sierra; golondrinas azules se perseguían volando a ras del suelo.

Embriagándose con el encanto de aquella mañana de la agridulce primavera de Castilla, los aprendices de Diego Sánchez corren por la

vereda que va sobre las peñas de San Blas; cantan desesperadamente los grillos a las orillas, entre los sembrados, pero los tres muchachos no se paran a escucharlos, ni menos se entretienen en sacarles de sus agujeros, ansiosos de tomar buen puesto en las peñas que dominan la huerta del Rey, donde los caballeros ciudadanos han de celebrar este día con juegos de justa, apropiados para aficionar a la hidalga juventud a los viriles ejercicios militares. Los viejos regidores reconocieron en ayuntamiento la necesidad de celebrar frecuentemente de estos juegos para encender el corazón de los mozos, algo apegado a las riquezas que fácilmente se obtienen con la fábrica de los paños y las granjerías de las lanas.

En su primer domingo de vacación, Alonso *el de San Martín* goza plenamente de aquella dulce libertad, cuyos beneficios antes apenas estimaba como cosa ordinaria y acostumbrada. Era demasiado esfuerzo el obligar de pronto su recio natural a los monótonos ejercicios de aprendizaje, y esto no pudo conseguirse sin una gran lucha; logró por fin el niño sujetar el cuerpo a que se contuviese en los estrechos límites del taller y aun a que se aplicase a hacer lo que se le pedía; pero el alma volaba con cualquier motivo—los gritos de otros rapaces, el canto de un pájaro, el ladrar de un

can—al campo acostumbrado de sus hazañas. Y como nunca hicieron con perfección las cosas terrenas los que cayeron en el vicio de soñar despiertos, era Alonso el más desmañado, el menos diligente y el más rudo de los aprendices del viejo mercader; pero nadie en el obrador se asombraba de ello ni menos llegaba a reprenderle o maltratarle. Sabían todos cuál era su origen, y no veían en su torpeza sino un clarísimo indicio de la hidalga condición del aprendiz; y como era en su mente una cosa bárbara y absurda el contemplar a un hijo de caballeros con los palmares en las manos, reputaban su pereza o sus distracciones por legítima consecuencia de su condición señorial y de sus altos pensamientos.

Al poder correr a su gusto por los caminos, se une para Alonso, que nunca ha visto función de justa, la esperanza de ver a los paladines chocando sus caballos y sus armas, tal como sus compañeros se lo habían descrito muchas veces; y sentado con los otros sobre la peña que domina la puente castellana, con las piernas colgando sobre la carretera de Arévalo, miraba con los ojos muy abiertos cuanto pasaba en la liza, dispuesta en las huertas del Rey, a orillas del río Eresma, bajo la mole majestuosa del Alcázar, que es como la proa gallardísima de la gran galera que finge maravillosa-

mente la ciudad. En un arenal, a la orilla derecha del río, habíase acotado el campo con una tela del alto de una lanza, y se dividió esmeradamente con empalizadas, flanqueadas por mastiles enhiestos, a cuyos cabos flameaban vistosos pendoncillos; al oriente estaban dispuestas las tiendas de armar para los justadores; al poniente, los cadahalsos, tendidos de paños de Francia y de reposteros, para los jueces del torneo, para las mujeres de los regidores y sus hijas y para los oficiales del Rey; sobre los pretils de la puente, en la carretera que domina al río, entre los merlones de la muralla, en los adarves y ajimeces del Alcázar, suspendido a espantable altura sobre el campo, un gentío innumerable y abigarrado voceaba, bulle y se impacienta en una confusión de gritos y de colores.

Sobre la misma peña caliza, coronada de higueras silvestres, que escogieron para tribuna los aprendices, se ha asentado un senado de ancianos menestrales, y con ellos un viejo alto y enjuto, con todos los colores que en el iris van del amarillo al morado en su nariz, colgante sobre los gruesos labios, y en todo su rostro granujiento; vestido y tocado de una sotana y de un bonetillo, bajo el cual asoman unas greñas grises y lacias. El buen viejo, en el tiempo en que no le toca pegar los labios a la

bota de vino que circula lentamente por todo el corro, se divierte en explicar a sus compañeros la disposición y adorno de la liza, alzando la voz, para que todos los habitantes de la peña se aprovechen y se admiren de su saber en la ciencia heráldica y en el arte de justar; dándoles de paso noticias de la calidad de sus amistades, adquiridas en el ejercicio de la sacristanía de la capilla de los Linajes, en la parroquia de San Juan.

—Aquel blasón pintado en el primer pavés, dice señalándole, de un escudo con tres plumas azules sobre un águila pasmada, es el de los Peñalosa, caballeros de mucho punto, pero de poca hacienda, por la cual les cuadra muy bien el mote «Más vale buen nombre que muchas riquezas», que por debajo del águila debe correr escrito; aquel otro de los cinco castillos es Heredia, sangre de Aragón; el de la camisa ensangrentada, traspasada por agudas saetas, Avendaño; Cáceres, el de los losanges de oro y de gules; Contreras es el de los palos azules y el castillo de plata, puesto del revés en señal de luto por el tropel de moros que degolló Fernán de Contreras en el Castillo de Zarazo; de los Peraltas, que vienen de Mosén Pierres de Navarra, es el poderoso grifo encadenado con cadenas de plata en campo de sangre...

Alguna cosa nota ahora el sacristán de los

Linajes que hace aún más enfático y levantado el tono de su discurso:

— ¡No miren vuestras mercedes sino a aquel pavés que allá parece después de los que dije, velado todo por una jerga! No puede ser sino el de los Ossorios, cubierto en señal de duelo por la muerte de Gonzalo Fernández, el último de su casa. ¡Oh qué justador era y qué gentil-hombre! Pero las más empinadas torres se derrumban, y caen aterrados los más altos cipreses. Los lutos no nos dejan ver ahora

Sus dos lobos en dorado;  
Sangrientos y triunfales.

ni las letras de su mote, que reza: «Ossorio, con Dios y contra todos», divisa que llevan porque el fundador de este linaje fué un noble Infante, hijo del Emperador de Constantinopla, el cual Infante, llegando a Toledo, en tiempo de los Señores Reyes Godos, y no encontrando posada digna de su sangre real, se fué a dormir a unos palacios cerrados hacía siglos por endemoniados. Y la primera noche peleó con una fantasma, la cual, vencida y hecha cuartos, le enseñó un grandísimo tesoro y le dió el nombre de Ossado, de donde viene Ossorio; aunque otros quieran decir que ya le llamaban Osauri, por su elegantísimo hablar, y de él se dijo:



Que fué con el Diablo osado  
de luchar, visto en quartales.

Otros blasones enumeró el parlero viejo; otros motes dijo de memoria y subió de puntos no pocos linajes, contando de todos historias no menos verdaderas, verosímiles y averiguadas que las del Infante Don Ossado y de los moros de Zarazo, sin darse cuenta de que sus compadres, atentos a los preparativos de la fiesta y a las menguas de la bota, con el uso ya demasiado aligerada, no le escuchaban; pero los aprendices no perdían ninguna de aquellas palabras que poblaban sus imaginaciones de damas y caballeros, reyes paganos, fantasmas y dragones espantables; solamente Alonso oía sin curiosidad aquellas maravillas, que le sonaban a cosas ya oídas alguna vez, aunque nunca pudiera decir desde cuándo dormían olvidadas en el fondo de su conciencia.

Al cabo logró el sol desbaratar los cendales de las nubes y apareció radiante cuando había ya corrido más de la mitad de su carrera. Dentro de la liza algunos hombres afanosos daban la última mano a los preparativos; los reyes de armas, auxiliados por ciertos caballeros oficiosos y sabidores, habían ya medido los pasos de ambos campos; pajes y escuderos se apresuraban a tender las cuerdas que los se-

paraban, cuando, desde una torre del Alcazar, rasgó los aires la estridente y clara señal de una trompa, a la que respondió, por la parte de Oriente, un alegre y marcial estruendo de pífanos y atambores, añafiles y chirimías; la multitud ansiosa apagó sus murmurios para mirar al camino de Santa Lucía, bajo la muralla, por el cual comenzaba a mostrarse el cortejo de los justadores, muestra galana del esplendor y brío de la ciudad.

Venían los caballeros mozos de ambos linajes, en dos filas de a diez jinetes, al diestro lado los de don Díaz Sanz y al siniestro los de Fernán García, refrenando el ardor de sus inquietos potros, que montaban, no a la jineta moruna, sino a la noble brida castellana. Eran todos galanes y todos enamorados; maravillaba la invención de los emblemas, motes y divisas, figurados en cimeras y tarjas, bordados en las bandas, en los falsopetos y en las gualdrapas y paramentos de sus cabagalduras; ostentaban los más versos ingeniosos y sutiles, compuestos tal vez en exámetros latinos por algún canónigo o por algún teólogo de Santa Cruz; y entre las hileras cabalgaban gravemente en mulas caparazonadas los jueces de las justas, vestidos de gramallas de terciopelo carmesí y tocados con gorros morados, prendidos con una joya.

No sin fatiga los boyeros hicieron tomar la vuelta a la carreta que cerraba la comitiva, hostigando con sus gritos a los cuatro descomunales bueyes que la arrastraban, dorados los cuernos y cubierta con flores la tosquedad de los yugos; en poco estuvo que no se derrumbase la máquina que lo ocupaba, y hubiera sido harta pérdida, pues contenía las figuras de una historia cuya traza y argumento pidióse al arcediano don Gil Velázquez. Representábase muy a lo vivo a don Pirrois, príncipe de Grecia, armado de un lucido arnés, con muchas y vistosas plumas en el yelmo, y a los nobles reyes de Escocia y de Africa, construyendo a porfía cada cual una parte del acueducto de Segovia, para optar a la mano de la hija de don Hispán, la infanta Iberia, que desde una alta roca contemplaba el esfuerzo de sus enamorados picapedreros; lucía la dama sus haldas y brial de un brocado de tres altos, chapines de más de un gema y un lindo garvín en el tocado, y con la diestra señalaba una cartela donde se leía esta letra: *Omnia superat constantia*.

Ya ha mostrado toda esta cabalgata su bizarria paseando el campo entre las triunfales aclamaciones del gentío; ya se sientan los jueces en sus sitiales; ya los justadores se ordenan a ambos lados de la cuerda tendida que divide el

campo, sobre la cual dos pajes a ambos extremos levantan sus hachas para partirla a una señal de añafil; los espectadores esperan sin respirar a que ambos grupos choquen ruidosamente sus brillantes armas, en guerrero alarde, pero los minutos pasan, la señal no se da y el pueblo y los combatientes no ocultan su impaciencia.

¡Cosa imprevista y desusada en estos simulacros de combate, sin riesgo alguno para nadie, que de tiempo en tiempo celebraba la ciudad y donde todo estaba calculado de antemano! ¡Evocación de siglos más guerreros! A la tribuna de los jueces ha llegado un escudero extraño que en las manos del corregidor pone rendidamente un cartel de desafío; agólpase la gente en torno del cadahalso, y aun los justadores descomponen su concierto y se empinan sobre los estribos para ver los gestos con que los jueces discuten sobre este impensado incidente; al cabo, el corregidor Díaz Sanz de Quesada álzase gravemente y lee en alta voz el atrevido reto.

El magnífico caballero don Pedro de Villatoro, señor de Cantiveros y regidor de la ciudad de Avila, aseguraba en él que, para aquel día y en aquel sitio, estaba desafiado desde más de un año antes con Gonzalo Fernández Osorio, el mozo, y pues le decían que era muerto

y no quería volverse sin pelear a su torre de Cantiveros, retaba a combate a tres caballeros de Segovia que, uno después de otro, quisieran romper con él tres lanzas de hierro fuerte, por el asta, sobre arnés de justa, sin escudo ni tarja.

Como los jueces hubiesen al cabo accedido a ello, cuelga el extraño mensajero de la cuerda la manopla de su señor, y los veinte noveles justadores descabalgan, con la mayor prisa que el embarazo de las armas les permite, para tocarla con las suyas. Los que más ágilmente lo consiguieron fueron Sancho Falconi, el otro Sancho, bastardo de Falconi, y el novel justador Gonzalo de Avenaño.

Esperaron los tres, nerviosos e impacientes, al lado derecho del cadahalso, y los demás se apartaron para colocarse, como simples espectadores, en torno de la liza.

Ni el sacristán de los Linajes ni los aprendices de Diego Sánchez pudieron enterarse bien, desde el miradero de su peña, de lo que dentro del campo se pasaba; dejémoslos en ella para contemplar más de cerca el sangriento proceso de aquel incidente que vino a turbar las alegres y apacibles fiestas ciudadanas, pero notaremos que el docto viejo supo divertir la espera y la impaciencia de sus oyentes contán-

doles cómo el aventurero alemán Micer Roberto, señor de Balse, combatió en aquel mismo sitio, casi cien años antes, con la flor de la caballería castellana, delante del glorioso Rey Don Juan.

## VI



ON una petulante sonrisa impresa en el rostro de enérgicas facciones; acompasando el paso del poderoso alazán, hasta darle una estudiada y solemne lentitud, penetró en la liza don Pedro de Villatoro, el osado retador, gozándose en la curiosidad y admiración que su presencia producía. Los caballeros de la ciudad no pudieron menos de sentirse humillados al comparar sus armas anticuadas y toscas y sus galas provincianas con la magnífica armadura milanese del recién llegado, el cual era un hombre que había ya pasado de la primera juventud: el yelmo a lo romano, sin celada, dejaba ver un rostro atezado por el sol y el aire de los campamentos, en cuya expresión se adivinaban las ardientes pasiones en que el alma se encendía; el arnés

que amparaba su cuerpo vigoroso y gallardo estaba cubierto de fábulas paganas y de adorno de grutesco, cincelado y repujado todo con desusado primor y elegancia; firmemente erigido sobre su corpulento bridón de combate, recordaba el avilés las estatuas ecuestres de aventureros que fundieron en bronce Donatello y Verrochio para ciertas plazas de Venecia.

Llegado al centro de la liza, descabalgó con grandísima desenvoltura, entre la expectación silenciosa de toda la ciudad; descolgó luego pausadamente el guante que pendía de la cuerda, y llegándose ante el cadahalso de los jueces, hízoles rendida pleitesía, con ademán de agradecerles la merced que le hicieran, y subiéndolo luego sonriente al tablado de las damas, sacó una banda de la escarcela y rogó a doña Constanza Coronel que se la atase al brazo; veíase en ella, bordada en oro sobre morado, una letra que repetía el viejo refrán, evocador de leyendas medievales, «Dueñas de Segovia, caballeros de Avila».

Como entretanto los reyes de armas, con el escudero avilés, habían recorrido el campo, discutiendo gravemente todos los pormenores del combate, no le quedó más que hacer a don Pedro de Villatoro sino cabalgar de nuevo, tomar a un lado el puesto que le indicaran y



esperar en imponente quietud la señal del encuentro.

Sobre su nerviosa yegua tordilla, más hecha a correr liebres que a semejantes combates, mantuvo el primero el decoro de los caballeros segovianos Sancho Falconi, el más osado de ellos, quebrando furiosamente una lanza en la luneta de su poderoso rival y haciendo astillas otra sobre el sobrepeto; pero el señor de Cantiveros era sobrado diestro para dejarse dominar por un mancebo tan impetuoso, y, sin dejar de sonreír, como un viejo maestro que enseñase a un niño alocado un sencillo golpe de esgrima, tocóle en la hombrera con el cuento del lanzón y, desmontando al novel paladín sin hacer apenas esfuerzo alguno, lo dejó sentado en la arena, entre la algazara de la multitud, que se divertía con aquel juego, mil veces más interesante que la sabida y aparatosa función que estaba preparada.

Sólo ardía entretanto la cólera en el corazón del vencido, y más aún en el de su hermano, el bastardo Falconi, que le respetaba y quería como jefe de su casa. Era el bastardo un mozo vigoroso, ya muy ejercitado en el manejo de las armas, y así, rompió con acierto, aunque con mala fortuna, hasta dos lanzas en el peto de su contrario; dió muestras el avilés de enfadarse un poco de tan coléricas arremetidas, y,

al tercer encuentro, dió con su lanza un fortísimo golpe bajo la gorguera del Falconi, el cual supo resistir sin conmoverse; pero como el asta volase, con la violencia del choque, en mil astillas, una de ellas se le entró al mozo por el ventalle de la celada y penetró por la órbita siniestra hasta el cerebro; derrumbóse el bastardo pesadamente, y un hilo de sangre que brotaba de las comisuras del yelmo empapó la arena; gritaron las mujeres, y la muchedumbre, ansiosa y consternada, derribó la tela de la liza y se agolpó en torno del caído, a quien sus parientes y escuderos intentaban aliviar de las embarazosas armas.

Derramóse pronto la nueva de la desgracia, y entretanto que las damas asistían a la desmayada doña Constanza Coronel, a quien cortejaba el caballero moribundo, algunos hidalgos abrían paso con sus espadas al cura de San Gil, que apresuradamente llegaba de su parroquia, apretando contra el pecho la arquilla de los Santos Oleos.

Solamente aquel cuyo brazo de hierro había asestado el golpe fatal permanecía impassible en su puesto, como queda algún tiempo olvidado en el tumulto del coso, el toro que ha herido mortalmente a un lidiador; enjugóse tranquilamente el sudor de su rostro con un lienzo que le tendió su escudero, paseó un poco su caballo

para que se refrescase y esperó inmóvil el fin del revuelo, contemplando con cierto desdén a los que tanto se conmovían por un accidente tan vulgar. Era de aquella raza de infanzones avileses que, según reza la vieja copla, cebaban sus gavilanes en Ronda, en Trujillo y en Alarcos; guerreaba desde la adolescencia en la dorada Italia, donde la vida del más valiente caballero y el honor de la más honesta dama se estimaban en muy poco, y su corazón, que había adquirido el temple de los héroes de la antigüedad pagana, no tenía ya para sus enemigos odio ni compasión.

Cuando se hubieron llevado del campo el cuerpo inanimado del bastardo Falconi, que arrastró tras de él gran parte del concurso, los que permanecieron pararon mientes en don Pedro de Villatoro y recordaron que su reto seguía en pie. Enviáronle los jueces una embajada rogándole que desistiera por entonces de su empresa, respetando el dolor de muchas familias; pero el tozudo caballero negóse tenazmente a abandonar el campo hasta que el sol se pusiera, para lo cual faltaba todavía como una hora. Era preciso que el tercer paladín saliera a defender el honor de la ciudad, y Gonzalo de Avendaño, un poco turbado, cabalgó con presteza, tomó la lanza que le ofrecieran sus escuderos y ocupó el puesto que le indicaron; pero

recordando que su contrario, por la extraña forma de su yelmo, peleaba con el rostro descubierto, pidió algún tiempo para desembarazarse de su celada, y dejó pronto indefensas sus pálidas facciones y su cabeza juvenil, adornada de negra y rizada melena.

Un grito de espanto salió de la tribuna de las damas al comparar a los dos adversarios, dispuestos a embestirse cuando la temida señal se oyese. Era el de Avendaño casi un niño, de no muy robusta complexión y con poca o ninguna experiencia en las armas; el primer bote de la fortísima y diestra lanza del Villatoro traería sin duda a la ciudad otra desgracia cuyas consecuencias calculaban, murmurando, los espectadores, pues el mozo, huérfano de padre, era el último varón de su ilustre linaje y la alegría toda y el orgullo de su madre, que sin duda rezaba por él a aquella hora en la casa-fuerte de los Avendaños, a la colación de San Sebastián. Perplejos permanecieron algunos instantes los jueces, pues el dar la señal de combate era llevar a la muerte al joven caballero, y el no darla causar su deshonor; la excitada multitud pedía que el combate se suspendiese, y de ella salían voces insultando al avilés y aun a la Justicia.

Pero había entre los regidores uno, fecundísimo en recursos y diestro para anudar y des-

anudar las más intrincadas intrigas; era éste Rodrigo de Tordesillas, hombrecillo como de cuarenta años, menudo, vivo y hablador. Como fuese, entre todos, el único que conocía la persona y calidades de don Pedro de Villatoro, resolvió inutilizarle sacando a luz cierta mácula que en ellas había. Púsose en pie en lo más alto de su tribuna y, alzando la voz de manera que fuese oída, no solamente de la justicia, sino también del avilés y aun del gentío que se agolpaba contra la liza, dijo:

— Gran mengua será, señores, para nuestra ciudad el que vuestras mercedes consientan que luchen sus caballeros con un converso, hijo de judíos y penado por la Santa Inquisición... ¡Don Pedro de Villatoro! — gritó luego dirigiéndose al avilés—, ¿no recordabas, cuando viniste a retarnos, tan lleno de soberbia y presunción, de que los huesos de tu madre, que nació en la judería de Avila, fueran desenterrados de San Pedro el Viejo y quemados en una foguera? ¿No de que un tu agüelo fué príncipe de la sinagoga de Toro, y otro, alguacil de los judíos en Arévalo? Con los dineros de éste compró tu padre, que era un escudero ruin, la torre y el lugar de Cantiveros. A ti mismo, ¿no se te ha visto con sambenito por las rúas y plazas?

¡Oh quién podrá decir la indignación con que respondió a este apóstrofe el soberbio se-

ñor de Cantiveros! Puesto en pie en los estribos gritó desaforadamente, tratando en vano de dominar el tumulto y confusión que habían levantado las palabras del astuto Rodrigo de Tordesillas; apostrofó a los regidores, acusándoles de impedir con argucias su insigne victoria; volvióse luego contra el pueblo, que gritaba que se quemase a aquel judío, y, solo contra todos, hizo cara por algún tiempo a sus insultos, bramando de coraje y blasfemando como un endemoniado. Aunque los más de los regidores quisieron defenderle, era tal el clamoreo de los menestrales que hubo de comprender el avilés que su causa estaba muy perdida y aun corría serio peligro en aquel sitio su persona.

Movíanse ya en su torno los familiares y alguaciles de la Santa Inquisición; el pueblo había invadido el campo, y los más osados trataban de sujetar por los rendajes al soberbio alazán. Don Pedro de Villatoro comprendió al cabo que un momento de vacilación podía comprometer su libertad y su vida; rasgó con sus dorados acicates los ijares de su cabalgadura, hasta conseguir que se encabritase; con dos o tres golpes con el asta de su lanza abrióse paso entre los menestrales, de los que descalabró hasta una docena, y desembarazándose el camino por los arenales del río, tomó a galope la carretera de Arévalo.

Bien pronto quedaron desiertas las riberas del Eresma; el gentío que las llenaba dispersóse en diversos grupos, de los cuales unos subían hacia la ciudad aclamando a Rodrigo de Tordesillas, que se sentía infinitamente satisfecho de su triunfo y de los clamores populares, y otros corrieron algún tiempo el camino, detrás del infame judío que había causado la muerte de un caballero segoviano. Bien pronto perdióse a lo lejos el eco de sus voces. Las nieblas del río cubrieron todo el valle, en tanto que un postrero rayo de sol iluminaba las altas torres de la ciudad, que brillaron un momento, como cirios encendidos, sobre las nubes cárdenas.

.....  
Cuanto había visto y oído en aquellas memorables Pascuas encendió en el alma de Alonso nuevos deseos y desusadas imaginaciones; revolviéndolo en su magín, caminaba con sus compañeros por las choperas de los Huertos, río arriba, sin notar siquiera cómo iba empapando sus vestidos la menuda lluvia que caía sosegadamente. Callaban los tres muchachos, algo turbados por el silencio y la soledad de aquellos lugares y por el medroso aspecto de los chopos, que tomaban en la penumbra del anochecer formas maravillosas; al tiempo en que ya entraban en las primeras calles del arrabal de San Lorenzo, toparon con dos jinetes que venían al

paso de sus cabalgaduras, y pegáronse a la tapia de una huerta para verles pasar; montaba el de más edad una buena mula y se cubría con una capa aforrada de nutrias; el otro, envuelto en un capotillo, cabalgaba a la jineta en un machuelo romo de poca alzada. Notó el más mozo la presencia de los aprendices y, conteniendo a su cabalgadura, dijo a su compañero:

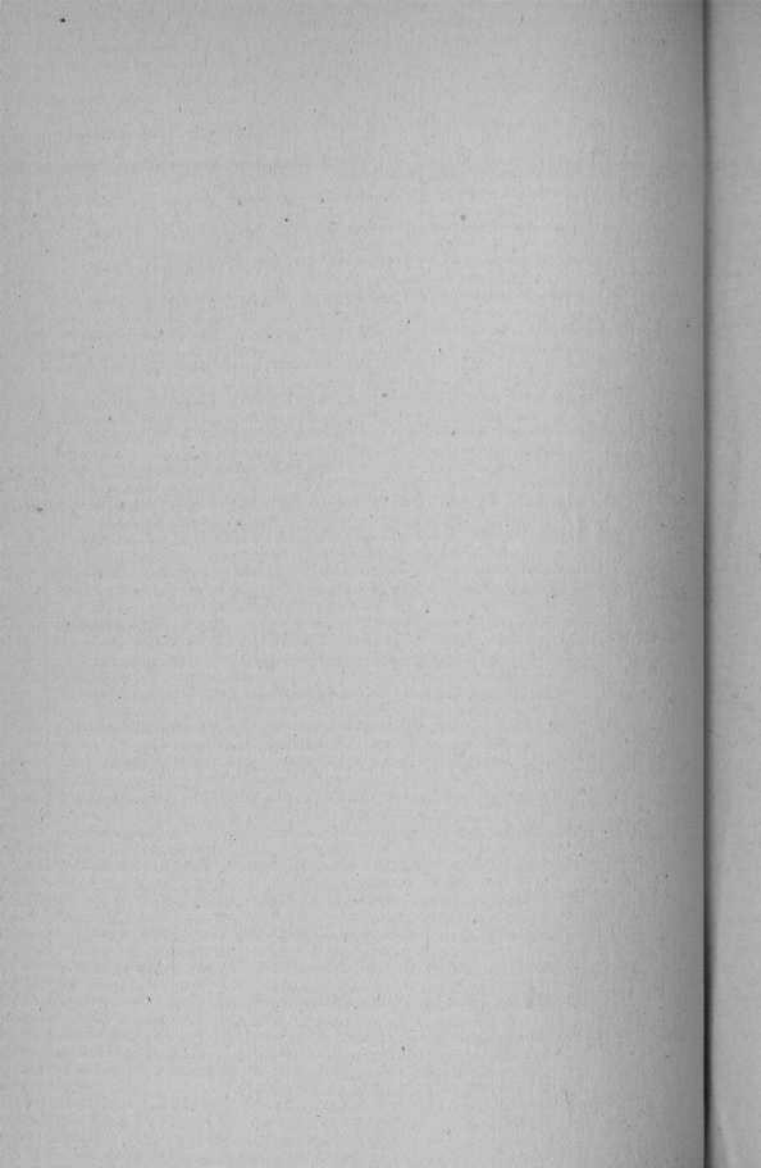
— Señor, si no preguntamos, nunca daremos con la casa, y mejor será a estos muchachos, que no a quien luego quiera saber vuestro nombre.

Asintió el de la mula, y el que había hablado, que parecía criado o escudero, adelantó su macho hasta encararse con los niños, y les preguntó con mucha cortesía en cuál de aquellas casas vivía un viejo honrado que era o había sido muñidor de la cofradía del Angel. Se apresuró a responder Alonso que aquel viejo no podía ser sino su abuelo, y aquella casa la suya propia. Pero, en tanto que lo decía, hallaron ocasión para escapar los otros aprendices, dejando al respondón todo confuso ante aquel desamparo. Mas quisiera Alonso seguir en la sombra el camino de sus compañeros; pero su demandante, sin darle tiempo a poner en práctica sus pensamientos, saltó ágilmente de su bestia, le tomó por el puño y le llevó a la fuerza ante el encapotado caballero.



— ¿Por qué os asustáis de nosotros, amigo? —dijo el mozo al rapaz, procurando poner cierta dulzura en las inflexiones de su voz ronca y destemplada—. No queremos haceros mal, sino que nos guíeis a vuestra casa. Emprended, pues, el camino, y os daremos con que compréis confites y avellanas en la feria de San Juan.

Entre las tinieblas de la noche, lluviosa y templada, el niño tomó con los desconocidos la callejuela que baja al río; en la mente excitada de Alonso revivían con singular relieve las sombrías historias, oídas tantas veces de labios de las comadres, de aquellos judíos que robaban y crucificaban hijos de cristianos para hacer burla en ellos de la Pasión de Nuestro Señor.



## VII



ALTANDO por los fangales bajaba el escudero, con el niño cogido siempre por la mano, los derrumbaderos del río; seguía el grave personaje, fiado en los seguros remos de su hermosa mula, y así llegaron a la choza del muñidor, suspendida sobre el Eresma, que bramaba en la sombra, embravecido por los deshielos de primavera. Llamó ruidosamente el robusto mozo, golpeando la puerta con el puño, y, en tanto que esperaban, dijo el anciano:

— En pobre morada vino a encontrar el sin-ventura de mi hijo sus amores; mejor sea el halcón que buscamos que el nido en que se crió.

Ilumináronse en esto las rendijas de la puerta y oyóse tras ella una malhumorada voz que decía:

— Pase de largo quienquiera que sea, que otras casas hay en el arrabal mejor abastecidas. Esta es harto chica para posada.

— Abrid, madre—gritó entonces el niño—; que los caballeros que vienen conmigo andan tan a deshora por estos caminos para hablar con agüelo.

Abrióse la desvencijada puerta y pareció en el hueco, llenándolo todo, la garbosa figura de Ana Galinda, alzando un candil con la mano.

— Ah, Diego de Canencia—dijo mirando en la cara al escudero—, ¿ahora me conocéis? ¿Para qué nueva ruindad llamáis a estas horas en mi casa?

— Sosegaos, Ana—dijo el mozo en voz baja—; que Rodrigo Fernández, mi señor, viene conmigo para recoger a su nieto y para daros a vos con que viváis.

Ya en esto el regidor había llegado ante el dintel, y descabalgó con noble soltura, sin esperar apenas a que su escudero le tuviera el estribo.

Sintió aquella hembra briosa y corajuda que se turbaba toda su fortaleza ante aquella señorial prestancia del caballero vestido de luto, y cubrióse el rostro con las manos; pero el viejo y experto gentilhombre supo animarla luego con estas sencillas palabras:

— Dadme, hija, un lugar junto al fuego, en que pueda calentar esta sangre que la vejez y las penas van helando. Los mozos queden fuera, al cuidado de las cabalgaduras. No temáis, que no vengo acá sino por vuestro provecho.

Alzóse torpemente de su poyal el muñidor y acudió tembloroso, murmurando vagos cumplidos y abriendo asustado los inquietos ojuelos grises ribeteados de rojo. De muchos años antes le conocía el regidor, y le saludó amistoso. Sentáronse los ancianos frente a frente, en los poyos que flanqueaban el hogar, en tanto que la moza procuraba avivar las mortecinas brasas cuyo reflejo, coloreando su rostro, le devolvía en parte su antigua hermosura.

Aun cuando ardía el muñidor en deseo de saber la causa de tan noble visita, y el caballero moría por hablar de su nieto y verle despacio, procuraban ambos huir en su conversación de aquello que más les interesaba, que a tanto llega la circunspección de los ancianos en Castilla. Hablaron primeramente de la persistencia de las lluvias y de cuánto importaba para la buena granazón de las mieses; pasaron luego a recordar algunos lances de caza, lo que les llevó a lamentar su vejez presente y sus desgracias; entonces dijo Pedro Galindo:

— Dios tenga en su santa gloria al señor Gonzalo Fernández, y a vuestra merced dé

salud para encomendarle por muchos años a Dios Nuestro Señor, como yo no dejaré de hacerlo.

— Así sea como vos lo decís, Antón—contestó el caballero—, y el Señor premie vuestra cristiandad.

Callaron ambos ancianos, mirando al fuego, hasta que la Galinda, que se cocía en impaciencia, y a quien tanta calma comenzaba a enfadar, rompió el silencio, briosa y desabrida:

— Para que la ánima de aquel sinventura salga de las llamas del Purgatorio, en que sin duda yace por sus pecados, preciso es que vuestra merced, señor, enmiende sus yerros y vele por las obligaciones que él dejó abandonadas.

Miróla despacio el regidor y dijo tranquilamente:

— No abandonó Rodrigo Fernández las obligaciones que nacieron de la flaqueza de su carne pecadora, ni aun esperó a la hora de la muerte para cumplir con ellas como cristiano; en esta cédula, que guardaba en un libro, declara y reconoce a un hijo suyo y vuestro y me manda lo críe en mi casa conforme a su calidad. La voz de mi hijo muerto, Ana, es lo que me ha traído a vuestra casa.

Oyendo estas palabras Antón y la Galinda cruzaron rápidamente sus miradas, que revela-

ban una misma idea. Ambos habían comprendido las ventajas que a su situación aportaba la existencia de aquella breve cédula; ya no tenían que apelar a la cristiandad del regidor para conseguir lo que pedían, sino que el mismo muerto se lo mandaba en un papel escrito, y para el pueblo es todo escrito fuente positiva de derechos; en el alma de la moza renacía la ambición antigua, y el viejo, con astucia plebeya, se aprestó a sacar de aquella confesión todas las posibles ventajas.

— ¿Y de mi Ana, señor, no dice nada ese papel? ¿Ha de seguir lavando en el río para ganar trabajosamente con que ella y yo nos mantengamos, mientras su hijo se huelga en vuestros palacios como un caballero? Yo, hecho estoy y acostumbrado a la miseria; pero ¿será bien que siga en tal estado la madre de vuestro nieto que lleva la sangre de los Ossorios?

— Descuidad, Antón, que para ella tengo ya proveído lo más provechoso y honrado. Anduve en tratos estos días con la abadesa de Santa Isabel, que es algo mi parienta, y trabajosamente logré que consintiera en recibir a vuestra hija si, arrepentida de sus pecados, pide el velo. De mi cargo correrá la dote, y en esa noble y santa casa podrá pasar sosegadamente sus días, haciendo oración por el alma de mi hijo.

Estalló entonces en cólera la frustrada ambición de Ana Galinda, que nunca había del todo olvidado los terciopelos y brocados que arrastrara un día por las calles de la ciudad. ¿Era un velo de monja todo cuanto el hidalgo traía para ofrecer a cambio de llevar a su hijo, ya mozo, que dentro de poco la había de sustentar con su trabajo? ¡Gentil ardid para tomar al nieto y desembarazarse de la presencia de la madre! Pero no se haría todo como el regidor tenía trazado, sino de muy otra manera. Llévase al niño en buen hora, con tal de que su madre y su abuelo se fuesen con él a vivir honrados en la casa de los Ossorios.

Y el muñidor asentía a las voces de la hija meneando la cabeza y murmurando entre dientes.

Era Rodrigo Fernández poco dado a la ira, pero ciego y violentísimo cuando alguna vez le acontecía airarse; al ver de esta manera desechadas y tenidas en poco sus ofertas, sintió que el ascua de su orgullo, viva siempre bajo su habitual llaneza y afabilidad, se le encendía y explotaba en llamaradas de indignación, y, levantándose descompuesto, juró antes renunciar al nieto que entrar a tal mujer en su casa solariega. Como embriagado por la cólera—lo que solamente puede disculpar algo su mal intento—hizo ademán de arrojar al fuego el



papel en que estaba escrita la confesión del muerto.

Así la suerte del pobre niño, que charlaba en la calle con el escudero, estuvo por un momento pendiente de la lucha entre la ambición de la madre pechera y la soberbia del hidalgo abuelo; pero el amor maternal, que era muy grande en Ana Galinda, aunque oculto, como una rosa entre zarzales, por la aspereza y violencia de su condición, brotó entonces en ella tan reciamente y la venció de tal manera, que la hizo caer de rodillas a los pies del regidor y suplicarle con lágrimas que hiciese de su hijo un caballero aunque ella tuviera que mendigar su pan de puerta en puerta.

Calmóse tan presto como solía la violenta cólera del Ossorio, el cual, dueño otra vez de sí mismo, y aun de sus interlocutores, guió muy hábilmente los tratos. La conversación corrió desde entonces entre los viejos tan tranquila como el ruido de la lluvia después de las tormentas estivales. No quería Rodrigo Fernández obligar a la moza al monjío, pues ello fuera tentar a Dios, que es quien solamente puede encaminar los corazones a su seguro; le bastaba con que se apartase de la ciudad, porque no convenía que su hijo la viese en adelante, y para ello él la ofrecía hacienda con que se pudiese mantener: su molino del Romo, so-

bre el río Pirón, cuya piedra nunca se para, con grandísimo provecho, pues muele las mieses de tres lugares: Sotosalbos, Collado y Santo Domingo. El viejo muñidor, que había sido molinero, se daría aún maña para gobernar la molienda, y después de sus días, la misma Ana podría llevarla con sus criados, si es que tan buena dote no le traía un mozo galán con quien casarse.

Ilumináronse de codicia los ojos de Antón, que conocía bien la calidad de la alhaja que se le ofrecía; pero, protestando aún por la poquedad de la merced, logró que se le aumentase con prados y linares en la Aldehuela y Torrecaballeros. Entonces el hidalgo púsose en pie y pidió que le trajesen a su nieto. Pero las pasiones de la Galinda, el orgullo herido, la ambición frustrada y rota una vez más, ya para siempre, llenaban otra vez su corazón de cólera y despecho.

— Llevaos a mi hijo a vuestros palacios, señor, sin que yo más le vea, puesto que queréis que nunca ya sepa de su madre y que se avergüence de quien le parió. Enseñadle allá las mañas de vuestra raza de gavilanes, castigadle si alguna vez se acuerda de mí; pero que no entre ya en mi casa, no sea que le ahogue al abrazarle.

El tiempo en que estas cosas pasaban se hacía

eterno para Alonso y el escudero, que esperaban a la puerta con las cabalgaduras, el uno deseoso de volar a casa de su maestro, que sin duda le reñiría por su tardanza, inquieto el otro por el resultado del negocio que allá les traía. Pero no por eso dejaban de conversar amigablemente, y notaba el niño que aquel personaje desconocido le hablaba de un modo para él desusado, con mucha más cortesanía de la que suele emplearse con un aprendiz de tundidor. Al tiempo en que el mozo ponderaba a Alonso el brío y nobleza de los caballos que comían el pienso en las cuadras de su amo, abrióse la puerta bruscamente, apareció Rodrigo Fernández, casi cubierto el rostro con la capa, y dejó al oído de su escudero algunas palabras. Lo que entonces aconteció fué tan inaudito y turbó de tal manera los sentidos del niño, que no lo recordaba después sino tan vagamente como suelen recordarse las cosas soñadas.

Aquel mozo tan desembarazado y parlero, que le hablaba con tanta cortesía, rogóle que les mostrase el camino hasta salir del barrio; obedeció Alonso sin recelo alguno, y los tres subieron silenciosos las cuestas del río hasta el camino real. Habíanse abierto las nubes, y la luna iluminaba de lleno el paisaje quebrado y la ciudad enhiesta; las torres de los palacios y

de las parroquias, las murallas almenadas; el puente, de traza tan airosa como una filigrana; cabalgó el anciano, y el escudero, luego de haberle auxiliado reverentemente, hizo ademán de despedirse de su guía; pero, al hacerlo, envolvióle con un rápido gesto en su capotillo, dejándole privado de movimiento y casi de voz; luego le alzó como a una pluma sobre el arzón de su machuelo, y de un brinco saltó él a la montura; las bestias, espoleadas, turbaron con el rápido martilleo de sus cascos el silencio del valle.

Lloriqueaba Alonso, medio muerto de terror, y el escudero procuraba consolarle con las más dulces palabras, sin dejar por eso de hostigar a su cabalgadura, cuyos hierros golpeaban, no ya el fango de los caminos, sino el empedrado de las calles; un momento se detuvieron ante una de las puertas de la muralla, cuyos porteros saludaron respetuosamente a los jinetes y les dejaron paso; anduvieron algo, volviendo a la derecha, y vinieron a parar ante el enorme portón de un descomunal edificio torreado, del cual salieron a recibirles algunos hombres; a uno de ellos entregó el escudero al niño que, de espantado, ni podía llorar ni menor pensar en escaparse; luego que el mozo hubo descabalgado y prestado a su señor los servicios que solía, volvió a tomar a Alonso

por la mano y penetró con él detrás del grave caballero en sus misteriosas moradas.

En el amplio portal, iluminado apenas por un farolillo, algunos mozos de cuadra, medio dormidos, jugaban a los dados sobre un poyo de piedra, y apenas si demostraron verles; pasaron luego a los claustros de un patio, iluminados sólo por la luna, y tomaron por una gran escalera; luego atravesaron unas galerías y vastas antesalas poco amuebladas y apenas alumbradas, en todas las cuales había algún durmiente, paje o criado, sobre bancos o esterres, hasta llegar a una puerta por cuyas junturas salía viva luz; golpeóla con los nudillos el caballero, y una vieja dueña, envuelta en negros paños, la abrió al punto.

— Decid a doña Aldonza que he de verla ahora y que traigo conmigo al muchacho que sabe, para que la bese las manos.

Hizo la dueña grandes demostraciones de asombro y júbilo y corrió a prevenir a su señora, harto más ligera de lo que prometía su gravedad. Siguiéronla los hombres con Alonso, y a poco pareció otra vez la vieja venerable, levantando un tapiz que cubría la entrada a una cámara chica y muy iluminada. No había visto nunca el niño tan magníficos paramentos ni tantas luces, y así, cerró los ojos deslumbrado; cuando pudo abrirlos vió, sentada en el

fondo de la dorada camarilla, una damita, tan bella como una estampa de la Virgen, rodeada de otras mujeres, jóvenes y bellas también. Púsole el escudero delante de aquella que parecía señora de las otras, la cual le tomó en los brazos, le acarició muchas veces y le besó en la frente, mojándosela con sus lágrimas; luego todas las otras mujeres se le disputaron para contemplarle y acariciarle entre una algarabía de agudas voces:

— ¡Oh qué gentil es, y cuán gracioso paje ha de hacer mañana!

— Mirad esos ojos que miran como los de mi señor, que esté en gloria, tan azules como los claveles del campo.

— Moreno es como las zarzamoras; los pelos crespos y espelujados no le desmerecen, sino que le hacen más galán.

Alonso *el de San Martín*—démosle por última vez esta alcuña—creyó que soñaba, o que su alma había salido de este mundo y que estaba en los aposentos del cielo, donde Santa María le regalaba con su corte de vírgenes; parecíale que habían pasado para siempre las miserias y los trabajos, y sintió que un gozo inexplicable y nuevo, una extraña y tranquila dulzura le adormecía los sentidos... Inconscientemente cayó de hinojos delante de la linda niña de las tocas monjiles.

## VIII



PENAS hubo amanecido el otro día, Diego de Canencia, escudero que fué de Gonzalo Fernández, el mozo, penetró en la cámara de los pajes, en la que ya no quedaba sino Alonso, que dormía pesadamente las fatigas y las emociones de la víspera; sobre un jergoncillo. Era aquél un mocetón talludo, de largos miembros y aire inteligente, diestrísimo en toda clase de ejercicios, que había sido desde la niñez compañero inseparable del difunto. Despertó al niño el mancebo, le hizo enderezarse y, todavía no bien acordado, le llevó a la sala de escuderos, y allí le trocó su sayo de estameña por jubón de halda y calzas, todo de luto; recortó luego sus guedejas y dióle un bonetillo para que se tocase, con lo cual dejóle convertido en el más gentil paje

que un imaginero pudiera dibujar para tenante de un blasón. En tanto que le vestía procuraba sosagarle con muy buena gracia, y como el niño porfiase todavía por acudir a casa de su maestro, cuidó de explicarle cuán otros habían de ser en adelante sus menesteres: le dijo que era su padre un caballero principal, ya muerto; que viviría en casa de su abuelo y se ocuparía en servir de paje a la señora doña Aldonza de Velázquez. Alonso, contento de verse tan ricamente vestido, y ganado ya por el franco y gallardo mozo, que en todo mostraba quererle bien, le siguió alegre por los corredores. Como se detuviesen un momento para asomarse a la balaustrada de madera que rodeaba el patio, lleno de sol a aquella hora, a mirar un caballo que sacaban a beber, aturdidos por el ruido de las cadenas del pozo y de las herraduras del bravo animal sobre las losas, no advirtieron que el regidor llegaba silenciosamente a colocarse cerca de ellos; al volverse el niño encontróse con aquella mirada penetrante, un poco burlesca, que le hizo poner la suya en el suelo; dióle a besar la mano el hidalgo, y dijo luego alegremente al escudero:

— Buena planta de barragán, Diego, la de este mi nieto; en su día sabrá hacer mal a un caballo como el primero y jugará con una adarga como un gentilhombre.



— Que el apóstol Santiago—contestó el mozo—le haga tan buen caballero como lo fué su padre, que esté en gloria, y como lo es vuestra merced.

Apenas oyó el viejo la cortés respuesta de su criado, pues sin esperarla siguió su recorrido, y sus firmes pasos resonaron por todas las estancias de la casa, donde la exuberante vivacidad de su naturaleza, pronto repuesta del duro golpe, todo lo llenaba y lo gobernaba y disponía todo.

Repicaban a misa mayor las campanas de San Juan de los Caballeros; doña Aldonza salió a la galería con sus criados, envuelta toda en un manto que sólo dejaba ver de su rostro los bellos ojos infantiles; rodearon al niño las mujeres, repitiendo las caricias de la víspera y ponderando lo bien que le caían sus nuevos atavíos; acarició la viuda con su mano enguantada la linda cabeza del garzón y entrególe su libro de horas y su escarcela; luego, apoyada en el brazo de Diego de Canencia, descendió pausadamente los peldaños de granito. Desempeñó Alonso su nuevo oficio con un decoro y una gravedad que le valieron, al salir de la iglesia, el coro de loores de las mujeres; tuvo el aguamanil y la toalla de su señora y tomó luego su lugar a las tablas de la amplia sala de escuderos, proveídas abundantemente de carne,

pan y vino para la multitud de parientes y criados que se amparaban bajo los nobles techos de los Ossorios; un sinnúmero de canes de todas las castas y tamaños, alanos y lebreles, mastines y podencos, alargaban hacia la mesa los hocicos, demandando los relieves de la comida y uniendo sus ladridos a la algarabía de los comensales.

Turbó no poco aquel su primer yantar en hidalgas tablas la curiosidad, no recatada ni discreta, con que sus parientes le miraban, y que le hizo levantarse antes de tiempo y refugiarse mohino en una ventana; pero hasta allí le siguió la turba malévola de los pajes, que comenzaron un despiadado acoso de burlas y preguntas. En su socorro vino Diego de Canencia, a quien el hijo de su hermano y señor había caído en gracia, y, para resguardarle de la infantil crueldad, encerróse con él en la armería, que era la más espaciosa y noble de las salas bajas que rodeaban el patio. Cubríala un alfarje en el cual los diligentes carpinteros del barrio de la Mojería habían agotado todo su saber en las combinaciones de sus lazos y sinos y en sus piñas de mocárabe, pintadas de azul, de rojo y de oro.

Fué de ver cómo el aprendiz de pelaire sorbió sus lágrimas, cómo brillaron sus ojos azules al contemplar, limpios y bruñidos, reflejan-

do la rosada luz de la tarde, no menos de tres docenas de coseletes, con sus capacetes y brafoneras, que pendían de los muros encalados, y, semejando hombres de guerra bien apercebidos para el combate, seis arneses enteros, con sus volantes, guardabrazos, quijotes, brazos, brocales y almetes, con faldas y falderramas. Ocupaban todo el centro de la sala, pendientes del techo con cadenas, cuatro disformes piezas, que eran caparazones de caballo, de acero y de malla, guarnecidos de seda roja y azul. Acostados en el suelo, como verdosos dragones dormidos, veíanse cuatro tiros de pólvora, dos de ellos pasavolantes y dos cerbatanas, y, amontonados por los rincones, un sinnúmero de trastos de hierro y de madera que los antiguos inventaron para defenderse y ofender: rodelas y adargas, paveses y pavesines, lanzas jinetas, arcabuces y ballestas; y el escudero nombraba una por una, con inmenso orgullo, todas las piezas de aquel espantable almacén que había mantenido por tres siglos a los Ossorios en el dominio de la ciudad, y se dolía de que, por culpa de malos gobernantes y corregidores tiranos, anduviesen entonces arrinconadas y mohosas armas tan nobles, que en el buen tiempo de los bandos brillaban cada día al sol en las calles y plazas y no volvían a su lugar sino tintas en sangre, de judío o de cristiano.

Muy satisfecho y halagado por la atención que el bastardo mostraba por estas cosas, Diego de Canencia sacó de un arca, guarnecida de terciopelo, algunas bellas espadas, y se las fué mostrando todas, señalándole cuáles eran simples y cuáles de virtud, por tener engastadas en el puño reliquias de santos; y tomando en las manos una de hoja finísima y pesado puño, cincelado por orfebres granadinos, dijo así:

— A esta espada, Alonso, dicen *la Enriqueña*, porque fué del señor Rey Don Enrique, de gloriosa memoria, y con ella vi dar a vuestro padre un golpe famoso: fué en aquellos días en que el señor Sebastián de Peralta se alzó en armas contra la tiranía de los marqueses de Moya, a quienes la Reina Isabel había dado la tenencia de los Alcázares, y viendo desamparado su partido por traición de ciertos caballeros se encerró, con Gonzalo Fernández, el mozo, y otros gentileshombres, en la parroquia de San Román. Ante el Santísimo Sacramento juraron hermandad en tal forma que todos muriesen por la libertad de la ciudad. Y el día de San Matías cerraron los marqueses las puertas y postigos de la muralla, y ellos mismos, con los caballeros y clérigos del cabildo, sus allegados y sus amigos, antes de comer, vinieron todos armados con música de pífanos y tamborines, y llenaron la plaza de San Román; y comen-

zado el ruido, como un escudero de los nuestros fuese osado a tomar por las riendas el caballo de la marquesa doña Beatriz, quiso Rodrigo Fernández enseñarle cuán de otra manera se ha de tratar a las damas; rompió por entre los soldados y, con un gran golpe de esta espada, cortó la mano a aquel su criado, y tan empuñadas tenía el sinventura las riendas de seda verde, que su mano cercenada quedó colgando de ellas como un arrequive; luego, herido de muchas heridas que le hicieron los criados de los marqueses, volvió a la iglesia mi señor... Grandes días fueron aquellos, Alonso—continuó el mozo—; los últimos de bandería que hubo en la ciudad. Sólo quince hombres nos encerramos en la iglesia, y la asaltaron más de cuatrocientos de los marqueses; y, por entrar, nos dieron tan recios combates y se cortaron tantas picas, que las astillas cerraban las puertas y tuvimos que parar la pelea para dejarlas desembarazadas; y nos dieron luego otra muy recia embestida a las puertas con hombres armados y empavesados, hasta que soltamos un pasavolante que teníamos armado en la iglesia, y llevó a un hombre de fuera las corazas y costillas, y otros cayeron muertos, y otros heridos, y también me hirieron a mí y a todos los de dentro; pero no lo sentíamos... Sacó un clérigo de la iglesia el Santísimo Sacramento, y los de

fuera, perdido ya aquel respeto y viendo que no podían entrar para cortarnos a todos las cabezas, pusieron fuego a la iglesia, y ardía toda ella, y caían las vigas sobre nosotros ardiendo, y los de dentro ardíamos, caras y cuerpos, y todo sin quemarnos ni sentir el fuego, que fué gran milagro de Nuestra Señora y del señor San Román; entonces los marqueses nos dieron partido honroso para que pudiéramos salir...

Al tiempo que Diego de Canencia iba evocando ante el bastardo de su señor la gloria de aquellos días, un rayo de sol poniente penetraba por la ventana y ponía reflejos de sangre y de incendio en los bruñidos arneses, ya inútiles, que parecían añorar los choques y los tumultos de antaño, cuando la caballería de los Linajes era aún poderosa en la ciudad.

## IX



IERTO día, después de  
 comer, Diego de Canen-  
 cia llevó al paje, ya muy  
 aplomado en su oficio, a  
 la camarilla donde guar-  
 daba el viejo regidor las  
 alcándaras de las aves de  
 caza. La casa de los Osso-

rios está sobre la muralla, y en su torre se apo-  
 yaba la puerta de San Juan, encomendada a la  
 guarda de los de este linaje; el mismo muro  
 de la ciudad sirve de cerca al huerto por la  
 parte de naciente, y uno de sus cubos se había  
 dispuesto para pajarera. Encaminándose a ella  
 con el escudero, Alonso pudo ver, desde el  
 adarve almenado, los arrabales de San Justo,  
 el Salvador y San Lorenzo y los sotos del río;  
 después del cambio de su vida, el bello paisaje  
 familiar, visto ahora desde tanta altura, pare-  
 cíale muy diferente de aquel en el cual se había

deslizado su alegre infancia. Cuando entraron en el oscuro aposentillo de las aves, espantáronse sus alados huéspedes y buscaron, para esconderse, lo más hondo de sus apartamientos, donde relucían sus redondos ojos, encarnizados como balajes o dorados como topacios; pero Diego les supo sosegar chasqueando la lengua, y les fué tomando uno por uno en la mano, llamando a todos con sus nombres y acariciando los pintados plumajes; su acompañante aprendió, embebecido, cuáles de aquellos pájaros eran neblíes y baltaris, que llaman halcones gentiles porque tienen los talles muy nobles y las cabezas firmes y pequeñas, porque son más ardidos y piden mejor vianda y ser siempre traídos en la mano del halconero—a causa del grande orgullo que han y de su gran corazón—, y cuáles otros eran halcones bastardos o fornecinos, entre los que señaló cuatro linajes: gerifaltes, sacres, bornis y alfaneques, tomados unos en Noruega, otros en Alemania, en Saboya o en Portugal. Sentados luego en los poyos de la ventana, desde donde se descubrían las torres de los arrabales destacando su color de oro sobre las sierras azules, el mozo enseñó a su discípulo a aderezar capirotes, pihuelas y señuelos, en tanto le contaba mil historias de cetrería acaecidas a Gonzalo Fernández, el mozo, famoso altanero, en los sotos de Reven-



ga y de Lobones o en la nava de Aldeanueva.

— Diego—dijo de pronto el niño—, ya que me habéis enseñado muchas cosas, decidme ahora cómo era mi padre, de quien vos y todos tantas historias contáis.

— Me parece bien—contestó el escudero— que queráis conocer aquel de quien recibisteis el regalo de la vida, para que, conociéndole, sepáis mejor honrarle, como mandan las Sagradas Escrituras, y recéis con más devoción por su alma. Yo os prometo, Alonso, de mostraros, antes de la noche, un trasunto de vuestro padre, tan verdadero que será como verle vivo.

Cuando el sol se ponía, dejando a las aves dormidas en sus perchas, ambos amigos pasaron el adarve de la muralla y subieron luego a la sala de escuderos; allá tomó su capa Diego de Canencia y se armó con una espada y un broquelillo de los que había en una alhacena, diciendo a Alonso que se dispusiese para correr con él las rúas. En la plaza encontraron al regidor, que tornaba de montar en Matabueyes con sus criados; sobre una mula venían, adornados con chasca de lentiscos, dos jabatos y un corzo, cuya fina cabeza, colgante de las seras, encendía la codicia de los alanos, que saltaban y aullaban en su torno. Dió Alonso la bienvenida a su abuelo con temeroso respeto, y el escudero dijo algunas palabras al oído de

su señor, que las escuchó con aire distraído, dando a besar su mano a los mendigos que pasaban el día a la sombra del portal, o recostados en las jambas del arco, semejante al de una iglesia. Diego y el paje siguieron luego su camino.

Por la calleja herbosa que rodea el huerto de los Avendaños dieron en la iglesia de San Sebastián; pasaron los últimos arcos del puente y, dando la vuelta a las casas de la Reina, se encontraron en la colación de San Martín, en cuyas rúas y placetas rebosa la vida de la ciudad. El dinero que entraba de las Indias, el que producía el trato de la lana y la industria de los paños, se iba cuajando en mayorazgos y fundaciones; los mercaderes labrábanse moradas donde desplegasen su pompa los escudos de sus nuevas ejecutorias; por todas partes se afanaban canteros cristianos y albañiles de la morería; de todos lados venía el ruido de los cinceles que sacaban de los bloques de granito las grandes dovelas de los arcos, fustes y capiteles para las galerías, sartas de bolas para adornar alfices y antepechos; apenas si en algún capitel de tradición corintia o en la láurea que rodeaba un escudo amanecía el gusto nuevo, que los pretenciosos alarifes diputaban por obra antigua o romana. Todo a lo largo de la calle Real, en las tendezuelas que fueron de

judíos, ejercían su comercio los mercaderes, en cuyas arcas se guardaban paños de oro y de plata, sirgos, tornasoles y tafetanes, lienzos finísimos venidos de Douay, de Cambray o de Brujas, y tenían sus obradores ciertos menestrales. Los armeros colgaban de sus portales brillantes piezas de arnés y grandes paveses pintados de vivos colores; de las puertas de los talabarteros pendían sillas de dueña o de jinete, tal vez enriquecidas con plata o con aljófares, y jaeces bordados en sedas vistosas. Detrás de los vidrios de algunas cancelas veíase trabajar a los plateros en cubrir de labores cinceladas la arquitectura de las custodias; en repujar bandejas, navetas y aguamaniles; en ensartar aljófares y corales en ajorcas, arracadas y brinquillos que sacaban a las mozas los ojos de las caras a fuerza de mirarlos y remirarlos. Pero lo más maravilloso era ver cómo los bordadores recamaban de oro y matizaban con sedas los ornamentos de imaginería; maestros y oficiales de estos oficios trabajaban despaciosamente, combinando y aplicando los metales, los cueros y las sedas con un gusto experto y seguro, puliendo y acabando su obra en un insaciable anhelo de perfección; y cuando se resolvían a darla por finada, esperaban tranquilos a que llegase comprador que, después de largos tratos y regateos, mercase su tesoro: la alhaja

cincelada, la pieza de arnés, el paño rico, en la cual habían dejado toda la devoción de su alma y los recursos con que ennoblecieron su arte el saber de los pasados y la experiencia de los siglos.

Divertidos en ver y comentar estas cosas, paje y escudero tardaron un buen espacio desde San Martín a la Sinagoga Mayor de los Judíos, que, por los estupendos milagros que en ella ocurrieron en tiempo del Rey Don Juan, convirtiéndose en iglesia de Corpus Christi. Ya anochecido, entráronse por las tortuosas callejuelas de la judería, hasta dar en una de ellas con lo que buscaban: un gran portón en las tapias de un huerto, por encima de las cuales asomaba la copa sombría de un ciprés; del interior salían ruidos de forja: el jadeo fatigoso de los fuelles, el sonoro latir de los martillos sobre el metal.

— Es esta casa—dijo el mozo en tanto que levantaba con sus aldabonazos los ecos de la desierta calle—la de don Mosé de Molina, famoso herbolario. ¡Cuán discreto hombre era y cuán sabidor! Pero los alguaciles del Santo Oficio dieron en sospechar de él, porque era cristiano nuevo, y tuvo que tomar una mañana la vía de Portugal. Compraron su hacienda los hijos de Juan de Urquizo, maestro Rodrigo, el imaginero, y maestro Martín, el forjador. Oíd

cómo andan pasito por el huerto; no puede ser sino Aija, la esclava de maestro Rodrigo, que nos viene a abrir.

Una voz temblorosa de mujer dijo junto a la puerta:

— Digan qué gente es, si quieren que abra.

— Abre, mora, sin miedo—contestó Diego—, que somos de Rodrigo Fernández, el regidor.

Descorriéronse entonces los cerrojos, y los visitantes penetraron en un huertecillo empedrado, con un arriate de flores y dos o tres árboles. Guiados por la esclava que, envuelta en su blanco manto, se deslizaba como una fantasma, llegaron a un tenado que servía de taller; la roja luz de la fragua iluminaba la maciza figura del jadeante herrero, que retorció una barra sobre la bigornia, asistido de dos ahumados aprendices. Suspendió el gran diablo su trabajo y, enjugándose el sudor, vino hacia los recién llegados; greñas rubias cubrían su cabeza y se derramaban sobre su cuello de toro; en su rostro, congestionado y cubierto de tizne, tenía un brillo singular la mirada de sus ojos claros, de un verde marino.

— Si vienes a hostigarme, Diego de Canencia, bien puedes decir a tu señor que hasta la noche me tuesto en esta lumbre por acabar la reja de su capilla; para la Virgen de agosto la verá terminada.

— Para San Pedro debiera de estarlo, maestro Martín, según la carta que tenéis firmada ante escribano—replicó el escudero.

— Hubo que añadir hierro al remate, porque el escudo quedaba harto desamparado, y le puse ciertas macollas por cimera; pero mirad lo que va hecho, y diréis maravillas.

A la luz de la fragua se podía ver, recortada sobre el blanco muro, la elegante labor de la crestería: la cartela, tenida por dos sirenas; los candelabros de llama dorada, adornados de follaje de chapa; los medallones con imágenes de Santos...

El artífice reía de satisfecho:

— ¿Qué decís? ¿No es cosa acabada, en la traza y en el primor?

Y, para celebrar su triunfo, maestro Martín bebió de un jarro desbocado que tomó del suelo, y dió de beber de él a sus visitantes.

En lo alto de una escalera colgada, que subía a las cámaras altas de la casa lindera, pareció maestro Rodrigo, el imaginero; era más viejo que su hermano y menos corpulento; las enérgicas facciones de su rostro tenían una singular expresión de viveza; hablaba siempre con animación y apasionamiento; estaba casi baldado, y descendía renqueando.

— ¿Quién está contigo, hermano?—dijo desde el descanso de la escalera—. ¿Diego de Ca-

nencia, el escudero del Ossorio? Mal va si quiere que remate el bulto para el día de San Pedro. Como estuvo el tiempo metido en agua, se me abrieron aquellas heridas con queras-garon mi cuerpo los malditos florentinos, y apenas si mis manos podían tener en peso los cinceles.

Cuando maestro Rodrigo de Urquizo tocaba el punto de sus heridas era loco intento el de impedir que contase su historia, y así, Diego y el herrero oyeron una vez más que los discípulos de Agostino Ducio, escultor de Florencia, envidiosos del valimiento que con su maestro conseguía el español, le asaltaron cierta noche en una callejuela y le cosieron a puñaladas hasta dejarle por muerto; pero el castellano tenía la vida dura, y curó de estas heridas y de otras que recibió en la de Rávena, luchando como soldado de don Ramón de Cardona. Cuando hubo dado fin a su animada narración, miró fijamente a Alonso, que era quien le escuchaba más atento, y dijo al oído del escudero:

— ¡Ah, Diego! ¿Quién es este muchacho que traes hoy contigo? Hay algo en la figura de su rostro que conozco muy bien.

— Se llama Alonso, y es hijo de Gonzalo Fernández, el mozo, que gloria haya, en cuya sepultura trabajáis.

— ¿Pues hijos tenía? Oí decir que en él finaba ese linaje de los Ossorios.

— El pecador de mi amo no le hubo en su mujer; es de muy noble condición, y cuando tenga barbas en la cara será tan gentilhombre como Oliveros. Hoy le traigo conmigo para que vea la figura de su padre, mi señor y hermano, a quien no conoció.

— ¡Famoso justador era! Venid los dos, y lo verá luego tal como va saliendo de estas manos, que harían maravillas si no conocieran los reumas.

En un farol que alumbraba la imagen de Santa María, pintada en un retablo, encendió el imaginero una candelica y, con ella en la mano, guió a los mozos hasta una cámara donde tenía su taller; veíase en el centro un gran bulto, como una figura yacente cubierta con un paño. Alonso, amedrentado por las sombras del recinto, que apenas podía ahuyentar la luz que temblaba en la mano del escultor, creyó que estaba en presencia de un cadáver. En pleno sol no le solían espantar las calaveras amontonadas en el osario de San Lorenzo; pero en aquella oscuridad sintió que se le arrecía el corazón de pavor, y se prendió al brazo del escudero.

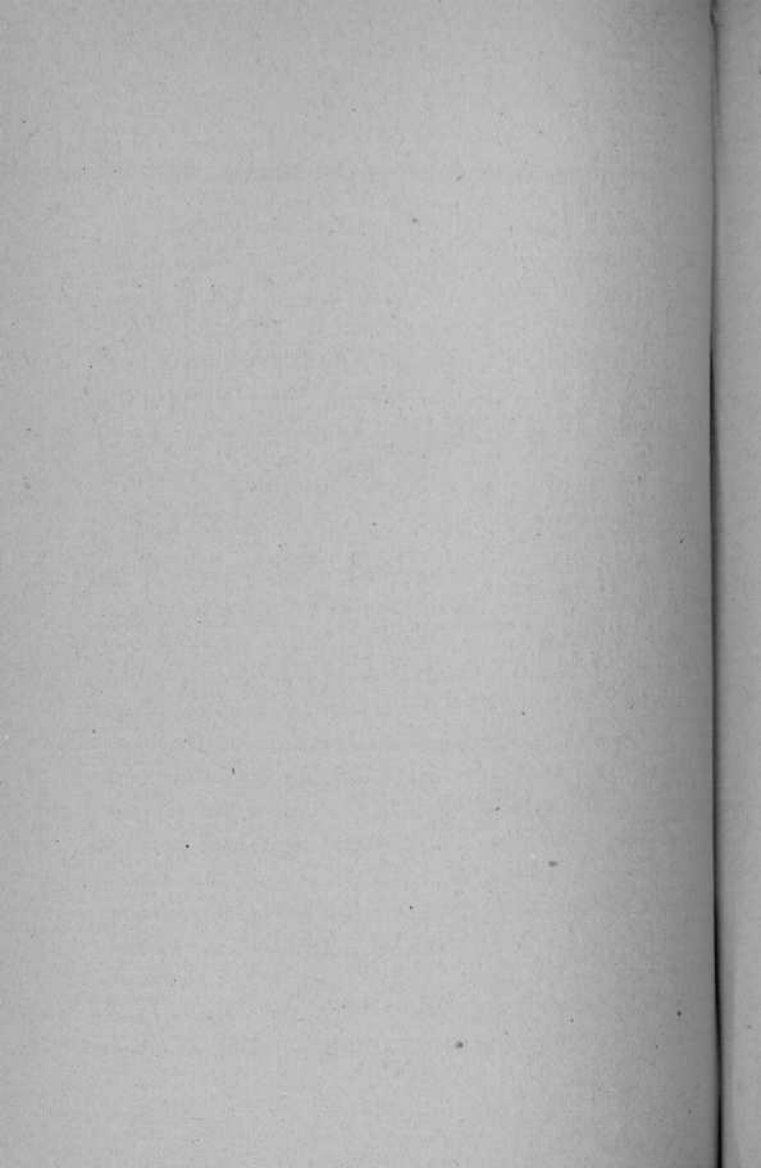
En tanto, el jactancioso viejo llegóse al bulto y de un tirón desprendió el paño que lo cubría.



Y apareció un bloque de alabastro en el cual los golpes del cincel iban dejando la forma de un caballero dormido, armado de punta en blanco; en la piedra clara, mal desbastada todavía, la cabeza y las manos solamente habían adquirido su perfección, y parecían a la vista con singular morbidez. Era admirable la verdad de aquellas nobles facciones, serenadas por el beso de la muerte, que había hecho contraerse los finos labios en una mueca de renunciación.

— He aquí a vuestro padre, Alonso; mi señor y hermano, de quien os conté tantas historias—dijo el escudero, cuyos ojos se nublaron con las lágrimas.

Y el niño, del todo turbado y confuso, besó de hinojos la helada mano que se aferraba, fija en un gesto eterno, a la cruz del estoque.



# X



O pecaba de blanda ni de regalona la vida de los pajes de Rodrigo Fernández, aprendices del duro menester de la caballería. Todos eran hijos de hidalgos, que los habían encomendado al regidor, tan diestro y repuiado caballero, para que los criase y los ejercitase en toda suerte de viriles ejercicios y, sirviendo a todos y siendo de todos mandados, aprendiesen a mandar en su día. Antes de salir el sol, Pedro Gonsalvo, el más viejo de los escuderos, los hacía dejar sus camastros; luego de lavotearse en el patio con agua del pozo, salían a la plaza de San Juan, sobre la cerca, donde pasaban lo más de la mañana en montar a caballo y en esgrimir de lanza y espada, tan rudamente, que muchas veces quedaban descalabrados y no pocas salía

alguno malherido; pero las imprecaciones del maestro y las burlas de los compañeros hacían que la víctima sorbiese sus lágrimas, acallase sus gritos y borrarse de su rostro el gesto de dolor; de esta manera se iban templando aquellas almas para mantenerse con decoro en las altas ocasiones que la vida pudiera depararles.

En aquel pequeño mundo nacían las rivalidades, se encendían los odios y eran frecuentes las intrigas y querellas. El antiguo aprendiz del pelaire, torpe en el manejo de armas y caballo, fué objeto muy pronto de burlas cruelísimas. La protección de Diego de Canencia, el amor con que mozos y esclavos miraban al bastardo de su señor, y las manifiestas preferencias que para él tenía Brianda de Roa, la vieja nodriza, que guisaba la comida de los pajes y cuidaba de sus ropas, concitaron sobre su cabeza el odio de los muchachos, odio infantil, inmenso; rico en todas formas de crueldad y de malicia. La noble condición de Alonso no le dejaba conocer este ambiente que en torno suyo se formaba; sufría de la injusticia con que le trataban, pero no sabía defenderse de ella, ni menos devolver mal por mal, y así, los muchachos, lejos de aplacarse, viéndole inerme, se complacían más y más en atormentarle, hasta que poco a poco fueron trocando en desprecio su odiosidad antigua.

A la noche, después que cada cual había servido y asistido a su señor, reuníanse pajes y escuderos en la sala que a éstos estaba destinada y que ocupaba todo el hueco de la torre, al andar de las galerías del patio. Era una bella estancia cubierta de sencilla bóveda de crucería, cuyos recios nervios se apoyaban en ménsulas esculpidas: saeteras abocinadas perforaban el grosor de los muros; pintores moros la habían decorado, muchos años antes, con un friso de bellas pinturas en rojo, que destacaban sobre el blanco estuco; veíanse allí, entre sabios entrelazos y letreros en lengua morisca, caballeros riñendo en torneo o procurando expugnar fortísimos castillos agarenos, esclavos sirviendo frutas y bebidas a sus señores, animales de formas extrañas. Los muebles eran pocos, y escasas las comodidades; en las noches de invierno, el viento penetraba por las saeteras y corría por todas partes tan a su sabor como por las calles, y hacía allá más frío que en la rasa campiña; los escuderos viejos combatíanlo más con amplios tragos de vino de Ribera que con la lumbre de un brasérillo, en torno del cual pasaban las veladas contando antiguas guerras y falconerías. La generosa naturaleza de los mozos no necesitaba de otro calor que el de su sangre ardiente y bulliciosa.

Allá los criados y escuderos jugaban a los

dados sus soldadas, o pasaban las horas comentando las perfecciones de sus damas; algunos ensayaban a la vihuela canciones y romancillos; otros discurrían motes y divisas o nuevas invenciones de tarjas y cimeras para justa. Los pajes gustaban sobre todo de oír de labios de uno de ellos, que sabía bien leer, algún capítulo de los dos únicos tomos que formaban su librería; ambos desencuadernados y faltos de hojas, y tan mugrientos del manoseo que apenas si lo negro de las letras parecía sobre el papel. Llamábase uno de ellos *Comedia de Calixto y Melibea* y, a creer al título, había sido compuesto *en reprehensión de locos enamorados que, vencidos de su desordenado apetito, a sus amigas llaman e dicen ser su Dios*; pero es lo cierto que de sus lecturas no solían aprender los pajes las graves moralejas del bachiller converso que compuso sus elegantes autos, sino mil picardías y liviandades y un conocimiento harto prematuro de la bajeza y corrupción del mundo. Llevaba el otro escrito en la portada, en magnífica letra, esta inscripción: *Los quatro libros del muy esforçado caballero Amadís de Gaula, nuevamente enmendados e hystoriados*, y contenía, entre muchas cosas disparatadas o deshonestas, tal alta caballería que, oyéndolas, se engendraba en los corazones de los muchachos un anhelo infinito de gloria, una insa-

ciable sed de hazañas maravillosas; y así se iban formando sus espíritus, apegados a los deleites sensuales de la vida y capaces, a la par, de todas las abnegaciones, de todas las austeridades y de todos los heroísmos. En ciertos períodos de la lectura era tanta la bulla de los garzones, que *Bravonel* y *Amigo*, los viejos alanos del regidor, que dormían bajo la mesa, soñando acaso con el acoso de los venados, se despertaban en sobresalto.

Una noche del mes de diciembre, en que el viento que entraba silbando por las saeteras tumbaba y retorció la llama de los hachones, Hernando Villafañe, acodado a la mesa que rodeaban sus compañeros, leía en alta voz el capítulo del *Amadís* en el cual aquel niño que nació del pecado, y a quien, a poco de nacer, confió su madre a las aguas, es reconocido como hijo por el Rey de Gaula y por la dulce Reina Elisena, a la que servía como paje. Despaciosamente, delectando casi, la vocecilla aguda del lector iba contando cómo el bello Amadís, paje del Rey de Gaula, y a quien llamaban *el Doncel del Mar*, guardaba un anillo que en otro tiempo su señor había dado a la Infanta Elisena, y que ésta puso como señal en la arquilla embetunada en la cual hubo de entregar a la corriente de un gran río el fruto de sus amores; como una de las Infantinas hubie-

se perdido una sortija, jugando en el jardín, el *Doncel del Mar* la regaló su anillo para consolarla; recordó el Rey la alhaja, supo de la niña quién se la había dado y concibió sospechas de la Reina y de aquel desconocido *Doncel del Mar*. Y, para interrogarle, los Reyes entraron en la cámara donde dormía muy sosegadamente. No se hartaba de llorar la Reina, sin razón acusada, y dijo: «¡Ay, señor, no le dejemos más dormir, que mi corazón se aqueja mucho!» Y llegóse a su paje y, tomándole por la mano, tiróle un poco contra sí, diciendo: «Amigo señor, acorredme en esta priesa e congoja en que estoy.» Despertó el doncel sobresaltado, y los Reyes, por ciertos indicios, reconocieron en él al hijo de su juventud. Entonces la Reina Elisena, toda rendida, cayó a sus pies, y el mozuelo se postró de hinojos ante ella, gritando: «¡Ay, Dios! ¿Qué es esto?» A lo que la Reina contestó llorando que su padre y su madre ante él estaban, y el mozo, enloquecido, llamaba a Santa María y no lo quería creer. Pero, palpando la verdad de lo que parecía un bello sueño, dejó el nombre de *Doncel del Mar* y en adelante se llamó Amadís de Gaula.

Olvidado de todo, sin casi pestañear de puro embebecido, escuchaba Alonso la sabrosa lectura, que le recordaba a lo vivo su propia historia. El también, como el *Doncel del Mar*, ha-



bía vivido algunos años sin conocer su origen; a él también se había de pronto revelado la nobleza de su sangre y la alteza de su condición; pero, más desdichado que el hijo de Elisena, no había conocido de su padre sino la sombra y el recuerdo, y aun esto a trueco de perder a su madre para siempre. Desdichadamente para él, en la mente de otro de los oyentes había también resplandecido la misma analogía, y quiso aprovecharla para humillar al bastardo. Rodrigo de Viberos, sangre de conversos, cuyo odio a Alonso alimentaba, en lo recóndito de su cámara, su madre, la orgullosa doña Leonor Ossorio, interrumpió al lector para encararse con su primo, diciendo:

— Decidnos, Alonsillo, ¿dónde anda vuestra madre, que no la vemos acá? Holgaría saber de qué brocados viste, y qué pajes la sirven y qué escudero. Todos estos gentileshombres mueren por ver si su talle es tal como el vuestro nos lo demuestra.

Retozó la turba, alegrísima de aquella nueva ocasión de maltratar a la víctima acostumbrada; cada cual buscaba en la algazara de los otros el premio de su golpe. Alonso, sin comprender todavía, miró sorprendido a sus compañeros, con los ojos azules llenos de lágrimas.

— La madre de Alonso—dijo uno—no sabe estas rúas, sino que anda siempre afanosa por

los barrancos buscando hierbas para sus brebajes en los que suele poner sangre de murciélago y uña de drago y tierra de sepultura.

— Ah, necios—continuó otro de ellos—, ¿qué sabéis vosotros? Yo si sé, que la vi un día tan honrada y reverenda que no había más que pedir: iba por el mercado, caballera en un asno y toda emplumada; detrás, por mozo de espuela, llevaba al verdugo, que a su tiempo la santiaguaba gentilmente las espaldas con un acebuche.

El bastardo de Ossorio había saltado de su asiento y se hizo atrás hasta llegar a apoyarse en el muro, menos lívido que su rostro, tan mudado, que los pajes ya no osaban reir.

Tiempo hacía que el niño no se acordaba de su madre, pues el cambio de su vida y la novedad de cuanto veía habíanle alejado del tiempo de su niñez. Pero ahora su imagen triunfaba, señora y luminosa, sobre todas las otras; veíala con singular claridad, grande y bella, trabajando callada, hasta rendir su cuerpo, para sustentar a los suyos.

Como Rodrigo de Viberos osara entonces rebullirse o reir, Alonso sintió que se encendía ante sus ojos como una lumbre cegadora; parecía que sus músculos adquirían una fuerza desusada, una maravillosa agilidad; sin casi saber cómo lo hacía, se encontró sobre el cuer-

po derribado del que riera, y apretando con ambas manos su garganta, en tanto que los otros descargaban sobre sus espaldas y cabeza un granizo de puñadas, cuya violencia apenas sentía.

Al ruido de la riña ladraron, mal despiertos, los canes, y los escuderos dejaron sus dados y su conversación, pero no para separar a los contendientes, sino para animarlos con sus voces y embravecerles más, como si se tratase de novillos encelados o de moruecos.

Solamente Diego de Canencia no pudo sufrir el mal trato que su protegido llevaba, y arrancóle por fuerza de las manos de sus verdugos, gritándoles:

— Vergüenza tendréis, hidalgos, y os pesará de haber reñido seis contra uno solo. La madre de Alonso quede por buena, pues ha tenido su honra tal mantenedor que la defienda con su sangre.

Y se llevó consigo a Alonso, rendido de fatiga, aturdido de los golpes, para lavar con vino sus arañazos y descalabraduras.

Desde aquella noche los pajes del regidor miraron a Alonso de Ossorio muy de otra manera y le estimaron en más; pero el niño, de más simple natural que ellos, y que recordaba siempre las enseñanzas del honrado y cristianísimo Diego Sánchez, no podía hacerse a sus

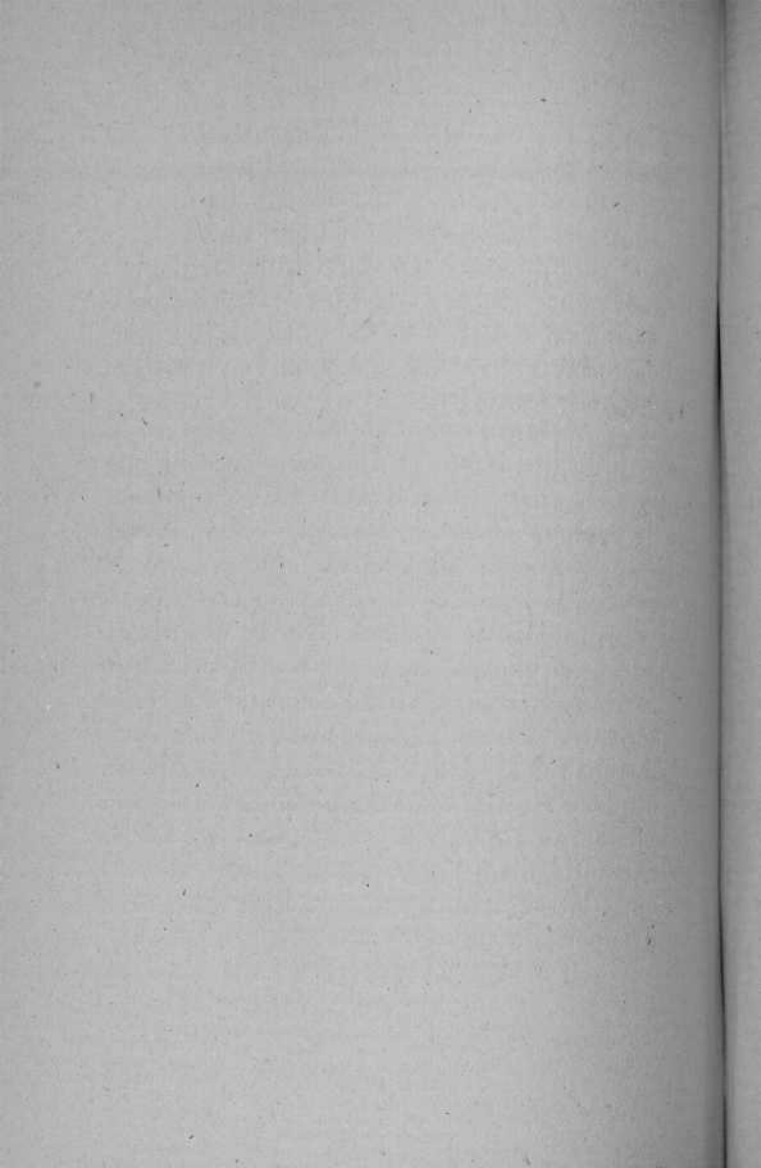
procacidades y desvergüenzas de simios, y cada vez con mayor gusto se refugiaba en los aposentos de doña Aldonza Velázquez, su señora, que eran en aquellos palacios como un remanso de silencio y de paz. Vivía en ellos su piadosa existencia la niña viuda, procurando llenar el gran vacío de su corazón con el recuerdo del muerto, y se dedicaba casi por entero a hacer bien por su ánima; veía la dama todos los días a su suegro, que para ella guardaba deferencias y regalos que sus sobrinas envidiaban; pero no solía visitar a las hidalgas de la casa ni de la ciudad, y huía de enredarse en sus comadreos y en sus intrigas de serrallo. El tiempo que no empleaba en la iglesia, pasábalo en su cámara bordando con sus doncellas las armas de Ossorio en unos reposteros para la capilla donde yacía su marido. Al tiempo que metían y sacaban acompasadamente en la rica tela las agujas enhebradas en seda y oro, divertían su trabajo cantando algún romance de Blanca Flor o de Lindaraja, con una cadencia monótona, impregnada en languidez oriental. Doña Aldonza se daba a su bordado con aquel fervor que otras mujeres de su edad suelen poner en sus galas de novias o en las suaves lencerías de un envoltorio de niño.

En tanta devoción y austeridad, solamente la presencia de Alonso ponía un poco de alegría;

bien ajena estaba doña Aldonza, cuando tomó a su cargo al bastardo de su marido para cumplir con el cargo que la impusieran sus últimas palabras, que había luego de amarle como cosa propia, y aun cifrar en aquel infante, de tan honrada condición y de tan nobles pensamientos, la ilusión toda de su vida. Ella y sus criadas recreábanse en la gracia y en la viveza del muchacho, y se complacían en probarle conversando con él y preguntándole.

Por la primera vez el mozuelo gustó el que manos femeniles cuidasen de su tocado y atavío; por la primera vez tuvo quien se enorgulleciera de sus victorias: una mañana en que la viuda se asomó a la galería del patio para verle hacer mal a un caballo, le hizo revolver con tan buena gracia, tan diestramente supo mandar, que Pedro Gonsalvo, a quien la gota tenía aquel día gruñón y descontentadizo, sonrió satisfecho.

Y así iba creciendo en el pecho leal de Alonso Fernández Ossorio tan viva admiración hacia su señora, que no veía en ella sino gracia y virtudes, santidad en todas sus acciones, sabiduría en todas sus palabras; algo acabado y perfecto, superior a todas las criaturas de la tierra.



## XI



N un domingo del ems de julio, a la salida de misa mayor, fray Antonio el morisco, que venía de Madrigal, se detuvo a predicar en el atrio de la parroquia de los Linajes. Dorábanse con el naciente las piedras labradas, llenas del sol de antaño; deslumbraban la vista las paredes de la iglesia, dadas de cal y de almagre, destacando sobre el cielo, de un violento azul.

El fraile estaba de pie, sobre el plinto, bajo una de las arcadas, y parecía con sus gruesas facciones, con su talle vigoroso, envuelto en los rígidos pliegues de la estameña franciscana, una de las imágenes que, en madera mal desbastada, labraron los más rudos de entre los antiguos imagineros; en su frente estrecha y abultada, casi cubierta por el cabello negro y rizo-

30; en el firme dibujo de su boca, en sus magníficos ojos negros, en todo su rostro, curtido por el aire y el sol de los caminos, leíase pasión y tenacidad.

Cuando comenzó a hablar, poniendo en su voz suaves inflexiones, no le escuchaban sino dos o tres pajes de los Contreras, pues los feligreses estaban hartos ocupados en discutir los asuntos de la parroquia; pero poco a poco fueron todos abandonando su senado para atender a la palabra divina; hasta las dueñas que salían de misa escuchaban, recatándose en la sombra del cancel; los pajes trepaban, para mejor verlo y oírlo todo, por los fustes de las columnas; dos escuderos mozos, que de vuelta de caza penetraban en la ciudad para ver a sus amigas, se arrimaron al pórtico y, sin descabargar de sus jacas ni soltar del puño los halcones, escucharon por algún tiempo.

Todos conocían al fraile andariego, que había estado en la ciudad diversas veces, siempre de paso; algunos comentaban que era hijo de un arriero moro del Burgo y que, andando de niño con su padre al trato de las recuas, sufrieron en los montes de Toledo un asalto de ladrones, de que el viejo quedó muerto y el niño desamparado, hasta que los frailes de la Salceda le tomaron para criarle y educarle. Y allí aprendió a ser tan amador de Cristo que



dedicó su vida a predicar su doctrina por las encrucijadas de los caminos y por las rúas y plazas de las ciudades.

Después que por algún tiempo hubo hablado fray Antonio dulcemente de las cosas de Dios, comenzó a fustigar los vicios de los que le escuchaban, con la ruda independencía que solía; dirigióse entonces a los magníficos y honrados caballeros, a los parientes mayores, dueños de las casas-fuertes, guardianes de las puertas de la muralla, a los que gobernaban la ciudad desde los bancos del Ayuntamiento y se llamaban a sí mismos *la Ciudad*, a los miembros de la Junta de los Linajes y de la Cofradía del señor San Andrés, patronos de conventos y de capillas, y les dijo:

— Despreciáis a los moros y a los judíos porque no conocen la verdadera Ley, y yo os digo que vosotros sois peores que los judíos y que los moros porque, conociéndola, no la queréis seguir. Pues decidme, si osáis, ¿en qué conoceremos que sois seguidores de Cristo Salvador? Porque Cristo predicó la castidad, y vosotros dejáis vuestras mujeres para servir a vuestras damas, y con los paños y alhajas que las dais, y con dejar ricos a los bastardos, empobrecéis vuestras casas, que tenéis cargo de sustentar. Hasta en la iglesia del Señor barren las laudas con brocados las barraganas de los ca-

balleros. Predicó la humildad Jesucristo, y vosotros vais como pavones, henchidos de soberbia y presunción. ¿Qué diré de la pobreza, tan amada de Dios y de sus Santos, en esta ciudad en que alguno da cien ducados por un gerifalte y hasta veinticinco por un paño de Cambray? ¿Qué de la caridad, a los que todos los días se acuchillan en las rúas y hacen que por un punto corra la sangre de sus parientes y criados? Señores poderosos y magníficos, ¿en que sois vosotros seguidores de Jesucristo?

Los caballeros escuchaban estas cosas atentamente, y muchos daban muestras de compunción; nadie se irritaba por la violencia con que el morisco les flagelaba; antes bien, le oían por esto con más gusto, y ninguno dejó su lugar, aun cuando el fraile les hizo luego una descripción de espantoso realismo, de la muerte y el infierno; y habló, por último, de Jesús, su Señor y Amigo, dulcísimamente, pues le amaba tanto que decía de él maravillas. Cuando acabó de hablar muchos se le acercaron y porfiaban por llevarsele a sus casas, pues era hora de comer; pero el franciscano procuró excusarse con mucha cortesía, y supo escabullirse por el postigo de San Juan, para hundir sus sandalias, bajo el sol ardiente, en el polvo del camino de Sepúlveda.

Los más de los feligreses dispersáronse pron-

to y volvieron a su ordinario vivir, olvidando fácilmente cuanto habían oído aquella mañana; pero algunos, y entre ellos los dos galanes que habían escuchado la plática, como de paso, sin apear-se de sus jacas, llevaban las palabras del fraile clavadas en el corazón como saetas encendidas, de que nunca ya pudieron desprenderse; y sintieron disgusto por lo que antes les placía, y no pudieron ya apartar del cielo sus pensamientos. En tanto que el fraile corría por otras ciudades y por otros pueblos predicando a las gentes, ellos luchaban y se angustiaban por acallar la voz Real que dentro de sí mismos les mandaba dejar todas las cosas de la tierra, tan gustosas, y todos sus amores, tan apacibles, para tomar la cruz y seguir las vías de Cristo Nuestro Señor.

Alonso de Ossorio no podía sosegar, rumiando las nuevas cosas que oyera de boca del frailecico. Entrado en su casa, notó que le enfadaban más que nunca las livianas conversaciones de sus compañeros, y que no le divertía, como otras veces, el cuidar y acariciar a los potros, las aves y los pájaros de su abuelo, ni el brillo de los arneses de la armería le alegraba el ánimo; y aun escuchó muy distraídamente los consejos de Diego de Canencia, pues que trataban de cosas de tan poca monta como guarir un ave enferma, o preparar a los neblíes para la

muda. Anochecido entró en la cámara de doña Aldonza para tomar su anuencia y besarla las manos; como, por ser domingo, no se podía bordar, la viuda leía en alta voz un libro de devoción,, y sus criadas, sentadas en el suelo, oían la lectura, interrumpiéndola con hondos suspiros. Cuando la hidalga cerró las cubiertas de madera del viejo volumen, todas las mujeres salmodiaron a coro:

— Dios tenga piedad de nuestras ánimas y las libre del fuego del purgatorio.

La nodriza del muerto, Brianda de Roa, cuyo rostro menudo y rugoso parecía, entre las blancas tocas, como un membrillo pasado de los que se guardan para aromar las lencerías, desde el rincón en que se había acurrucado, comenzó a plañir.

— ¿Qué tenéis, ama Brianda, que así os acongojáis?

— No lloro sin causa, mi señora; lloro por aquel que a mis pechos crié; porque anoche le vi en sueños, con aquella cara, que era como una flor, alumbrada por el fuego del purgatorio, y los cabellos dorados, que yo acariciaba, y los ojos que solían mirar tan alegres, todo era un ascua viva, por sus pecados. ¡Ay mi señor! ¡Ay mi señor!

En la amplia sala, alumbrada tan sólo por la luz temblorosa de un cirial, resonaban temero-

samente los lamentos de la ancianita, que se velaba el rostro con las manos. Se agruparon las criadas, muertas de espanto, en torno de doña Aldonza, que sola se mantenía serena entre tanta turbación; ella fué la que rompió el silencio para decir:

— Las más de las noches me roba a mí el sueño el pensamiento de que Gonzalo Fernández esté penando por sus pecados; para mejor rezar por su ánima tengo pensado tomar otro año el velo en el monasterio de San Vicente el Real...

Y reparando en su paje, que temblaba de miedo a los pies de su señora, le atrajo a sí, diciendo:

— Venid acá, Alonso, que ahora he de deciros lo que pienso que se haga de vos: conviene, hijo, que toméis el hábito de San Francisco, para con oración y penitencia satisfacer por los pecados de vuestro padre.

Con estas palabras señaló la dama el porvenir de su paje sin contar con sus pensamientos, como entonces se trazaban los destinos de los niños. Alonso sintió que se derrumbaba otra vez el mundo de ilusiones que en la mente de todos los mozuelos forjaban el ambiente de epopeya en que España vivía, las hazañas portentosas que todos los días oían contar; si había de encerrarse en un monasterio, ¿qué sería de

su sueño de gloria: de las cabalgadas por los campos de Italia, de la vida de los campamentos, del correr los mares en veleros navíos, del hundirse en las selvas de las Indias, henchidas de peligros y de tesoros? Pero de los labios que habían señalado su destino no podían salir sino palabras saludables y verdaderas, y confortado con este pensamiento halló fuerzas el niño para decir humildemente:

— Sea como vos queráis, mi señora, que ello será lo mejor.

Era ya muy tarde, y Alonso dejó luego el cuarto de doña Aldonza, embargado el ánimo en nuevos pensamientos. En la sala de escuderos sintióse aturdido y deslumbrado por el ruido y la luz; temió que las chanzas y los juegos de los pajes profanasen algo muy grave que dentro del alma llevaba. Y así, ansioso de encontrarse consigo mismo en sombra y en soledad, tomó, sin ser notado, la escalerilla de caracol que llevaba a las alturas de la torre; trepó a tientas los gastados peldaños de granito, hasta encontrarse en la terraza almenada que servía de corona a la casa-fuerte de los Ossorio, bajo la inmensidad del cielo constelado. Allá Alonso, sentado en el adarve, a espantable altura sobre la calle que trepaba serpeando hasta la puerta de San Juan, sintióse muy a su sabor.

El cielo profundo y luminoso de las noches

estivales en Castilla, el cielo tan bello y tan sereno que hace olvidar la bajeza del mundo y los pesares y negocios del vivir, brillaba aquella noche sosegado y clarísimo como un callado pregón de paz. Y se escuchaba aquella divina música de los cielos que embriaga al alma y la disgusta de las cosas del mundo. En su alto miradero, Alonso se sintió muy pequeño, y le pareció que la torre de Ossorio, alcándara de gavilanes, era como un brazo, el brazo de su linaje, que le alzaba en alto para ofrecerle en sacrificio a Dios.

Animado por la majestad y grandeza de lo que veía, se recogió en sí mismo y conoció más claramente al Señor, que da cantares en la noche y que siembra en el cielo las estrellas. Por primera vez sintió su alma el hambre de Justicia y de Amor y, recordando las palabras del franciscano, suspiró por aquel reino que el sombrío velo sembrado de diamantes ocultaba: por el Reino del Bien, donde todo es verdad, armonía y amor. Luego que hubo orado algún espacio, la paz de la noche se le entró en el alma y la llenó toda. Poco a poco parecía más suave su sacrificio, que ennoblecía y elevaba su vida. No por él dejaría de ser soldado, sino que lo sería de una milicia más alta; allá en las tierras nuevas, las espadas de los conquistadores dejaban enhiesto un reino más no-

ble: el reino de las almas que a costa de su sangre ganaban para Cristo los misioneros.

Cuando el bastardo de Gonzalo Fernández descendió de su adarve llevaba el alma llena de una inmensa energía, y liviano y alegre, con una alegría nueva, el corazón.



## XI



NINGUNO de los personajes, de tan diversa condición, que convivían bajo el mismo techo con doña Aldonza y con el bastardo, les miraban con tanto interés que se pudiera enterar de los cambios que en

la vida de ambos causaron sus nuevos pensamientos, y menos que nadie el regidor, su suegro y abuelo, a quien los nuevos sucesos de Castilla, la muerte del viejo Rey Fernando, la Regencia del Arzobispo de Toledo, gran sujetador de las ciudades, robaban la atención aquellos días.

Y así, doña Aldonza pudo en paz prepararse para mudar de vida y preparar a Alonso para que entrase en un convento; como el muchacho no sabía más letras que las que convenían a un caballero, esto es, leer apenas y mal-

trazar su nombre, pensó la dama en que fuese aprendiendo alguna cosa de latinidad que le fianquease el estudio de las Divinas Escrituras, y se acordó del arcediano de Cuéllar, su tío, que era tan gran latino, para que le adoctrinase; don Gil Velázquez, por amor a la sobrina, accedió de grado, y Alonso pasó desde entonces lo más de la tarde en la casita que poseía el prebendado en la Canonjía vieja.

Para don Gil Velázquez pasaban ignoradas las revueltas y turbaciones de Castilla, ocupado como estaba en las de Roma, narradas elegantísimamente por Salustio, cuya prosa se ocupaba él entonces en verter al sonoro castellano; y tan afanoso andaba con su trabajo, que tomaban en su mente mayor relieve las conjuraciones de Catilina contra la república que las quejas de sus propios conciudadanos contra las milicias de Cisneros.

Comenzó Alonso su vida de escolar una tarde del mes de julio. Cargado con los libros y cuadernos de que doña Aldonza le había proveído, tomó por los barrios de San Quirce y de San Esteban, hasta entrar en la estrecha callejuela de la Canonjía vieja, adonde abrían sus arcos de medio punto las casitas de los prebendados. Poco después de la Reconquista los repobladores de la ciudad habían concedido aquel barrio a los canónigos, los cuales edificaron en

él sus viviendas y oficinas y lo cercaron con un muro, cuyas puertas se cerraban todas las noches. Era un recinto tranquilo y señoril, cuyo silencio turbaba sólo el profundo son de las campanas de la catedral y el paso de las mulas de los canónigos que acudían a coro o bajaban a pasear a los sotos del río. La hierba crecía entre el empedrado, y los pámpanos de las vides asomaban tras de las tapias de los huertos.

Aquella tarde el sol caía de plano sobre la calleja y deslumbraban la vista las paredes, tendidas de cal, y las piedras doradas de los arcos. A medida que se acercaba a la casa de don Gil Velázquez, el bastardo de Ossorio iba retardando el paso, temeroso de ostentar su ignorancia en la imponente presencia del arcediano, a quien decían tan sabidor; pero al cabo hubo de llegar delante del ferrado portón, ante el cual se detuvo un momento, antes de atreverse a romper con sus aldabonazos el silencio claustral. Un mozo de mulas le abrió la puerta y le dijo que aun no era vuelto su señor de coro. Como conocía muy bien la casa, por haber estado en ella diversas veces con doña Aldonza, subió sin embarazo la escalera y, por antecámaras y corredores encalados, fué a dar al aposento donde el arcediano tenía sus libros, y penetró en él con ánimo de esperar allá a su dueño. Era una pieza pequeña, alumbrada por

una ventana, que formaba como un aposentillo en el grosor del muro; a través de los vidrios emplomados se veían las espesas alamedas y las calvas laderas del Parral. Ocupaba en gran parte uno de los testeros una chimenea francesa adornada de grutesco, y cubrían las otras paredes estantes de madera en que se apilaban los libros, encuadernados en cuero o en pergamino; sobre arcas, contadores y bufetillos había algunos trozos de mármoles antiguos, cabezas y torsos de dioses y de césares, y algunos vasos pintados, tesoro que don Gil trajo de Italia cuando en su mocedad frecuentó, con el obispo don Juan Arias, la corte de los Borgia. Alonso conocía todas estas cosas, pero notaba ahora en ellas un orden nuevo, algo indescriptible que hacía la estancia del erudito más armoniosa y bella: los libros y las estatuas estaban dispuestos con cierta simetría, y en los vasos antiguos había ramos de rosas y mostraban los jazmines sus estrellas fragantes; la solería bien regada, destacaba el rojo vivo de los ladrillos bajo la fresca blancura de los muros recién encalados.

Como oyese rumor de risas y de conversación en la pieza vecina, que era una galería de madera que miraba al río, el curioso mozuelo se asomó a la puerta entornada y pudo ver a la autora de aquellos milagros: sentada en una

silluca, la cabeza inclinada sobre su labor de deshilado, una niña vestida de luto trabajaba junto a una dueña; no era muy linda, pero en la mirada de sus ojos verdes y en la graciosa curva de su cuello tenía la gracia de las Vírgenes que sonríen en los retablos antiguos. Mirándola recordó Alonso lo que oyera pocos días antes en la sala de escuderos: que el arcediano había recogido una sobrina, a quien llamaban doña Beatriz, desamparada desde la muerte de su padre, en tanto que disponía su ajuar y dote para que entrase en el monasterio de San Vicente el Real. Penetró en su cámara don Gil Velázquez, interrumpiendo la contemplación del muchacho, que ya no se acordaba de la lección. Conservábase aun joven de aspecto el prebendado, a pesar de su obesidad, de su faz demasiado encendida, casi amoratada, y de la torpeza de sus movimientos. Sólo cuando su mirada distraída de erudito se posó en la graciosa figura del paje, de pie en el centro de la estancia, recordó la demanda de su sobrina, a la que le obligara a acceder su fácil bondad. Espantóle la tarea de meter la sabia máquina de la lengua latina en aquella liviana cabeza, en la cual la estrecha frente que aparecía entre la cabellera desordenada, la inquieta mirada de los ojos azules no presagiaban notable inteligencia ni grande aplicación. Pero el buen arce-

diano procuró disimular su gesto de mal humor y aun confortar el ánimo de su discípulo con su afable saludo:

— Hola, señor latino. ¡Venid acá, y veamos si habré de hacer de vos un nuevo Tulio! Para que no os avergüence doña Beatriz, mi sobrina, que sabe declinar mejor que un colegial de San Bartolomé.

Y comenzaron para el mancebo terribles y largas horas, colmadas de nuevas torturas: la fatiga de su imaginación, obligada a encadenarse a la sequedad de los preceptos de Antonio de Nebrija; el esfuerzo del premioso entendimiento para conocer cosas muy por encima de sus alcances; la humillación del orgullo al contemplar en el rostro del arcediano señal del enojo y hastío que le causaba su torpeza. ¡Cuántas veces recordó con deleite sus tiempos de aprendiz de pelaire, y aun las rudas maneras con que Pedro Gonsalvo le adiestrara en las artes de caballero! Toda su buena voluntad, todo su empeño en complacer a doña Aldonza, no eran bastantes para hacerle salvar la distancia que mediaba entre su entendimiento y la ciencia que el erudito no sabía poner a su alcance. Cuando, después de una eternidad dolorosa, pisó Alonso los cantos de la rúa, oyó detrás de unas celosías risas mal contenidas y cuchicheos. Recordó entonces a la niña del

deshilado, testigo de su ineptitud, y apretó a correr calle arriba, del todo desesperado, huyendo de las burlas que imaginaba en los graciosos labios de doña Beatriz de Cuéllar.

Toda aquella noche le duró la coragina, y apenas si pudo conciliar el sueño repasando en las mientes la afrenta de la víspera; y se propuso atender con tanto cuidado a las palabras de don Gil que no pudiese menos de obtener algún triunfo que le realizase ante los ojos de la damita. Casi con gusto emprendió la siguiente tarde el camino de las Canonjías, y lleno de impaciencia entró en la cámara del arcediano. Le esperaba éste sentado en su silla de roble y cuero, muy embebido en una lectura; en tanto que se determinaba a apartar el entendimiento de las gustosas páginas, Alonso miró a hurtadillas por la puerta entornada de la galería, donde doña Beatriz seguía afanada con su deshilado; alzó los ojos la risueña doncella y miró con cierta simpatía compasiva al torpe colegial con cuyas angustias la víspera se solazara.

Aquella mirada esforzó de tal manera al estudiante que pareció como que el entendimiento se le desentumecía y la memoria se le despertaba; tanto, que pudo al cabo sin tropiezo seguir la docta exégesis del arcediano, el cual sonrió complacido de su triunfo didáctico, bien

ajeno de que en él tenían más parte que su saber, los ojos verdes de aquella niña callada y tranquila a la que por caridad había recogido y que ocupaba en su espíritu mucho menor lugar que la liviana Sempronia o cualquiera otra de las mujeres de Roma cuyo retrato anima de vez en cuando la narración salustiana.

Por todo aquel estío siguió el bastardo acudiendo a la cámara de don Gil Velázquez. Le era el trabajo cada vez más apacible, en tanto que el prebendado se encariñaba con su discípulo, cuyo ingenio se pulía con el esmeril de sus lecciones; gustaba ya de conversar con Alonso y de explicarle, remozándolas, fábulas viejissimas del mundo pagano que estaban figuradas en sus vasos, en sus estatuas y en sus medallas, que abrían a su imaginación horizontes inacabables y la preparaban para gustar la gracia de los versos de Horacio o de Virgilio. Si alguna vez Alonso lograba entrever el rostro de doña Beatriz, andaba aquel día más alegre y sentía el corazón más liviano y más dispuesto para altas y generosas empresas. Y muchas veces pudo lograr su gusto, porque el arcediano llamaba con frecuencia a su sobrina por el placer de oírla traducir y explicar un pasaje difícil. Ella dejaba la labor, no sin enojo, paraba mientes por un momento en el libro, salido de los tórculos de Aldo Manucio, y exponía el sentido



del párrafo tan sencilla y claramente como si se tratase de un bordado o de una receta de confitura. Otras tardes acudía la moza para oír leer y comentar a su tío algunos versos de la Eneida, y en la mente de ambos oyentes el capitán troyano y sus navíos se confundían con las gentes y naves de España que, por aquellos días, hacían teatro de sus gestas las tierras nuevas y los mares desconocidos.

Una tarde de agosto, en que Alonso esperaba al arcediano asomado al alféizar de la ventana, vínosele a las mientes un nuevo pensamiento. Todos los pajes del viejo regidor: Hernando Villafañe, el estudiante, Rodrigo de Viveros, Pedro de Velicia, Gonzalo Arias, tenían ya sus damas a quienes servir, y gustaban sobre todo de ponderar su hermosura y de contarse unos a otros los sucesos de sus amores, que eran como juegos de niños. ¿Por qué no había de ofrecerse él por caballero de aquella doncellita tan dulce y honesta, cuyos ojos de agua marina no se le borraban ya de la memoria? Extinguida casi en su alma infantil la emoción de unas pocas horas, Alonso sentía ahora más deseos de ser soldado que de entrarse fraile en un monasterio.

No tardó, sin embargo, en rehacerse ni en desechar aquellas imaginaciones, luchando contra ellas en su mente como contra una tenta-

ción de Satanás. Apareciósele entonces la imagen de doña Aldonza, tan espiritual como si fuese la figura de la misma santidad, marcándole el sendero de su vida. Todos los días, con el más continuo trato, se iba acreciendo el amor del muchacho hacia la viuda, que hacía para él las veces de madre; amor acendrado y purísimo, mezclado de un inmenso respeto. Y en aras de este afecto volvió a sacrificar el muchacho su propio corazón. Pero esta vez el sacrificio fué tan doloroso que no se le volvió a ver reír ni jugar en mucho tiempo.

## XII



NA Galinda, señor, ha bajado a la ciudad a la querencia del hijo; como una loba anda rondando la casa para verle al entrar o al salir.

Rodrigo Fernández estaba en su panera viendo medir el mar de rubio grano que sus renteros vertían en las cárceles, una dorada tarde de septiembre, cuando Diego de Canencia le dijo estas palabras. Venía de la plaza, bañada de sol, el ruido de las carretas que la llenaban toda, y el son agreste de los esquilonos de los bueyes; por la penumbra del granero, haciendo crujir las tablas del piso, pasaban las recias figuras de los labriegos de Garcillán y San Miguel de Mayo, curvados como atlantes bajo el peso de los henchidos sacos. En un rincón, Pedro Gon-salvo, el viejo, recibía las rentas, pasaba el ra-

sero por las medidas y murmuraba sobre el peso y calidad del trigo. Alzó la vista el regidor del librilla en que hacía los asientos y miró sorprendido al mozo.

— ¿Es cierto, Diego, lo que dices? Si es verdad, gran pena merece esa mujer, porque faltaría a lo que me juró cuando le di los prados y el molino y me traje a mi nieto.

— Tan verdad es, señor, como la luz que nos alumbra. La vió Brianda de Roa al ir a misa de alba, y dos mozos de cuadra también la han visto a la puerta de San Pablo, y me lo vinieron a decir. Me creo yo que haya tornado ya para su molino, porque desde mediodía corro la plaza y las callejas sin poderla ver ni saber de ella.

— Si no mirara que es la madre de mi nieto —dijo el anciano como para sí—, la haría prender por la justicia; habré de ir pensando cómo alejarla más de la ciudad.

Volvió a sus cuentas el caballero, y Diego de Canencia salió a la cuadra para enjaezar la mula de doña Áldonza, que quería ir aquella tarde a visitar a las dueñas de San Vicente el Real. Caía ya el sol cuando salió la dama por las galerías con Alonso y una doncella; las mujeres, envueltas en blancas almalafas que no dejaban ver sino los ojos, montaron en las mulas que esperaban en el portalón y, con Diego y Alonso

a los estribos, tomaron el polvoriento camino que baja al monasterio por la puerta de San Cebrián. La tarde era dulcísima y tranquila, un poco melancólica, como suelen ser en Castilla las postreras de verano; el verde sombrío de los álamos comenzaba a tomar tonos más ricos, y tenía el cielo una maravillosa serenidad.

Al tomar la bajada del río, Diego de Canencia vió que una mujer, sentada en el pretil del puente, contemplaba el tumultuoso paso de las aguas entre los cantizales; la vista penetrante del halconero conoció al punto a aquella figura alta y garbosa, vestida de negro, y le palpitó violentamente el corazón: allá estaba aquella Ana Galinda que robó un día los pensamientos de Gonzalo Fernández, y doña Aldonza había de pasar, con el bastardo hijo de aquellos amores, por delante de ella. ¿Sería osada la villana a hablar a la hidalga o a querer tomar a su hijo? Bien se podía esperar de la garrida moza, tan briosa y altanera, y por eso Diego procuró cambiar de camino, para evitar el temido paso de la puente.

— Pienso que vamos mal por donde vamos, mi señora; demos la vuelta por San Lorenzo, porque a estas horas bajan los caballeros a correr sus caballos por los sotos del río, y nunca faltarán decires de la gente si nos ven.

— ¿Estáis loco, Diego?—respondió la dama sin parar la mula—. ¿Hemos de volver ahora, tan cerca del monasterio? Muy leve es la causa para que dello se murmure y muy altos somos para que nos llegue la murmuración.

Estaban ya muy cerca de la puente; el halconero detuvo la mula, tomándola por las riendas, y dijo a la viuda estas palabras; de modo que sólo de ella pudiera ser oído:

— No habremos de pasar de aquí, que aquella mujer que está en la puente es Ana Galinda, la madre de Alonso, y me creo que querrá ver al hijo o hablar con vuestra merced.

Detuvo la hidalga su cabalgadura y calló, de turbada, unos momentos; estaba muy pálida, y sus ojos negros, tan dulces y tranquilos, tomaron una nueva expresión de dureza y de altivez. Desdeñosamente dijo al escudero:

— Os engañáis, Diego, si creéis que he de mudar de camino por una mujer de tan baja suerte. Nunca será osada la molinera de querer hablarme.

Y al hostigar a la mula, irguióse sobre el sillón de terciopelo con un ademán tan noble, con tanto decoro y majestad, que parecía revivir en ella todo el señorío de su raza infanzona.

Ya en esto Ana Galinda había visto a los que venían y esperaba de pie en medio del camino;

cuando la dama llegó a ella, derrumbóse en tierra gritando:

— Señora buena, queredme oír una palabra, por Cristo Nuestro Redentor.

Apenas la miró doña Aldonza, encastillada en su honestidad y en su hidalguía, y desdeñosamente dijo a la barragana de Gonzalo Fernández:

— Si queréis limosna, mujer, mi escudero os llevará a vuestra morada con que comáis.

Entonces la molinera se irguió con toda la arrogancia de su condición, ardiendo en ira al sentir así pisoteado su orgullo plebeyo.

— Guardaos vuestros dineros, señora, que no los he menester; yo no pido sino al hijo que me llevaron con mentira y traición.

— El hijo que decís—replicó la hidalga—me lo encomendó al morir su padre, y no se partirá de mi lado, donde se cría conforme a su condición de caballero.

— Dejad, a lo menos, que le pueda ver y abrazar a las veces; si tenéis cristiandad, hagáis que no me arrojen los escuderos de vuestras puertas.

Vió en esto a Alonso, pálido como un muerto, e intentó llegar hasta él.

— ¡Hijo mío, que eres la luz de mi vida! En el alma me pesan ahora las haciendas que me dieron cuando dejé que te llevaran. Vente

con tu madre, que sin ti no puede vivir.

A un lado de la puente permanecía el bastardo en el tropel de los hidalgos. Enfrente, Ana Galinda, sola y erguida, tendía hacia él los brazos y le miraba con ojos en que brillaba una luz como de locura. Bajó los suyos el paje, medio muerto de pena y de compasión; veníansele de golpe a la memoria las apasionadas caricias de su madre en aquellos días en que llevaba en el arrabal una vida hartamente miserable, pero libre y gustosa; acuciábanle fortísimos impulsos de arrojarle en los recios brazos de aquella mujer a quien veía tan humillada y despreciada de todos, de dejar por ella la fastuosidad de su nombre y de su nueva condición, el orgulloso decoro de la casa de su abuelo para reanudar a su lado la vida de antaño, para luchar como los pecheros, no ya por la gloria del linaje, sino por el pan de cada día. Doña Aldonza, desde la altura de su hacanea, puso la mano enguantada sobre su cabeza y dijo tranquilamente:

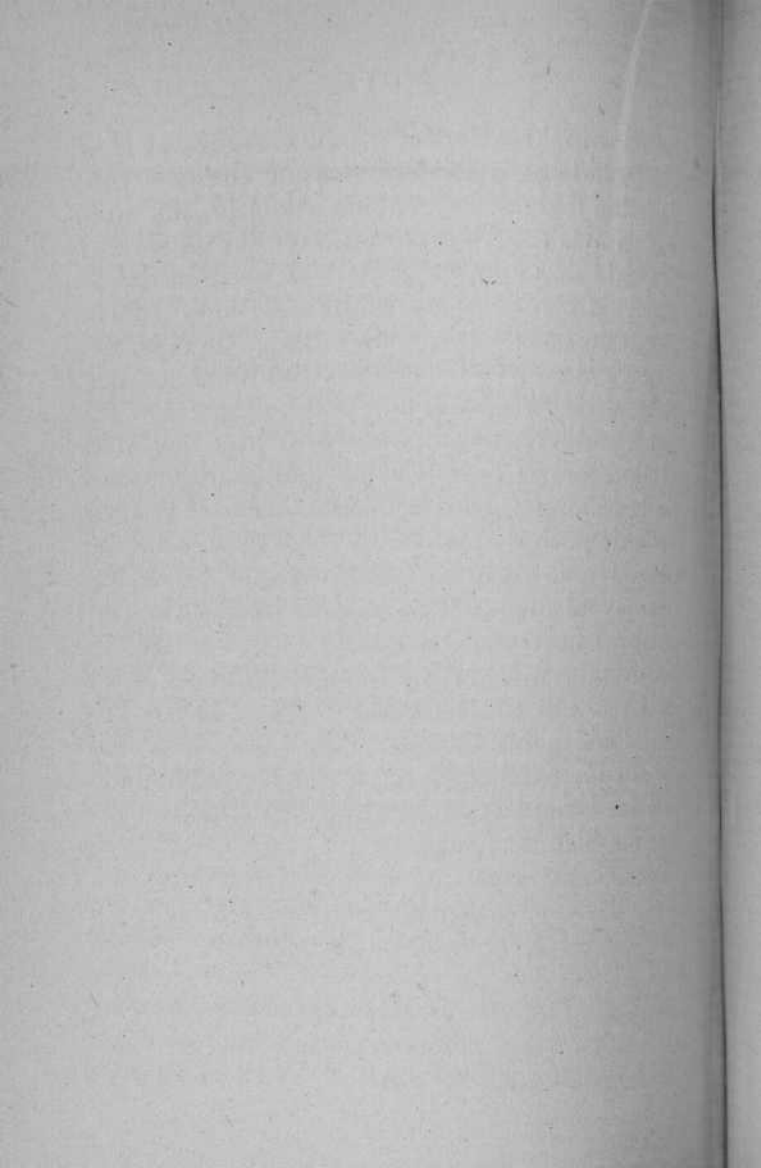
— Alonso de Ossorio no tiene otra madre que yo, pues para encomendármele fueron las últimas palabras de Gonzalo Fernández, mi señor.

Dejóse ganar entonces el muchacho por la dulce voz de la que veneraba sobre todas las cosas de la tierra. Y entre las dos mujeres que



se encontraban frente a frente se puso al lado de la hidalga, abandonando por ella a la que le había dado el ser. Doña Aldonza, sin querer ya más escuchar a la que un día rindiera el albedrío de Gonzalo Fernández Ossorio, dió la señal de continuar el camino, y Alonso, de la mano de Diego, el escudero, pasó, con los ojos bajos y el rostro encendido como un ascua, por delante de Ana Galinda.

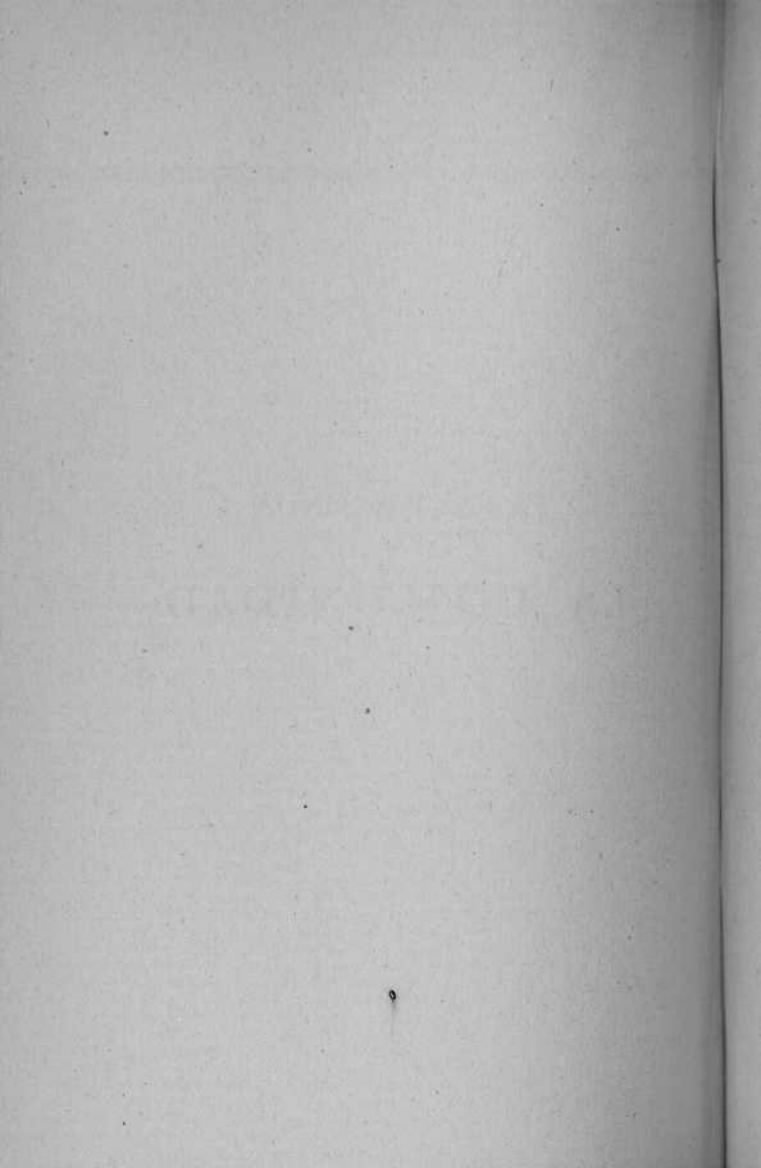
La indiferencia del hijo hizo más mella en el alma bravía de la villana que los desprecios de la señora; volvió su cólera contra él y, apoyada de pechos en el pretil del puente, contemplando a la pequeña comitiva que se alejaba por las alamedas, comenzó a maldecirle con palabras horrendas, invocando sobre el mancebo ingrato y orgulloso todo el peso de la ira de Dios. Por mucho tiempo el eco de sus voces siguió a los hidalgos, hasta que se perdió en el rumor del río y en el cantar apacible con que las lavanderas acompasaban sus golpes sobre los blancos lienzos.



PARTE SEGUNDA

---

# LA COMUNIDAD



### XIII



ORRIAN malos vientos para la caballería ciudadana, en los pasados siglos poderosa en los Concejos de Castilla. A la muerte del Rey Católico, gran enemigo de caballeros bulliciosos, vino a caer

la Regencia en la recia mano de aquel fray Francisco Ximénez de Cisneros, que llevaba aún, debajo de la púrpura, el áspero sayal de los frailes menores, el cual, para domar los bríos de las ciudades, puso en ellas milicias que las tuviesen siempre dispuestas al servicio de la Corona. El día en que en la villa de Roa acabó la vida de aquel viejo tan firme y tan sagaz, las ciudades soñaron un momento con volver a los días libres de los Trastamaras; pero ya estaba dentro de Castilla el nuevo amo, el príncipe mozo cuyos consejeros creían que el

reinar era autoridad sin freno en la tierra. Traía el gantés una corte de extranjeros, cultos y señoriles, que miraron la llaneza castellana como signo seguro de servidumbre; todavía en las altivas ciudades que eran cabeza de concejo o de comunidad no se había perdido la memoria del tiempo pasado, y los caballeros, perdido ya el miedo que inspiraban las sombras de Fernando y de Isabel, aprestáronse a un esfuerzo supremo para romper el haz y quebrantar el yugo de los emblemas reales, apoyándose en el clamor que levantaban entre los hombres llanos los desafueros de los flamencos; en el temor a nuevas derramas de tributos y en el desasosiego con que Castilla veía cómo la engranaban en la política imperial de su magnífico señor.

A cada nueva torpeza de los flamencos, a cada nuevo desaire de los procuradores en las Cortes, se iba adentrando más y más en las ciudades el espíritu de rebelión. El movimiento nacía espontáneo y aislado en cada ciudad, como un honrado anhelo de justicia, pero no faltaban quienes quisiesen aprovecharlo para sus fines y se dedicasen a comunicar y concertar los diversos concejos, ajustando las voluntades de todos, excitando el orgullo de los hidalgos y los recelos de los plebeyos para que estallasen en su día en crepitante hoguera que

iluminase las Castillas viejas y las nuevas, del uno al otro mar.

De estas personas, ninguna de las cuales procedía de baja suerte, que se ocupaban en correr de ciudad en ciudad, era aquel avilés don Pedro de Villatoro, vencedor un día en las justas de la huerta del Rey, que a duras penas pudo huir para salvar su vida, por haber sido acusado, por el regidor Rodrigo de Tordesillas, de judío converso y de poco inclinado a la Religión Católica. No se ha logrado estudiar, ni es posible que se conozca nunca bien, la influencia de los conversos en la política de Castilla al alborear en ella la nueva edad, y singularmente en el alzamiento de las Comunidades. Yo sospecho que tantos años de persecuciones y desprecios habían acumulado tal cantidad de odio en esa gente, que les movería a buscar sus venganzas en un período de sangrientas turbaciones. Por mucho tiempo habían sido los más fieles defensores de la autoridad real, pero los Reyes les habían abandonado para congraciarse con el pueblo. Es muy verosímil que muchos de ellos intentasen ahora levantar al pueblo en contra de los Reyes.

Don Pedro de Villatoro, señor de Cantiveros, era hombre de arrogantisima condición, y en aquel tiempo sangraba su orgullo por mil recias heridas. El era nacido de padre caste-

llano, pero su madre procedía de la nación judaica, y, al enviudar, volvióse con su hijo a la judería de Arévalo, donde tenía tan ilustres parientes que uno de ellos llegó a ser príncipe de aquella sinagoga. Allá se crió en la ley de Moisés, con los otros muchachos.

Una mañana jugaba con ellos en el polvo de la rúa principal de los judíos, allá donde abrían las tendezuelas de los cambiadores. Todo era alegre y apacible a aquella hora; dentro de las casas encaladas se oía el trajín de las mujeres y sus bellos romances, y de cuando en cuando rasgaba el aire el canto de los gallos en las bardas de los corrales; se acompasaban en las tiendas el ruido del martillo de los latoneros y los gritos con que los marchantes pregonaban su mercancía. De pronto oyóse un tumulto de armas y de caballos, y un tropel de hidalgos y de escuderos se entró por las puertas, mal guardadas, del muro de la Judería. Aquellos demonios asaltaron y robaron las casas más ricas, y degollaron a muchos de los más ancianos y venerables entre los hijos de Israel.

Cierto regidor avilés que supo el origen del muchacho, se lo llevó en el arzón de su caballo, lo tuvo en su casa como paje y se acompañó de él en las guerras de Italia; pero sólo en las apariencias pudo hacerle dejar la Ley, que vivía señora en su corazón.



Cuando fué mozo y hombre hecho, era el don Pedro de Villatoro de gallardísima presencia, de muy agudo ingenio y de un valor tan desesperado que le llevaba a buscar la muerte y a jugar con ella todos los días. Caracteres son éstos de dominador de corazones, y el avilés creyó un momento que tenía rendida a la fortuna como a una de tantas hembras que solían ser su fácil conquista. Después del vencimiento de los franceses en el Garigliano, llovieron sobre él estados y honores. En nombre del Rey Católico le concedió el Gran Capitán la investidura de una baronía en el Abruzzo, y dióle en feudo el Papa un castillo, con título de conde, en la Campania. Entonces fué cuando su corazón se llenó de un orgullo ciego y desmedido, de una diabólica soberbia que le hacía creer que no estaban sobre él las leyes de Dios ni las de los hombres.

Diez años de vida de príncipe, rodeado de una corte viciosísima de poetas y de artistas, de espadachines desalmados y de livianas mujeres, dieron al traste con la renta de sus tierras y con las tierras mismas. Como, después de la de Rávena, no había en Italia manera de enriquecerse, ya un poco viejo de corazón y un poco fatigado, se vino a pasear su hastío por su tierra nativa, complaciéndose en deslumbrar a los austeros castellanos con su porte de gran

señor y con sus magníficos atavíos, que eran casi los últimos restos de su hacienda.

Durante algún tiempo su vanidad halló todavía satisfacciones por las ferias y las romerías, en donde admiraban y copiaban las maneras del recién venido los caballeros de Avila, de Medina del Campo, de Olmedo o de Tordesillas, en tanto que se hacía amar de las hidalgas más recatadas y altaneras; pero en las famosas justas de Segovia pareció que su estrella comenzaba a nublarse: un bote ciego de su lanza quitó la vida a un joven caballero y, para salvar la de otro de los justadores, el astuto regidor Rodrigo de Tordesillas dió a conocer públicamente al don Pedro de Villatoro como cristiano nuevo, y aun harto sospechoso en la fe. Desencadenáronse entonces por toda Castilla las envidias y los odios que la arrogancia del caballero venía acumulando, y en pocos días derrumbóse su fama como un castillo de naipes. Dieron en llamarle todos *el Judío*, y hubo de abandonar su vida fácil para encerrarse en su torre de Cantiveros, única herencia que de su padre había recibido.

En aquel paraje desolado, desde cuyas rocas berroqueñas se otean las inmensas llanuras, que se esfuman en horizontes inacabables, comenzó a revolver en su mente sus planes de ambición y de venganza. Ansiaba infinitamente

aprovecharse de cualquier medio para rehacer su antiguo poderío, volver a su dorada existencia de gran señor y derramar el oro a manos llenas para humillar a los que le humillaban, con nuevos esplendores. Pero aun más que con estos ensueños de grandeza se complacía su orgullo herido en madurar proyectos de venganza, con esa sed de satisfacerse de las injurias que es como una religión entre algunos pueblos del Oriente. Don Pedro de Villatoro aspiraba a vengarse de Rodrigo de Tordesillas con un desquite horrendo, en cuyas circunstancias se deleitaba amorosamente en sus soledades de Cantiveros.

Con la muerte del Cardenal y con la llegada del nuevo Rey pensó que había llegado la ocasión de ver logrados sus proyectos. Su fino olfato de político iba notando el descontento de las ciudades, las torpezas del gobierno, la ambición de los caballeros, presagios claros de la gran tormenta que iba a turbar el cielo de Castilla. Salió entonces de su guarida y presentóse en el Concejo de Avila. En tiempo de revueltas, a nadie se pregunta a dónde va ni de dónde viene, y los caballeros avileses comprendieron que aquel hombre tan bravo y tan desesperado, tan hábil conocedor de corazones, podía ser para ellos un auxiliar de gran valor. Don Pedro de Villatoro, de acuerdo con ellos,

fué recorriendo las doradas ciudades que engrana el Duero, y preparando en todas la pólvora de la rebelión. Iba disfrazado unas veces de arriero o de mendigo, de fraile otras, y cuando le convenía recobraba su traje y sus maneras de caballero principal. Así, hablaba con todos, de todo se enteraba y, con paciencia de araña, tendía sus recias y sutiles redes, desafiando a veces la sogá del verdugo, las saetas de la Hermandad y aun las hogueras de la Inquisición.

A Segovia llegó un día de febrero en que el cielo gris y el suelo cubierto por una gran nevada casi se confundían en el horizonte. Agregóse luego a la turba de los mendigos que vivía de la sopa de los conventos. Era un hacinamiento de espantosas miserias de los cuerpos y de las almas, de gente vencida y arrumbada por la vida. Unos habían sido soldados, otros pelaires o tundidores, despojos de la guerra o del trabajo. Muchos eran nacidos en la ciudad, pero no faltaban entre ellos estudiantes o peregrinos, venidos Dios sabe de dónde, sin más ilusión que satisfacer su hambre o su sed por el momento y sin esperar ya nada de la vida. Tenían su cofradía, con ordenanzas rigurosas, y era tal su número que a veces parecían formar lo más de la ciudad. Llenaban los zaguanes de las casas nobles, los atrios de las

iglesias, los patinillos de los conventos. Por todas partes se oían sus lamentaciones y sus romances, el destemplado ruido de sus vihuelas. Entre la horrenda abyección de los más, sobresalía de vez en cuando la ascética figura de algún devoto romero que parecía aureolada con un hálito sobrenatural.

El caballero judaizante, envuelto en los harapos de un rico manto y cubierta la faz con un sombrero de haldas, tomó por oficina el atrio de San Juan de los Caballeros, donde una copiosa muchedumbre buscaba amparo contra la nevada. A la salida de misa mayor, los infanzones discutían, en sus corrillos, todas las nuevas del Concejo, y don Pedro de Villatoro pudo tomar buena nota de cuanto le interesaba. Oyó a Rodrigo Fernández Ossorio, el viejo regidor, clamar, con su libertad acostumbrada, contra los desmanes de los flamencos y desear la vuelta del buen tiempo de los antiguos reyes; supo allí los planes y los anhelos de otros caballeros y cuáles eran partidarios de las ciudades y cuáles del Emperador; allí pudo enterarse de que Rodrigo de Tordesillas, a quien odiaba de muerte, había sido nombrado procurador en las Cortes de Santiago de Compostela.

Una mañana en que el sol hacía relumbrar la blanca nieve, don Pedro de Villatoro vió venir hacia la iglesia una hidalga, vestida de luto,

cuyo recato y señorío evocaban las figuras antiguas de reinas o de abadesas; nadie podría igualar la gracia, un poco altiva, de su paso. Acompañábase de algunas doncellas, de un escudero y de un paje, ya mozo. La turba harapienta que se hacinaba en el atrio comenzó a salmodiar en coro las más extremadas alabanzas y las más fervorosas bendiciones:

— Que los ángeles acompañen siempre a doña Aldonza Velázquez.

— Bendiga el Señor a la madre de los pobres.

— Hasta que no os vemos entrar por esas puertas, señora, no nos parece que ha salido el sol.

Sonrióse levemente la viuda y paseó una mirada de lástima y de cariño sobre los que se agolpaban y reñían por tocar la orla de su manto o por verla más de cerca. Tomando luego de manos del paje la repleta escarcela fué repartiendo cuanto contenía, con el gesto de cristiana elegancia con que imaginamos a Santa Isabel de Portugal o a Santa Casilda de Toledo, de las cuales cuenta la leyenda el suave milagro del pan convertido en rosas. Los mendigos tomaban la copiosa limosna con más reverencia que avidez, y muchos la besaban y la apretaban contra su pecho como si fuese una reliquia. Así, deteniéndose con todos, doña Al-

donza tardó un buen rato en llegar adonde el disfrazado caballero contemplaba curioso aquella escena. Al encararse con el avilés dijo la dama estas palabras:

— Nunca os vi por estos lugares, señor; decidme, si os place, cuál es vuestra necesidad.

— Soldado viejo soy, mi señora, que ya no puedo combatir. Teníame hace bien poco por el más desesperado de los hombres; pero ahora, que os veo, me creo el más dichoso de todos. No os he de mostrar mi llaga, porque es tan honda y tan enconada que nadie podría verla sin espanto. Pero acaso vos, si quisierais, la podríais curar.

Enrojció la dama, de enojo y de vergüenza, ante el desenfado de estas palabras, y contestó desabridamente:

— El Señor os alivie, que es quien puede; porque yo no tengo virtud milagrera.

Y no quiso darle por sí misma la limosna, sino que ordenó a su escudero que se la diese, en tanto que ella, recogida en un gesto de orgullo, se entraba por las puertas del templo. Don Pedro de Villatoro quedó un largo espacio fijo en la negra abertura por donde la dama desapareciera, imaginando, en su ciega soberbia, la manera de rendir aquel fortísimo castillo cuando volviera a la ciudad ataviado con sus galas de caballero.

Entretanto, doña Aldonza, de hinojos en su almohada de terciopelo, se fatigaba en ordenar su oración cotidiana, de ordinario tan tranquila y devota. Una intensa sensación de disgusto invadía su ánimo e iba empañando en ella el cristal clarísimo de su serenidad. Parecía que, al pasar por el atrio, se la hubiera enredado un mal espíritu entre la lengua cauda de su manto y la envolviese ahora en desasosiego y turbación.



## XIV



L levantarse los manteles del yantar vespertino, un día del mes de mayo—corridos 1520 años desde el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo—, Rodrigo Fernández, el viejo, hizo venir a Diego de Canencia, para decirle que un labrador de Hontanares, que llevaba en fetosín ciertos majuelos, le había dado noticia de que andaban en el Eresma algunos ánares salvajes y, por ser cosa desusada en aquella estación, quería el regidor darles caza al otro día. Y, en cuanto amaneció, salió por las puertas de San Juan el caballero con Diego y Alonso, que salía ya a acompañar a su abuelo a semejantes funciones por sotos y montes.

Rodrigo Fernández vestía sayo y calzas de parda bayeta segoviana, y se tocaba con una

gorra de lo mismo; iba un poco adelante, orgulloso y erguido sobre su buena mula de piel lustrosa, de color de cobre, y llevaba en el puño a *Reinaldos*, su famoso halcón neblí, de pluma blanca y gualda, que, ansioso de luz, empapaba la cabecilla encapirotada y agitaba las alas de vez en cuando para desperezarse. Diego de Canencia montaba una vieja yegua torda y apretaba contra el pecho un sacre negro de Noruega que los mercaderes habían traído, bravo aún, pocos días antes. Y Alonso cabalgaba en el machuelo romano que el regidor le había regalado. Los tres cazadores tomaron el camino viejo que lleva a Arévalo del Rey.

La tímida primavera de Castilla se manifestaba en los jugosos brotes que rompían las ramas plateadas de los álamos; los sotos del río parecían un cielo estrellado, con tanta multitud de florecillas blancas sobre el césped fino y ralo; brillaba el sol templadamente a través de la tenue neblina del río, y con su calor se despertaba el campo del largo sueño invernal. Diversas veces hubieron de apartarse los altaneros para dejar paso a rebaños innumerables de merinas que volvían de Extremadura, guiados por los mansos de ojos dorados que acompasaban el sonido de sus esquilas; y Rodrigo Fernández preguntaba a todos los pastores, sentados a mujeriegas en sus yeguas, sobre la

calidad de las hierbas en Guadalupe y en Trujillo y sobre las circunstancias de la invernada y de la paridera. Sentían los mozos, que de intento quedaban zagueros, el corazón muy liviano, y hacían el camino jugando como niños; de pronto Diego de Canencia rompió a cantar, con voz llena y caliente, una cancioncilla que él mismo había compuesto:

Amor, amor cazador  
que aquel dardo me arrojaste  
de tu aljaba,  
toda la mi vida, amor,  
por la herida que rasgaste  
se me acaba.  
No detengas, niño ciego,  
con engaños, como sueles,  
la mi vida.  
Si de mí pena te dueles  
deja que se vaya luego  
por la herida,

Y los ecos de aquella canción de juventud se derramaron por todo el valle del Eresma; para oirla suspendieron las lavanderas de la orilla el rítmico golpear de las mazas; los dos jinetes comenzaron entonces a hablar de amores: Diego de Canencia andaba aquellos días haciendo la corte a María Bernaldo, no nada esquivada ni avara de sus sonrisas, que estaría entonces oyendo misa con doña Juana de Avendaño, su

señora. Entretúvose en subir de punto la hermosura de su dama, y fué enumerando minuciosamente sus perfecciones: los cabellos dorados como rayos de sol, los ojos rasgados y pardos, la pequeña nariz, las manos finas y breves a maravilla. Pero debajo de aquellos divertimientos, algo más grave y hondo permanecía en el alma del mozo y empañaba alguna vez la alegría de su mirada. Desde la muerte de Gonzalo Fernández, su hermano de leche, servía de escudero a doña Aldonza; poco a poco, sin que él se diera cuenta, la tranquila y noble belleza de la viuda se le iba entrando en el corazón e iba cambiando en amor recio y durable la devoción que siempre le inspirara; pero él consideraba demasiado alta a su señora para no desechar como un mal pensamiento cuanto no fuera servirla y reverenciarla toda la vida, y procuraba entretenerse con otros amoríos.

Estaba ya alto el sol cuando los cazadores entráronse por el soto de Lobones, sombrío vergel cobijado en un seno de la planicie; llegados junto al río, saltaron al suelo los mozos y ataron sus cabalgaduras al argentado tronco de un gran pobo. El regidor, caballero en su mula, se adelantó hasta un alto desde el que se descubría mucha porción del río; quitó entonces el bordado capirote que cegaba al pájaro, el cual, después de aletear un poco para

desatar sus miembros entumidos, tendió su hermoso vuelo, seguro y orgulloso, hasta no ser sino un punto en el espacio, que era a la sazón de limpísimo azul. Entretanto Diego de Canencia y Alonso corrían ambas orillas oxeadando las gargaveras, sin que nunca los famosos ánades apareciesen, hasta que el regidor llamó a su halcón con un grito agudo, que permaneció mucho tiempo entre los ecos del valle, y el ave mansa abatióse certeramente, como una saeta, sobre el señuelo donde el escudero, que ya se había agregado, le regaló con un corazón de paloma. Como por allí se oyeran las esquilas de un hato de cabras, buscó Diego al pastorcillo que le guardaba y supo de él que los ansares no parecían por el río desde el mismo día de la Candelaria. Luego, para probar el sacre bravo de Noruega, levantaron un alcaraván y se divirtieron en ver cómo el pájaro sanguinario le alcanzaba y degollaba, con ayuda de un can zarzero, que no le dejó posar en tierra ni esconderse entre las zarzamoras.

Picaba ya el sol, y las aves estaban pesadas y anhelosas; el caballero dejó su mula, se asentó debajo de un fresno, a la vera del camino, y allí su nieto y su escudero le sirvieron de comer de lo que Diego llevaba en una alforja; comieron luego ellos y, dejando solo al viejo, fuéronse a sestar junto al río, hasta que, algo

caído el sol, se ocuparon en bañar a los halcones en un remanso; en tanto que las aves secaban su plumaje, Diego envareteó los juncos y zarzales de la ribera con un botecillo de liga que sacó de la alforja, y, a poco, pudo regalar a su discípulo, que admiraba su destreza en toda suerte de ejercicios, una oropéndola y dos jilgueros. Felices y descuidados, gozando plenamente de la hermosura de la tarde primaveral, tendiéronse en el césped y arrojaron unos sedales a la tranquila corriente en que se miraban los desmayados sauces y los álamos sonoros de la orilla; pendientes estaban de su artificio cuando oyeron la voz del regidor que les llamaba, y habiendo recogido apresuradamente aves, anzuelos y liga, fueron hacia el fresno donde le habían dejado; pero antes de avistarle oyeron piafar de caballos y ruido de conversación.

— Hay gente con abuelo—dijo el muchacho sorprendido.

Y Diego de Canencia quedó un momento suspenso:

— Esta será la caza que veníamos a levantar al soto, y no los ánades, que volarían hacia la Candelaria.

Asomándose al alto pudieron ver al regidor que departía con un hidalgo de magnífica presencia, armado de todas armas, a lo que dejaba

entrever una ropilla de damasco jironado de blanco y azul que sobre ellas llevaba; algo más lejos, dos escuderos, protegidos por relucientes coracinas, tenían tres caballos, cubiertos de polvo y de sudor, que mordisqueaban la yerba del suelo. Cuando Alonso pudo ver las facciones del gallardo caballero, parecióle que algo muy olvidado resucitaba en su memoria; de pronto recordó vivamente el día de las justas, las explicaciones del sacristán de los Linajes y, en primer término, haciendo olvidar todo lo restante, la figura de aquel converso que se hacía llamar don Pedro de Villatoro, señor de Cantiveros.

— Por vida vuestra, Diego, que aquél es el judío que mató a Sancho Falconi en la huerta del Rey.

— ¿Don Pedro de Villatoro? Será su fantasma, que si él fuera en carne y hueso no le hiciera mi señor tanta pleitesía, y ved cómo parecen grandes amigos. Cosas veremos estos días que se salgan de lo acostumbrado.

Pero en esto el regidor había notado la presencia de los mozos e hizo señal a su nieto para que se acercase; acudió el garzón tan turbado que no entendió las palabras con que su abuelo le mandaba besar las manos que en Italia mantuvieron la honra de España contra franceses, y hubo de repetírselas enfadado; y dijo luego al forastero:

— Este muchacho, señor, es Alonso, mi nieto, hijo del sinventura de Gonzalo Fernández Ossorio, que gloria haya.

Bajó el caballero sobre el niño la sombría mirada de sus ojos, y sobre su cabeza posó la recia mano, enguantada de hierro.

— Grandes deseos tuve, Alonso, de conocer a vuestro padre, y Dios no lo quiso; ahora huélgome de veros, porque sin duda habéis de ser tan buen caballero como él lo fué.

La mirada del avilés pesaba sobre el muchacho más que el guante que le oprimía la cabeza, y así, rozando apenas con los labios la cruz grabada en la manopla, corrió a refugiarse al lado de Diego de Canencia. Dió el regidor la señal de partir y, cabalgando todos, tomaron el camino de Segovia, cuyas torres, doradas por el sol poniente, parecían sobre los chopos. Iban delante los caballeros, conversando calurosamente; detrás los escuderos avileses y, a la zaga, Diego y Alonso, silenciosos y malhumorados, perdida por completo la alegría de aquel día en cavilaciones y presentimientos.

.....  
Hablaban el recién llegado con apasionada elocuencia, en períodos cortados y firmes. Rodrigo Fernández le escuchaba atentísimo y se limitaba a asentir a sus palabras, y de tarde en tarde añadía algún comentario, conciso y claro,



llo de buen sentido. Ponderó el de Cantiveros la humillación de las ciudades, tan libres y poderosas en tiempo del buen Rey Don Enrique, sometidas al Poder real por los católicos Isabel y Fernando, que nombraban para ellas corregidores y daban los regimientos a letrados y a hombres llanos, en menoscabo de los infanzones; obligadas por el arzobispo de Toledo a sostener milicias que las sujetasen, y ahora por el nuevo Rey y por sus flamencos robadas, afrentadas y tenidas en tan poco que los embajadores de la magnífica Toledo y de la clarísima Salamanca se habían visto obligados a seguir a la corte, como lacayos, de lugar en lugar y de villa en villa, sin lograr ser oídos.

Dejaba el Rey la tierra generosa de Castilla en manos de sus flamencos para ir a Alemania a coronarse por Emperador, despreciando la Corona de sus pasados, la más noble y rica de la Cristiandad. No le bastaron los dineros que las Cortes de Valladolid le habían votado, y pedía ahora nuevos servicios en las convocadas, contra costumbre, en el reino de Galicia. Encendida el alma en fuego de indignación, en sed de justicia, Rodrigo Fernández oyó, de boca del avilés, los desafueros de aquellas Cortes convocadas en Santiago y mal rematadas en Coruña, a la vera de los navíos. Don Pedro de Villatoro, muy complacido del efecto que pro-

ducían sus palabras, fué enumerando las mercedes, los juros, los maravedises, los oficios honrosos y de provecho con que se habían pagado las traiciones y los perjurios de los procuradores de las ciudades; y sacando de su escarcela ciertos papeles, les puso en mano de su oyente, el cual vió que contenían una relación de las concesiones reales otorgadas a Rodrigo de Tordesillas y Juan Vázquez, procuradores de Segovia, que habían votado mansamente lo que el Rey pedía; a Rodrigo de Tordesillas, trescientos ducados, un buen corregimiento y un oficio en la Casa de Moneda; a Juan Vázquez, un grandísimo golpe de maravedises. Cuando Rodrigo Fernández terminó la lectura, temblábale el papel en las manos y, de airado, no pudo apenas modular palabra.

Para atizar el fuego que se encendía en el corazón del regidor, exclamó don Pedro de Villatoro:

— Castilla, Castilla, ¿consentirás en venir a ser provincia del Romano Imperio, con tu oro granjeado? ¿Sufrirás todavía que ministros extranjeros quebranten tus leyes y te roben tus tesoros? ¡Ah caballeros de las ciudades que hace pocos años sabíais poner freno a las demasías de los Reyes!, ¿tan flacos estáis que no tenéis ya bríos para romper la cadena con que os tienen aherrojados? Pero ya las ciudades, como

leones acosados, despiertan de su letargo. Toledo, la invictísima, ha desposeído a la Justicia real, y de su propia autoridad ha repartido las varas entre ciertos caballeros; Avila, mi patria; Burgos; Zamora, de donde ahora vengo, se disponen a alzarse con la justicia, y dentro de poco las ciudades serán como hogueras de pasión. Vos y los magníficos señores de ambos Linajes diréis si vuestra ciudad ha de seguir este alto ejemplo, o acostarse, como un can, a los pies del Príncipe que la despoja.

Llegaron en esto al punto en que el camino, que corre bajo las almenas, da la vuelta para subir hacia la puerta de San Juan, y como desde el recodo viesan un gran tumulto en el Azoguejo, llegaron a saber lo que pasaba. Estaba la plaza llena de gente, como solía a aquella hora en que dejaban los menestrales sus talleres, pero ahora parecía gente nueva: de tal manera la pasión cambiaba los rostros y ademanes. En casi todos los ojos brillaba la lumbré del negro y áspero vino del Puerto, que dos o tres mujeres traían en peludos pellejos de cabra y que otras repartían en cuencos vidriados; y la embriaguez de vino y de sangre ponía en los rostros un reflejo hosco y cruel. Del barullo de las conversaciones salía de tarde en tarde algún grito que nadie coreaba:

— ¡Santiago y Castilla! ¡Mueran los traidores!

Dió muestras el regidor de repugnancia ante este espectáculo, y sintió llenarse su alma de desprecio hacia aquella turba desarrapada y ebria; y gritó luego:

— ¿Dónde para la justicia de la ciudad? ¿No hay en ella corchetes?

— Sí los hay—le contestó un oficial muy joven, cuyos ojos y lengua parecían turbados por el vino—; pero no bajarán, señor, que dos de ellos hemos dejado colgados cabeza abajo en la horca del mercado.

Torció el gesto Rodrigo Fernández y dijo al avilés:

— Suelto está el avispero que yo me temía desatar. ¿Quién lo sujetará ahora? ¿Quién les tornará obedientes a nuestra autoridad?

Dijo don Pedro de Villatoro:

— Dejadlos hacer, que esta será la espada de nuestra justicia.

— Y esta espada, ¿quién podrá luego entrarla en su vaina?

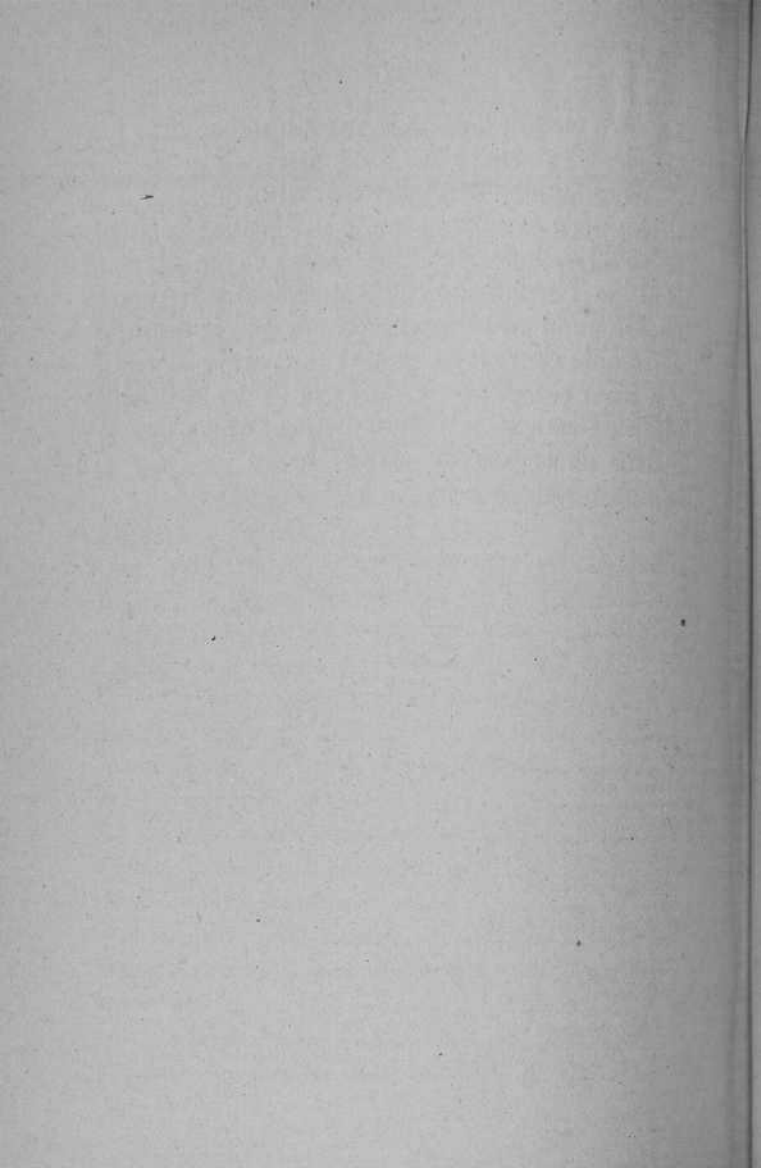
— Nosotros y nuestros escuderos, a arcabuzos; que, como es gente ruin, no osará resistirles, y será luego deshecha.

Y el señor de Cantiveros, de pie en sus estribos, gritó a los menestrales con voz robusta y clara:

— ¡Ah, señores! Sabed que los procuradores de esta ciudad la han vendido, como Judas a

Nuestro Señor; no en treinta dineros, sino por trescientos ducados y otras cosas de provecho.

Arremolinóse la gente en torno de los caballeros; pero éstos picaron a sus bestias y lanzáronse al galope calle arriba. Los criados de Rodrigo Fernández, que guardaban la puerta de San Juan y la tenían cerrada por el tumulto, abriéronla de par en par al conocer a su señor, y a poco resonaba el empedrado de la hidalga plaza de San Pablo, rudamente batido por los hierros de las cabalgaduras.



## XV



**A**NTE el portón ferrado de sus casas, Rodrigo Fernández rogó al de Cantiveros que le honrara aposentándose en ellas el tiempo que gustase de parar en la ciudad; accedió don Pedro de Villatoro, si bien sólo por aquella noche, pues la siguiente debía pasarla en la morada que Alonso Coronel, su pariente, se había labrado junto al postigo de la Judería. Entonces el regidor tomó por la mano a su huésped y le condujo, con mucha cortesía, a la cámara de respeto, cubierta de alfarje dorado. En tanto que las esclavas trajinaban para colgar el lecho de cortinas de damasco y tender sobre él blanquísimos lienzos de casero y oloroso hilado, para cubrir con una alcatifa de vivos colores los ladrillos de la solería, o encender en un braserillo de plata el espliego y laurel de

los sahumerios, Alonso presentó al avilés el aguamanil y las toallas, y fué recibido con tanta gentileza que limpió su mente de prejuicios y no pudo menos de admirar a aquel guerrero que había hecho de Italia campo de sus hazañas. Los escuderos avileses sirvieron a su señor camisa de cambray y un tabardo de terciopelo azul aforrado de armiño para que lo echase sobre el jubón de armar, y a poco pareció el forastero en las galerías, aun más galán que con el arnés. Era de muy elevada estatura y noble rostro de color cetrino; largas pestañas velaban el brillo de los ojos negros, en los que se reflejaba el cansancio de una vida demasiado rica en aventuras de amor y de guerra; entre sus barbas y cabello, bien peinados, brillaban ya muchos hilos de plata.

Quiso el regidor entrar a su huésped en la sala de los paños para que se confortase con la refacción que allá estaba dispuesta; pero don Pedro de Villatoro nunca quiso aceptar sin hacer antes su pleitesía a las damas de la casa, y así, el regidor hubo de llevarle a la cámara de sus sobrinas. Doña Elvira y doña Leonor, asentadas en las almohadas de su estrado, recibían la visita de una mujer pequeña y gruesa, pero de notable belleza y riquísimo atavío, tan locuaz y viva que ni aun la entrada de los caballeros y sus cumplimientos pudieron atajar



el torrente de sus palabras; era doña Isabel de Cardona, desde pocos meses antes mujer de Rodrigo de Tordesillas, procurador de la ciudad en las Cortes de la Coruña; y contó al avilés, que la oía no con otro gesto que el del zorro que escucha el cacareo de un ave en el corral, que su marido venía ya para Segovia, a marchas forzadas, y que quizá aquella misma noche durmiese en su casa; que en las Cortes se había mostrado tan servidor del Rey, que Su Alteza y los caballeros de su cámara le habían llenado de agasajos, y que tan honrado venía que sería en adelante el primero en la ciudad. Despidióse luego la rechoncha y gárrula infanzona, llamó a su escudero y se partió a esparcir por otras casas tan alegres noticias. Cuando salían a las antesalas preguntó el avilés:

— Doña Aldonza Velázquez, vuestra nuera, ¿para aún en vuestra casa? Holgaría de besarla las manos y darla nuevas de Gonzalo de Cuéllar, su hermano, gran caballero, que en muchas ocasiones peleó a mi lado.

— Es muy niña—contestó el regidor—, y vive harto recogida desde la muerte de aquel sinventura de mi hijo, sin ver otro varón sino yo y sus criados; pero pienso que ha de alegrarla el saber de Gonzalo de Cuéllar, a quien quiere bien.

Enviaron a un paje para pedir la anuencia de la viuda; doña Aldonza vaciló un poco antes de quebrantar sus costumbres, sin sospechar que de esa duda pendían sus destinos y los de aquellos a quienes más quería; al cabo venció su deseo de saber de su hermano, y consintió en recibir al forastero. Y cuando éste penetró en su cámara con el regidor, procuró iluminar con una sonrisa el lindo rostro que, entre las tocas de viuda, parecía más infantil, y les recibió con monjiles comedimientos y reverencias. Don Pedro de Villatoro extremó para ella las sabias artes que le hacían diestrísimo en rendir corazones de mujerés; con el pretexto de narrar las hazañas de Gonzalo de Cuéllar sacó a colación las suyas propias, y con tan buena gracia las contaba, que la dama y sus criadas, olvidadas de todo, le escucharon atentísimas mucho tiempo; y del relato resultaba el señor de Cantiveros como un tipo acabado de bravura, de gentileza y de generosidad; un corazón insaciable que buscó en vano llenarse con la gloria de las armas y que aspiraba ahora a satisfacerse con algún grande amor. Fué Rodrigo Fernández el que, algo desabrido, hubo de cortar la charla del parlero hidalgo y sacarle de allí para que al cabo se reposase de las fatigas de su viaje. Y por las galerías, el astuto viejo procuró explicar a su huésped la santa vida

que su nuera llevaba desde su viudez, y le apuntó que se decía entre las mujeres de la casa que había de trocar pronto el noble retiro de su cámara por una celda de monasterio.

En la sala de los paños, alumbrada por los cirios que ardían en altos candelabros de hierro, sentáronse ambos caballeros en sendos siales, cerca de unas mesillas servidas de mil especies de golosinas: confituras de las monjas de San Vicente y de Santo Domingo, frutas y mazapanes, entre lo cual brillaban, como grandes topacios, los vidrios llenos de dorado vino de Alicante. Durante el yantar, cantaba un ministril, punteando las cuerdas de su vihuela, romances de moros y de cristianos. Don Pedro de Villatoro comía apenas y hablaba poco, ocupada la mente en diversos pensamientos; recorría los propósitos que le habían traído a la ciudad: minar en ella el poder de los Reyes, perseguidores de los judíos, mantenedores de la Santa Inquisición, y vengarse de Rodrigo de Tordesillas, que antaño le escarneciera, manifestando a deshora su sangre judaica, en las justas de la huerta del Rey; pensaba en doña Constanza, cuyo amor, por imposible, ardentemente deseaba, y sonrió recordando su antiguo deseo de pelear con Gonzalo Fernández, el mozo; ahora, a los cinco años de muerto su rival, había de luchar contra su sombra y su

recuerdo, tomando por palenque el corazón de la niña viuda.

.....  
Mediante algunos reales repartidos entre porteros y mozos, el señor de Cantiveros encontró aquella noche francas las puertas para salir, bien embozado y escoltado por sus escuderos, que escondían bajo sus capotes dardos y broqueles, de las casas del regidor y del recinto de la ciudad. En aquella templada noche de primavera recorrió los tugurios de los arrabales, los lupanares y las tabernas donde se amontonaba la inmensa turba de jornaleros de todos los países, que a Segovia atraía la facilidad de los oficios de la lana; gente de amplia conciencia y accidentada historia; soldados algún tiempo, aventureros o bandidos luego, que, vencidos en el gran combate, buscaban, para acallar el hambre, un pedazo de pan en las almadrabas de Sanlúcar o en los obradores de los mercaderes segovianos; y entre aquella multitud degradada, sin otra ilusión que gastar en groseros holgorios el producto del duro trabajo cotidiano, vertió abundantemente el avilés el oro de su escarcela y el veneno de sus palabras para preparar una jornada de sangre en la ciudad y obligarla a salir de la obediencia real. Llegó luego al barrio de la morería, en la colación de San Millán, y penetró en las casucas de ladrillo

donde se guarecían los restos de la raza vencida, los herradores y los olleros moros, los alarifes y albañiles, obligados a trabajar en las iglesias y en los palacios de los cristianos, y supo avivar sabiamente el ascua del odio que ardía en el alma de aquellos hombres de sombrío rostro y ojos negros y hundidos.

Ya cercana la media noche dejó atrás las últimas casas del barrio de San Millán para pasar el arroyo Clamores por las huertas de Sancti Spiritus y tomar el camino tortuoso que, sorteando espantables barrancos, lleva al osario de los judíos. En el cielo limpísimo lucía la luna llena como un escudo de plata bruñida. En la húmeda tierra vibraba el innumerable coro de las sabandijas, cuyo concierto se perdía a lo lejos, con una cadencia solemne y pausada.

Pocos lugares habrá en Castilla de tan desolada y trágica grandeza como ese vallejo al cual se asoma la ciudad por el Mediodía; la ladera de piedra caliza, rota por muchas cavernas, termina en un derrumbadero, en cuyo lóbrego fondo se oye el rumor del escondido arroyo, escoltado por una procesión de altísimos chopos que crecen y se ahilan para buscar la luz del sol. Coronando la escarpa, a la derecha del angosto valle, descuellan las murallas de la ciudad, con sus cubos decrépitos; el Alcázar, con

su elegante corona de torrecillas. En estas crestas áridas, aromadas de cantueso y de tomillo, tuvo su cementerio la aljama de los judíos de Segovia, los cuales, durante muchos siglos, sepultaron sus muertos en las cavernas de las rocas. Cuando el Poder real obligó a la raza maldita a abandonar sus casas de la Judería para dispersarse de nuevo por el haz del mundo, llenáronse los campos del osario y el valle de las tenerías de aquella gente aborrecida y miserable, que hubo de albergarse en las sepulturas de sus antepasados; algunos frailes se metieron entre ellos predicándoles la verdadera fe, y lograron que muchos se convirtiesen.

Don Pedro de Villatoro hizo que sus escuderos permanecieran en el comienzo del camino, y él trepó solo, ladera arriba, alumbrado por la luz de la luna, que aparecía templada por las brumas del arroyo; a la entrada de una de las cuevas una sombra le salió al paso, y de ella partió una voz firme que decía:

— ¡Espere quieto el que no quiera que le pase el corazón con una saeta!

— No pienso morir de saeta—respondió don Pedro de Villatoro—, que ya hartas veces me zumbaron los oídos las de la Santa Hermandad; decid a los señores de la magnífica aljama de Segovia que el embajador de los judíos de Za-

mora no espera sino su anuencia para besarles las manos.

Tras de muchas zalemas, el desconocido hizo señal al avilés de que le siguiera; así llegaron a la boca de una cueva cubierta con un montón de ramas que dejaba escapar algo de luz; a su reflejo, pudo el de Villatoro vislumbrar las trazas de su guía, vestido a la manera de un escudero de casa rica, el cual se entró en la boca de aquel antro, que era como antesala de otro más amplio, antiguo enterramiento de un famoso rabino. Y en este segundo recinto, de planta circular, pudo ver el avilés, a la luz de un farolillo colocado en un nicho, hasta una docena de varones sentados en el suelo. Eran de muy diversas edades, y su condición parecía muy distinta, a juzgar por su traje: vestían unos a lo caballero, con armas y ropas suntuosas; otros, como letrados, clérigos o menestrales. Un viejo, tan viejo que parecía contar más de cien años, vestido pobrísimamente, leía en alta voz, sentado en el centro de la cueva, sobre un tapiz:

«Que sean confundidos y cubiertos de vergüenza los que quieren mi muerte; que vuelvan atrás y se avergüencen los que rumian mi ruina.

»Que sean como el polvo al soplo del viento, y que el ángel del Señor les hostigue de cerca.

«Que su camino sea tenebroso y resbaladizo, y que el ángel del Señor los persiga.»

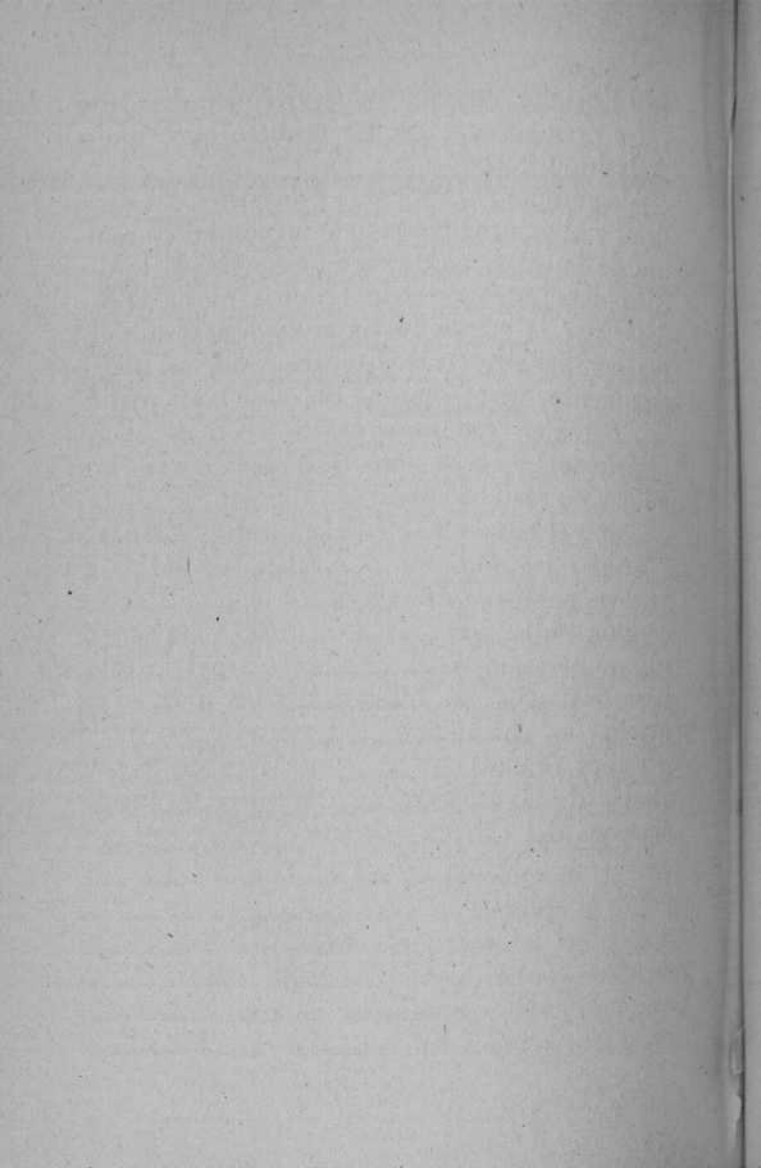
Al entrar en el estrecho recinto don Pedro de Villatoro cesó el anciano su lectura, pusieronse en pie todos y le recibieron con muchas reverencias y comedimientos. Sentóse entre ellos y dió cuenta, en su elegante fabla, de su persona y de su misión: habló del origen hebraico de su madre, que le había valido tantas persecuciones, y de cómo, dolido de la triste condición de las aljamas de Castilla después del reinado del Rey Fernando y de la impía Iezábel, quería tomar su remedio. ¿Cuándo se vieron tan acosados los del pueblo escogido? Obligados a vivir con cristianos y a bautizar a sus hijos, a asistir devotos a las ceremonias de las iglesias; odiados de los cristianos viejos, que les llamaban conversos; perseguidos por la Santa Inquisición, que solía encender con sus cuerpos sus luminarias, y aun desenterrar los huesos de sus padres para arrojarlos a las hogueras. Los que habían quedado en Castilla, después del éxodo de su raza, veíanse obligados a celebrar las ceremonias de la Ley en cuevas apartadas, entre las sepulturas de sus muertos. Era preciso, pues, que los individuos de la insigne aljama de Segovia apoyasen el movimiento de los caballeros contra el Poder real, para que volviesen los tiempos del buen



Rey Enrique, en que todos vivían, judíos, moros y cristianos, y se derrumbase el Tribunal de la Inquisición.

Alegráronse todos con el discurso del caballero, y el vejezuelo lector le respondió en nombre de la ilustre judería de Segovia. Y le dijo cuán dispuestos estaban todos a morir y perderse por la causa de las ciudades, y que él y sus compañeros podrían hacer mucho por el alzamiento, pues algunos de ellos eran regidores, o tenían sus hijas casadas con caballeros principales, y otros eran poderosos en los gremios y en las cofradías.

Como el tenue claror de la aurora comenzaba a disipar las sombras del valle, los judíos de Segovia se dispersaron luego y huyeron, con el corazón enflaquecido por el miedo atávico de su raza perseguida, unos, a hacer papel de caballeros en sus casas blasonadas; los más, a comerciar en sus tiendas o a trabajar, en sutiles y sabios oficios, en sus obradores de la calle Real y de las callejas que rodean a la antigua sinagoga del Corpus Christi.



## XVI



**ENVANECIDOS** con el favor Real, que diputaban firme y seguro, pasando y repasando con la imaginación los oficios y los dineros con que se habían acrecentado, Juan Vázquez y Rodrigo de Tordesillas, procuradores de Segovia en las Cortes de La Coruña, gozábanse de ver cómo sus mulas abreviaban la distancia que los separaba de su ciudad, donde pensaban dar fácilmente cuenta de su procuración. Al caer la tarde del 29 de mayo de 1520, llegaron a la parda villa de Santa María, que, desde su alcor, domina el llano inmenso de labrantío y de pinares; ambos procuradores entraron en el monasterio de Santo Domingo para saludar a los frailes y reposar un poco; sentados en el plinto del bello claustro, cuya doble columnata

corría en torno de un lindo vergel, comentaron con el prior y el guardián los sucesos de las Cortes y las nefandas alteraciones de Castilla. El amor al Rey se respiraba en el ambiente del convento, enriquecido y poderoso por los privilegios de Don Enrique *el Doliente*, confirmados, muy luego de ceñir corona, por todos sus sucesores. A turbar las pláticas vinieron a deshora dos alcaldes de la villa que venían de Segovia con malas nuevas: el común de la ciudad se había alzado en el acto de elegir sus cargos para el Concejo, había dado muerte a dos corchetes y andaba derramado por las calles dando mueras contra ciertos caballeros. Suspensos quedaron por algún tiempo con estas noticias los frailes y sus huéspedes. Juan Vázquez, que era un ganadero serrano, viejo y cauteloso, que había cotizado su voto en las Cortes como si se tratase de un hato de merinas, pensó que había en la ciudad algo más que los regidores, sus parientes, a quienes fácilmente pensaba convencer, y determinó de nunca entrar en ella, sino partirse, por Villacastín, a sus casas de El Espinar. Porfiadamente, con muy prudentes razones, invitó a su compañero a que le acompañase y fuese allá su huésped. Pero Rodrigo de Tordesillas se negó a ello con viveza. Era recién casado, y en su morada le esperaban los ojos negros y los frescos labios de

doña Isabel de Cardona, apasionada e impaciente.

Además, el caballero no abrigaba temores por su honor ni por su vida. Era más arrogante que codicioso; en las Cortes de La Coruña habíase deslumbrado con la presencia del sol de la Majestad y con los luminaires de la corte. Los hábiles gentileshombres del César halagaron sabiamente, con cumplimientos, cortesías y estudiadas familiaridades, la vanidad del petulante hidalgo provinciano; los letrados le habían fácilmente convencido, con aforismos de la antigua sabiduría, de que la voluntad del Príncipe es siempre la suprema ley. Y desde entonces el Tordesillas había hecho cuanto la corte había querido; las mercedes obtenidas en pago de sus complacencias no eran, según los juristas cortesanos, sino pruebas del favor Real, que nunca deshonra; y así, tranquilo y seguro de sí mismo, se despidió de Juan Vázquez y de los frailes y tomó a buen trote el camino de Segovia.

Entró ya muy de noche por la puerta de San Cebrián, separada tan sólo de sus casas por un derrumbadero despoblado; cuando en ellas se supo la llegada del dueño, sobresaltóse doña Isabel, que la temía ahora tanto como antes la esperaba; alborotáronse parientes y criados; ladraron alegres los lebreles. Rodrigo de Tordesillas

tuvo para cada cual una buena palabra, y en el patio, hincada en tierra la rodilla y en la mano la gorra, besó las manos de la dama, que lloraba de miedo y de gozo. Bien pronto la arrogante confianza del caballero, contento de verse en su casa-fuerte, rodeado de gente tan leal, sosegó el corazón de todos; doña Isabel llevó a su esposo hasta su cámara, y en ella le sirvió por sí misma una colación, por improvisada y por así servida, más gustosa; festiva y alegre como festín de bodas.

A los labios llevaba el caballero la última copa de vino generoso cuando hicieron temblar toda la casa los fortísimos aldabonazos con que alguien, de extraños bríos e impaciencia, golpeaba la puerta principal; ladraron los canes, volvió a latir violentamente el corazón de la dama, y el mismo caballero palideció un poco e hizo ademán de tomar su espada. Ya en esto un escudero se había asomado, protegido por un broquel, al ajimez que abría sobre el portón; pero no pudo ver sino a un embozado que clamó en altas voces:

— Digan al señor Rodrigo de Tordesillas que no vaya mañana al Ayuntamiento si no quiere que le suceda una desgracia.

Y se perdió luego en los desmontes que bajan a la muralla.

Rompió en lágrimas la bella doña Isabel, y

sus brazos gordezuelos rodearon el cuello del esposo, el cual, muy turbado, pretendió acallar con altas voces los negros presentimientos que invadían su corazón:

— ¡Ah, bien os conozco, caballeros de los Linajes, que no queréis sino amedrentarme para que mañana quede afrentado no sentándome en mi banco del Ayuntamiento! ¡Ah, Rodrigo Fernández, Gonzalo de Tapia, Diego de la Hoz, desde cuánto tiempo sé de vuestras mañas! Pero habían de clavarme un puñal en la garganta y no dejaría de dar mañana cuenta de mi procuración. ¡Y quedaréis confusos cuando brille al sol lo que hice para que la ciudad sirva al Rey como debe!

Doña Isabel sonreía, sin dejar de llorar, contemplando el brioso gesto y el gallardo ademán del iracundo caballero; al cabo éste olvidó su cólera para gozarse en aquella sonrisa y, a poco, los dos esposos reanudaban sus dulces coloquios, olvidados de la magnificencia del Emperador, de los tumultos del pueblo y de las tramas de los caballeros ciudadanos.

En cuanto amaneció el último día de mayo, Rodrigo de Tordesillas comenzó a ocuparse de su atavío, procurando con este quehacer serenar el ánimo y llenar el de doña Isabel; procuró que sus galas fuesen tan suntuosas y lozanas como corresponde a persona que viene de la

corte con el favor Real. La ingenua crónica de la ciudad nos ha conservado el recuerdo de las ropas con que el malaventurado caballero se engalanó para la muerte: jubón y calzas de negro terciopelo, tabardo de un rico paño carmesí y gorra de terciopelo morado, *autoridad y gala mucha de aquel tiempo*; contento de verse tan aderezado, abrazó a la noble esposa, que luego fué a postrarse a los pies de un Crucifijo, acarició al más querido de sus canes y, montado en su buena mula torda, rodeado de sus escuderos, que iban a pie, con rodelas y espadas, tomó por las callejas del barrio de la Trinidad; al resonar sus pasos en el empedrado, entreabríanse las hojas de las ventanas y se adivinaban figuras de mujeres tras de las celosías; el regidor miraba a todas partes, afirmando el cuerpo sobre los estribos y gozándose en la curiosidad recatada que su presencia producía.

Los arcos dorados de la vieja parroquia, el convento de Santa Clara y algunas casucas que fueron de judíos componían la plazuela de San Miguel, casi desierta a aquella hora; unas palomas picoteaban en el suelo, lleno de sol; en las bocacalles conversaban algunos menestrales, que se destocaban reverentes al pasar entre ellos el arrogante jinete.

En aquel pórtico de la iglesia donde los regidores de Segovia coronaron por Reina de Cas-



tilla a la grande Isabel, tomaban el sol, esperando la hora del Ayuntamiento, los caballeros de los Linajes, que comentaban indignados los sucesos de la víspera y no dejaban de hacer funestos augurios sobre aquella exaltación de la gente ruin, que nada respetaba; todos se levantaron con mucha cortesía para dar la bienvenida al recién llegado, y los porteros se apresuraron a abrir sesión, al aire libre, frente al pueblo, conforme al uso antiguo; pero Rodrigo Fernández Ossorio pidió que aquel día se entrasen en la iglesia, para tratar de grandes y secretas cosas, que pedían ser apartadas de la vista del común de los vecinos. En vano protestó, alterado, Tordesillas, de que era su intento descargarse ante el pueblo de su procuración, pues todos los regidores pusieron de parte del Ossorio, porque la plaza se llenaba poco a poco de gente arrabalera; y el procurador hubo de entrarse con ellos en la nave, cuya penumbra y frialdad le quitaron la confianza que el sol de fuera le infundía; arrodillado ante un bulto de piedra que representa a Nuestra Señora en su quinta angustia, con Cristo muerto en el regazo, oró por algunos instantes.

Asentáronse los capitulares en dos bancos, cubiertos de viejo terciopelo, en los que, desde los días de don Alonso el Noble, se afrontaban los linajes de Díaz Sanz y de Fer-

nán García; en las gradas del altar mayor se puso la mesilla de los escribanos, y entre los bancos, en una silla rasa, quedó Rodrigo de Tordesillas hasta que, justificado, pudiera tomar lugar entre sus compañeros. Un rayo de sol descendía de un tragaluz a posarse en el retablo donde está pintado el arcángel San Miguel, como un bello garzón de melena dorada, vestido de un rico arnés, levantando la espada con la diestra y teniendo en la siniestra una balanza de oro. Resplandeciente imagen y figura de la Justicia de Dios.

## XVII



LZOSE de su banco Rodrigo Fernández Ossorio, mudado el rostro, de ordinario afable y risueño, por una desusada gravedad; era su gesto tan solemne, había tanta autoridad en su mirada, que Tordesillas sintió que su calma se desvanecía y que un pavor desusado se le entraba en el corazón.

En el viejo caballero estaba en aquel momento la ciudad enhiesta, alcándara de gavilanes, la que desde su roca almenada domina los lugares de la comunidad; la de los caballeros y parientes mayores, dueños de casas torreadas; la de los bandos de Díaz Sanz y de Fernán García. Comenzó el regidor a hablar con palabra mesurada, en períodos que naturalmente fluían firmes y rotundos como inscripciones compuestas para ser esculpidas en bronce:

— Rodrigo de Tordesillas, la ciudad os dió a vos y a Juan Vázquez su procuración bastante para que llevarais su voz en las Cortes que Sus Altezas convocaron en Santiago de Compostela y mantuvierais su derecho; ahora habréis de dar vuestro descargo para que, si cumplisteis como buen caballero con vuestro mandato, quedéis quito y libre, y si, lo que Dios no quiera, hubierais ido contra él, paguéis con vuestra persona y con cuanto habéis.

El decrépito escribano comenzó a leer, con su voz trémula y cascada, el mandato de la ciudad. Primeramente se mandaba a los procuradores que protestasen ante el Rey de los dos mil vasallos que la Reina Doña Isabel quitó a la tierra de Segovia, con el sesmo de Casarrubios, para dárselos al marqués de Moya. Rodrigo de Tordesillas descargóse diciendo que el servicio del Rey y la paz del Reino, tan alterado, pedían que aquel asunto no se moviese; pero notó que las palabras *servicio del Rey*, que lo eran todo en Santiago y en La Coruña, sonaban bajo las bóvedas de San Miguel muy de otra manera; y así, no pudo menos de conmovirse cuando le fueron leídas otras cláusulas del poder: que no quisiese votar nuevos impuestos, que suplicase que no se dieran a extranjeros los oficios del Reino. El rumor de la plaza iba en aumento y cubría casi la voz ronquilla del

lector; sin duda la gente que rodeaba la parroquia de San Miguel era ahora mucha: se oía ruido de voces, de discusiones acaloradas; alguna vez daban golpes en la puerta, que resonaban temerosamente en los ámbitos del templo. Pero los regidores, apasionados por el debate en que se disputaba la honra de su compañero, estaban más atentos al silencio de Tordesillas que al tumulto de la plaza. Rodrigo Fernández levantóse otra vez y dijo:

— Rodrigo de Tordesillas, decidnos ahora, a estos caballeros y a mí, por qué razones votasteis contra el mandato los servicios del Rey.

El sol se había nublado y reinaba en la iglesia una temerosa oscuridad; el bullicio de fuera era como un mar cuyo oleaje se estrellase contra las puertas de la iglesia, haciéndolas crujir. Apenas si se oyeron las confusas razones con que el procurador se disculpaba; bien comprendía ahora que todos los regidores le eran hostiles, salvo dos o tres letrados que se destocaban cuando sonaba el nombre del César. El implacable Ossorio sacó del jubón unos papeles y, cortando el torpe discurso del procurador, dijo con clara y recia voz:

— Decidnos si en vuestro voto tuvieron parte trescientos ducados, un corregimiento y otras cosas que se os dieron para que hicieseis traición a la ciudad.

Al oír la tremenda acusación levantáronse alborotados los regidores. Rodrigo de Tordesillas quedó abrumado bajo el peso de aquellas *honrosas muestras del favor Real*, tan a destiempo sacadas a luz en tal lugar. En aquel momento una embestida más vigorosa de los de fuera desencajó casi las ferradas hojas de roble e hizo retumbar la iglesia toda; entre las voces se oyó una muy distinta que decía:

— ¡Salga fuera Tordesillas, o derribaremos la iglesia!

El desdichado caballero se dió cuenta entonces del peligro exterior, más terrible aún que la justicia del Ayuntamiento; recordó que la plebe que voceaba fuera había dado, el día anterior, muerte cruelísima y horrenda a dos ministros de la justicia real; tuvo miedo, y pensó en huir; pero, ¿dónde estaba el camino para salir de aquella iglesia, rodeada por todas partes? Tordesillas recorrió el templo con la mirada y, con la rápida comprensión de los moribundos, notó la única vía por donde la huida fuera posible: por la escalera de la torre podía subir a los desvanes; por las bohardillas, salir fácilmente a los tejados, y desde ellos no era difícil ganar los de ciertas casas medianeras; sus compañeros de Ayuntamiento, que más querían su humillación que su muerte, no se opondrían a la fuga. Pero la vista de Rodrigo

Fernández, en pie todavía, con una sonrisa despectiva fija en el rostro, le hizo recobrar su arrogancia y mudar de parecer. ¡Todo era preferible a soportar aquella humillación, a pedir por suprema gracia a los regidores que le dejaran escapar por los tejados, como un gato acosado! Y luego, aquella muchedumbre que clamaba fuera era quizá más fácil de convencer que los caballeros de los Linajes; la plebe le quería, y quizá se dejase ganar, como otras veces, por su gallardo talle, por su osadía, por su fácil palabra; tomó, pues, su partido, y, volviéndose a Rodrigo Fernández Ossorio, dijo:

— Pues vuestras mercedes no oyen razón, la diré a voces ante todo el pueblo, para que me haga la justicia que se me niega.

Corrió, como un loco, a la puerta del cierzo, que daba al cementerio, y antes de que los regidores, desconcertados, pudieran impedirlo, hizo que se la abriesen los porteros. Y apareció, deslumbrado, en el dintel, pálido como un muerto, la gorra en las manos, ante la confusa turba desgarrada: obreros de los paños, venidos Dios sabe de dónde; moros de la aljama, conversos de la judería, que se agitaban a la viva luz matinal.

A la vista de la víctima que tan ruidosamente pedía, la multitud se sosegó un momento. Rodrigo de Tordesillas pensó que su audacia po-

día salvarle y aun compensar, con un triunfo callejero, su derrota en el Ayuntamiento, y aprovechó la calma para decir, con su flexible y persuasiva voz, cómo quería dar cuenta de su procuración, no ante los caballeros, sino ante el común de los ciudadanos; daban muchos muestras de querer oírle, cuando un desconocido, envuelto en una capa de bayeta y cubierto casi el rostro con una gorra de haldas, le interrumpió diciendo:

— Tordesillas, dad acá los capítulos de lo que habéis hecho.

Sacó el procurador un memorial y se lo tendió al incógnito, que por su aspecto parecía de más alta condición que los circunstantes, el cual lo rasgó en pedazos, al tiempo que decía:

— Merece este papel ser así destruído, pues sólo contiene mentira y traición.

Rodrigo de Tordesillas hizo ademán de sacar la espada para responder a la afrenta, y la muchedumbre, irritada por el altivo gesto, rompió de nuevo en el más furioso griterío. El caballero vió su causa perdida; conoció que iba a morir y, cerrando los ojos, se encomendó a Dios y pensó en doña Isabel. La gente había cerrado el paso hacia la iglesia; estaba solo, en espantoso desamparo, en su ciudad natal, en la que eran tan numerosos sus amigos y sus parientes; las ondas de aquel mar co-



menzaron a arrastrarle hacia el centro de la plaza.

En vano procuraron los regidores llegar hasta su compañero para impedir que la gente pechera juzgase a uno de los suyos. Rodrigo Fernández, más ardido, jugando con su espada como en los recios días de su juventud, logró casi llegar hasta el desventurado hidalgo, y gritó a los que le llevaban:

— Dejad a este caballero, que la ciudad ha de juzgarle y castigarle, si es menester.

Pero, volviéndose a él, dijo un oficial de tundidor:

— Señor Rodrigo Ossorio, la ciudad somos nosotros, y ya le hemos juzgado y condenado.

Y un mocetón, de los más descompuestos y furiosos, añadió:

— Un lobo a otro lobo no muerde; no vuestras mercedes, sino nosotros, habremos de pechar las derramas que ese traidor votó; que nos las pague ahora que está en nuestras manos.

Rodrigo Fernández pensó que aquella era gentecilla ruin, incapaz de resistir el choque de las armas, y corrió a sus casas para convocar a sus parientes y escuderos, para armarlos a toda prisa con ballestas, picas y arcabuces y arremeter contra la turba embravecida de los menestrales.

En tanto, la multitud tomó por la calle Real,

empujando y oprimiendo hasta casi ahogarle al malaventurado caballero, al cual cada uno, con un anhelo de sangre que aun a los más pacíficos embriagaba y enloquecía, procuraba golpear y herir con toda suerte de plebeyas e improvisadas armas. Al llegar ante la cárcel pública, enfrente de San Martín, Rodrigo de Tordesillas vislumbró un resplandor de esperanza pensando que le encerrarían dentro de aquel recinto, a lo menos para dejarle prepararse a bien morir, y miraba ansiosamente a los sombríos muros, no de otra manera que un naufrago en tempestad deshecha al codiciado puerto; pero aun hubo de renunciar a aquel respiro, pues las puertas estaban cerradas, y la gritadora turba, con su víctima, siguió calle abajo. Ciego por la sangre que por la frente le manaba, aturdido por los golpes y el vocerío, aun comprendía Tordesillas que si caía al suelo sería pronto despedazado, y el inconsciente anhelo de vivir le hacía luchar desesperadamente para tenerse en pie; pero un mozo perchador le quebró las piernas de un golpe de su pértiga, y rodó por el polvo. Entre el alegre clamoreo de aquella gente cruelísima, trabáronle una cuerda por el cuerpo para arrastrarle, y comenzó la tremenda agonía del caballero.

Con imponente majestad, los frailes de San

Francisco salieron al encuentro de los menestrales llevando a Jesús Sacramentado; iban de dos en dos, con la vista fija en el suelo, cantando los tremendos trenos de los salmos penitenciales; al frente de ellos, el padre guardián alzaba la Custodia con sus manos temblorosas; se inundaba de lágrimas su rostro, porque era hermano de Rodrigo de Tordesillas y con ternura de padre le quería; al afrontarse con los sublevados, cerraron la calle los religiosos, prostrados de rodillas, y el guardián quedó solo en pie, levantando sobre su cabeza la Hostia de Paz; con la voz cortada por los sollozos pidió a las gentes, por aquel Dios, Creador y Redentor del mundo, que no matasen así a aquel caballero, sino que, a lo menos, le dejasen confesar, pues a grandes voces lo iba pidiendo.

Tan ciegos iban los verdugos que alguno gritó:

— Apartaos, padre, que ese mismo Señor que tenéis en las manos nos manda que ahorquemos a Tordesillas

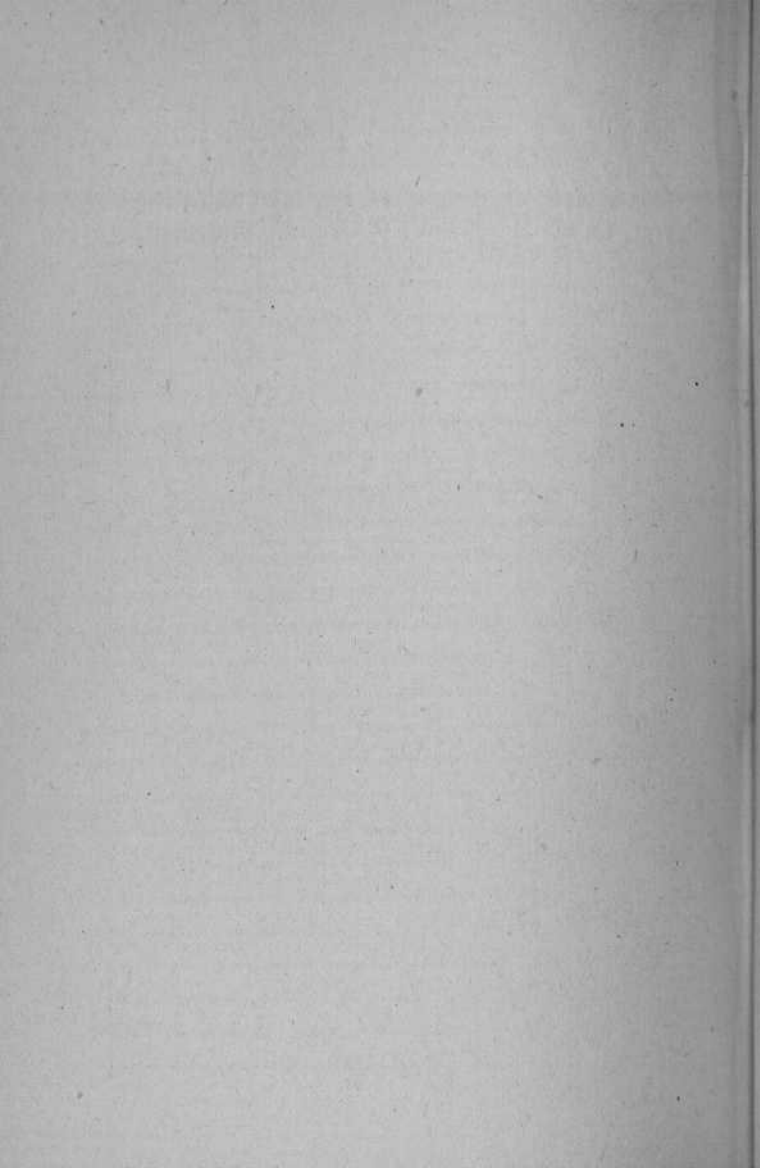
Hubo algunos, menos rigurosos, que dejaron que un fraile se acercase a recoger la confesión del procurador, cuyo cuerpo, casi desnudo, estaba cubierto de polvo y de sangre; pero como el religioso hiciese ademán de aflojar algo la cuerda, le arrancaron la víctima de

las manos y, arrollando a los piadosos frailes, siguieron con ella hasta la cruz del Mercado.

Algo más arriba se arrojaron sobre la turba, acrecida con el gentío de los arrabales, algunos caballeros vestidos de hierro y armados de todas armas. Rodrigo Fernández, a caballo, les guiaba, y embistió furiosamente a los pecheros, hiriendo a muchos con su espada Enriqueña, que era de virtud; pero ni sus adargas y paveses, ni sus picas y arcabuces, valieron aquel día a los hidalgos; el inmenso número de furiosos menestrales les atropelló luego, oprimiéndoles contra los muros de la iglesia; el Ossorio, desde su caballo, pudo ver cómo el grupo seguía calle arriba arrastrando a Tordesillas, que aun braceaba con las ansias de la muerte.

Rodrigo Fernández Ossorio, vencido por la primera vez en su vida, y no por caballeros, sino por tundidores y pelaires, hubo de tomar, ciego de ira, el camino de su casa, acompañado de los suyos, descompuestos y maltrechos. Pensaba el soberbio regidor por el camino que sus tiempos eran ya pasados y que él y sus parientes suponían ya poco en la ciudad, que antes por sí solos representaban; que sus casas fuertes, sus armerías, sus escuderos, quedaban anulados ante dos fuerzas que en Castilla se hallaban frente a frente: el Poder real, que los

humillaba y despojaba, y aquella turba que ya no conocía su autoridad. Y el caballero se encerró en sus casas, en las cuales hizo cerrar, en señal de luto y afrenta, puertas y ventanas.



## XVIII



N la casa de los Ossorios dicen todos, mi señora doña Aldonza, que andáis estos días tan distraída de la oración y de las labores que no parece sino que os movéis dormida y que habláis soñando.

¿Por qué os azoráis por todo como un niño?  
¿Por qué lloráis sin motivo y reís a deshora?

¡Oh cómo os han trocado las acordadas músicas que suenan todas las noches en la calleja de San Juan, al pie de vuestra ventana, las palabras de miel y de fuego, las rendidas pleiteías de aquel caballero que sabéis!

Cuando os besa las manos, parece que os las quema; cuando os habla, os turba toda; cuando os mira, os encadena el alma con lazos fortísimos y graves; teméis su vista y, si algún día no parece, no encontráis alegría ni sosiego. ¡Ah

mi señora, mi señora! ¿Dónde fué la firmeza de aquel propósito de pasar la vida en silencio y soledad, ofrecida a la memoria del esposo muerto? ¿Dónde aquel sentimiento de gratitud al generoso hidalgo, de compasión al mozo enfermo; aquel dulce recordar al prematuramente desaparecido, que vos pensábais que era amor, capaz de llenar vuestra vida y de vencer al tiempo y a la muerte? Aún no tenéis veinte años. ¿Qué sabíais de la vida, qué del amor, hasta ahora? Como dice la letra de esa copla que, acompasada a los puntos de una vihuela, canta la voz varonil de don Pedro de Villatoro:

Amor, yo nunca pensé  
que tan poderoso fueras,  
hasta agora que lo sé.

Todo es lucha ahora, todo turbación y desasosiego en la noble alma, tan serena antes y tan resignada. A veces considera su amor nuevo como un perjurio, como un crimen, y preferiría la muerte al solo pensamiento de renunciar a él; ya no hay noche tranquila para ella, ni día claro y sosegado; la oración, en que tan fervorosa solía ser, no brota ahora sino de sus labios, en tanto que en su mente luchan y se revuelven mil fantasías, hasta que la imagen del arrogante avilés vence a todas y acaba por por reinar sola y señera.



Branda de Roa, la santa vejezuela que fué nodriza del muerto, dueñas y criadas, han adivinado, con perspicacia mujeril, lo que pasa en el corazón de su señora, y están con ella calladas y esquivas, o, a veces, descorteses y burlo-nas; Alonso, a quien ya no acaricia como antes, ni entretiene con suaves coloquios, anda estos días huraño y mohino, y Diego de Canencia ha perdido su fácil gracejo y se basta apenas para disimular su enojo. Doña Áldonza no se da cuenta de estas cosas que pasan en su rededor, pues harto quehacer tiene en concertar sus propios pensamientos.

Y llega un día en que la brega arrecia en su corazón de tal manera, que no parece sino que va a romperlo. Antes de mediodía ha subido a la estancia de la viuda don Pedro de Villatoro para hacerla su visita de despedida, pues al amanecer del otro sol habrá de partirse para su torre de Cantiveros. Y en un momento que ha podido hablarla a solas, en el hueco del ajimez, ha vertido en su oído tales palabras, que brillan en su mente todo el día, encendidas como de fuego; el caballero la ha pedido, tan porfiadamente como pide el agua un enfermo con sed de calentura, con la dulzura y la humildad de un infante, la gracia de verla aún antes de partir. Todo podía hacerse sigilosamente: a media noche asomaría ella a la ven-

tana de la cámara de las alcándaras, sobre el adarve que da a la ronda de Santa Lucía, y él sabría trepar por las grietas de la roca y los sillares de la muralla hasta poder verla y hablarla; en lo que le iba no menos que la vida, pues de no conseguir aquel alivio buscaría desesperado a la muerte hasta topar con ella.

Toda la tarde, dolorosa eternidad, dura el pelear sin tregua entre la memoria del muerto, entre su propio decoro y aquellas palabras que la martillean incesantemente el cerebro y el corazón. Si un momento parece que ha de vencer el recuerdo del esposo, el amor, expertísimo en ardides de guerra, usa de una artimaña sutil, como de capitán viejo y astuto: ¿Y si por tu culpa—dice quedamente a doña Aldonza—se busca la muerte, y muere desesperado, y se pierde su ánima para Nuestro Señor? ¿No fuera más piadoso hablarle esta noche para ver de serenarle y que parta resignado ante lo imposible? ¿Qué sufriría con ello tu cristiandad ni tu decoro? Y la niña viuda, como tantas otras antes y después de ella, se dejó ganar por estas razones y determinó salir aquella noche a la ventana de Santa Lucía.

Guardaba las llaves de la cámara de las aves Diego de Canencia, el halconero. ¿De qué manera se las habría de pedir? ¡Oh qué gran vergüenza si, como no podía por menos, adi-

vinaba su secreto el criado y amigo de Gonzalo Fernández!

Dudosa estuvo algún tiempo doña Aldonza entre el pudor y el deseo; pero el arquero ceguezuelo triunfa siempre de quien se ha dejado vencer en la primer batalla, y él la dió alientos para decir al escudero, cuando entraba a tomar órdenes para el día siguiente, con un aplomo que la espantó a ella misma:

— Diego, dadme las llaves de las alcándaras, porque mañana quiero guarir yo misma al gerifalte que Juan Velázquez me trajo de Cuéllar.

Miróla el mozo, comprendiendo demasiado lo que pasaba, y al cabo la entregó las llaves con estas palabras:

— Tomadlas, mi señora, puesto que así lo queréis; pero mirad que os dejo con ellas la honra de mi señor y hermano, que en gloria esté.

Encendióse el lindo rostro de la infanzona como el de un niño cogido en falta, y corrió a ocultarse en su cámara; allá, de hinojos en el suelo, con las llaves apretadas contra el seno y hundida en el lecho la frente, dejó correr sus lágrimas por mucho tiempo.

.....  
Apagada en sangre la hoguera de sus pasiones, la ciudad pasaba por días de extraño desconcierto, de singular turbación; el miedo ga-

naba todos los corazones como un frío contagioso y sutil; por miedo a los menestrales, nadie osaba quitar de la horca del Mercado los cadáveres de las víctimas, ni aun espantar las aves que se posaban en sus cabezas, y se encastillaban los caballeros en sus casas-fuertes; por miedo a la justicia salían por las puertas de la ciudad los más culpados, y paraba el ruido de batanes y de telares; el Ayuntamiento enviaba mensajeros a los regentes disculpándose de lo ocurrido y demandando la Real benignidad. Pero el Consejo, airado, determinó considerar a toda la ciudad como culpable y enviar a ella, para ejecutar el castigo, al tremendo castellano Rodrigo Ronquillo, que siendo alcalde de ella había dejado nombre de riguroso juez, asistido de mil soldados de a caballo. Cuando se supo esta noticia, la reacción de los ciudadanos fué rápida y eficaz. Olvidadas las recientes querellas, acordáronse caballeros y menestrales y, recobrado el ánimo, se dispusieron serenamente a resistir a la injusticia hasta perder sus bienes y su sangre. Comenzaron a discurrir por las calles cuadrillas de diversa condición, voceando:

— ¡Viva el Rey y la Comunidad, y mueran los malos ministros!

Y con el fervor que este grito despertaba, las gentes hablaron de formar Comunidad ciudadana, y comenzaron a llamarla Santa.

Rodrigo Fernández Ossorio juzgó, al ver atacada su ciudad contra fuero y justicia, que era su deber dejar su orgulloso retraimiento para defenderla. Parecióle oír la voz de sus pasados, que desde sus sepulturas, en las parroquias y en los conventos, le invitaban a defender el patrimonio de honra y hacienda comprado con su sangre; y comenzó a salir de sus casas y a concurrir a los Ayuntamientos.

Por su consejo se quitaron las varas a los tenientes de corregidor, representantes del Poder real, y con grandísima alegría vió cómo la ciudad nombraba por sí misma sus alcaldes ordinarios, como en los recios días del Rey Don Enrique. El regidor, con nuevos bríos, tomó parte en las tareas militares de cercar el Alcázar, donde se hiciera fuerte con sus gentes el conde de Chinchón, de organizar guardas y rondas en la muralla, levantar barreras y palenques y encadenar las calles. Para armar a los ciudadanos hizo el sacrificio de su rica armería; y así, el terrible alcalde Ronquillo halló a la ciudad tan apercebida y determinada que hubo de retirarse con poca gloria a Arévalo, y de allí a Santa María de Nieva, donde asentó plaza de armas y tribunal de justicia, sin otro recurso que andar como alma en pena de lugar en lugar, haciendo correr el campo por jinetes y ballesteros que prendían y justificaban a cuan-

tos eran osados a aventurarse fuera de los muros.

¡Grandes días aquellos para los pajes de Rodrigo de Ossorio! Se acabaron las duras lecciones y la férrea disciplina, porque Pedro Goncalvo, el escudero viejo, estaba atareado en otras cosas más graves, y el orden de la casa y el servicio de damas y de caballeros andaba harto relajado. La ordinaria ocupación de los mozuelos, desde que el sol asomaba, era correr las rúas, pertrechados con ciertos despojos de la saqueada armería de su señor: Rodrigo de Viberos, con un gran yelmo y un viejísimo coselete, atado con sogas por falta de correas; Francisco de Avendaño, con una cuera de malla, deshecha de puro traída; Alonso Fernández, con unas famosas coracinas que vieron la rota de Alarcos. Armados con venablos del tiempo del señor Emperador Don Alonso, hacían la ronda de las murallas, visitaban los puestos de guardia y oteaban entre las almenas, procurando avistar a lo lejos la tropa de Ronquillo. Algunas veces llegaban hasta el foso del Alcázar para insultar a los sitiados, a riesgo de que les pasase el cuerpo una saeta. Si por acaso topaban con pajes de los Contreras, que pasaban por imperiales, les embestían a pedradas, hasta que dos o tres de ellos quedaban con los sesos fuera o, por lo menos, rota la nariz o algunos dientes.

Los más letrados pensaban estar en la ciudad de Troya, sitiada por los teucros, y el que menos se creía un Héctor.

Anohecido, en la sala de escuderos eran grandes la bulla y la algazara; olvidados quedaban en su alacena el *Amadís* y *La Celestina*, pues ya todos, grandes y chicos, no hacían sino comentar los sucesos del día. De vez en cuando, un escudero de otra casa entraba, dándose importancia, con la noticia del alzamiento de alguna nueva ciudad castellana, o de algún revés de los imperiales; bebía un trago en albricias y se partía a divulgar sus nuevas por otras estancias. Un día dijo un escudero de Sancho Falconí:

— A mediodía vi a ese caballero a quien llaman don Pedro de Villatoro que armaba unos pasavolantes en la puerta de Santiago. ¿Qué hace aquí ese avilés? ¿Por qué no se va a defender su ciudad y nos deja a nosotros que nos entendamos con la nuestra?

— Tiene miedo al alcalde Ronquillo—dijo uno—, que guarda el camino con sus rode-leros.

— O mejor creed, señor—añadió otro—, que le detienen los ojos negros de doña Aldonza Velázquez, la viuda, que dicen que le quiere bien.

Rieron todos, y los pajes miraron a Alonso,

que había mudado el rostro al oír el nombre venerado de su señora pronunciado tan livianamente en tal lugar; poco a poco el muchacho fué saliendo de su estupor para encenderse en cólera. ¿Cómo aquellas villanas lenguas osaban mancillar el nombre de la hidalga, que vivía tan limpia y santamente, sin otro menester que hacer bien por el ánimo de su marido y sin otro anhelo que recluirse en un convento? ¿Cómo podría él consentir que se nombrase sin reverencia a lo más puro, a lo más santo que había sobre el haz de la tierra? Por segunda vez en su vida, Alonso Fernández se sintió capaz de reñir solo contra todos. Se oyó entonces la voz aguda de Rodrigo de Viberos, a quien su madre mantenía siempre en el odio al bastardo:

— ¿Qué haréis, Alonsillo, si vuestra señora casa, como dicen, con el avilés? ¿Iréis a servirle la copa y a calzarle las espuelas a su torre de Cantiveros?

En otra ocasión semejante, Alonso había combatido a mordiscos y puñadas por defender el honor de su madre; como ahora llevaba al cinto una vieja espada de las armerías del abuelo, la desenvainó, ya serenado, y, con el continente firme y tranquilo de un caballero que sale a la defensa de su dama, dijo:

— ¡El que algo haya dicho en mengua de la



alteza de doña Aldonza Velázquez, sostén-galo, ante estos hidalgos, con la espada en la mano!

Apartáronse, burlones, los escuderos para hacer campo al arrogante retador; pero Diego de Canencia, que contenía apenas su despecho, llegóse a su amigo y le dijo al oído estas palabras:

— Dejad esos bríos, Alonso, que no es razón de usarlos ahora. ¡Ciego debéis de estar, pues no habéis visto que cuanto dicen estos hombres es verdad!

Cerró los ojos el paje, tan espantado como si hubiera sentido derrumbarse la bóveda que le cubría; arrojó luego la espada en el centro de la pieza y, fuera de sí, huyó por la escalera de la torre, entre la algazara despiadada de sus compañeros. Le siguió el escudero los pasos y le halló en la terraza, sentado en el adarve, llorando desconsoladamente aquella ilusión rota, aquel gran desamparo; sumido en la terrible crisis que convierte en hombres a los niños cuando el primer desengaño hace dudar de todo y deja un tremendo vacío en el corazón. Entre sollozos, el paje llamaba a su madre, aquella Ana Galinda a quien antaño había preterido por amor de la noble dama, cuya flaqueza ahora se le descubría. Sentóse a su lado el rudo halconero y, con cariño de hermano, le dijo:

— Sosegaos, loquillo, que ninguna mujer merece esas lágrimas.

Y luego, dulcificando aún más la voz, continuó:

— Alonso, ¿cómo no adivinabais lo que pasaba en nuestra señora? ¿No la veíais tan sobresaltada siempre y como fuera del mundo? ¿No notabais que no estaba con vos cuando os hablaba?

Seguía llorando el paje y llamando a la madre ausente. Diego de Canencia, como hablando a solas, continuó:

— Más que a vos me duele a mí lo que pasa, porque conocí a vuestro padre y fui como su hermano. Pensé en matar a ese judío, hijo de Barrabás; pero no soy armado caballero para hacerlo cara a cara, en buen combate, y no tengo ánimo para entrarle por las espaldas un venablo que le rompa el corazón; por esto no quiero quedarme en las casas de Rodrigo de Ossorio, y tengo determinado irme de ellas y buscar fortuna.

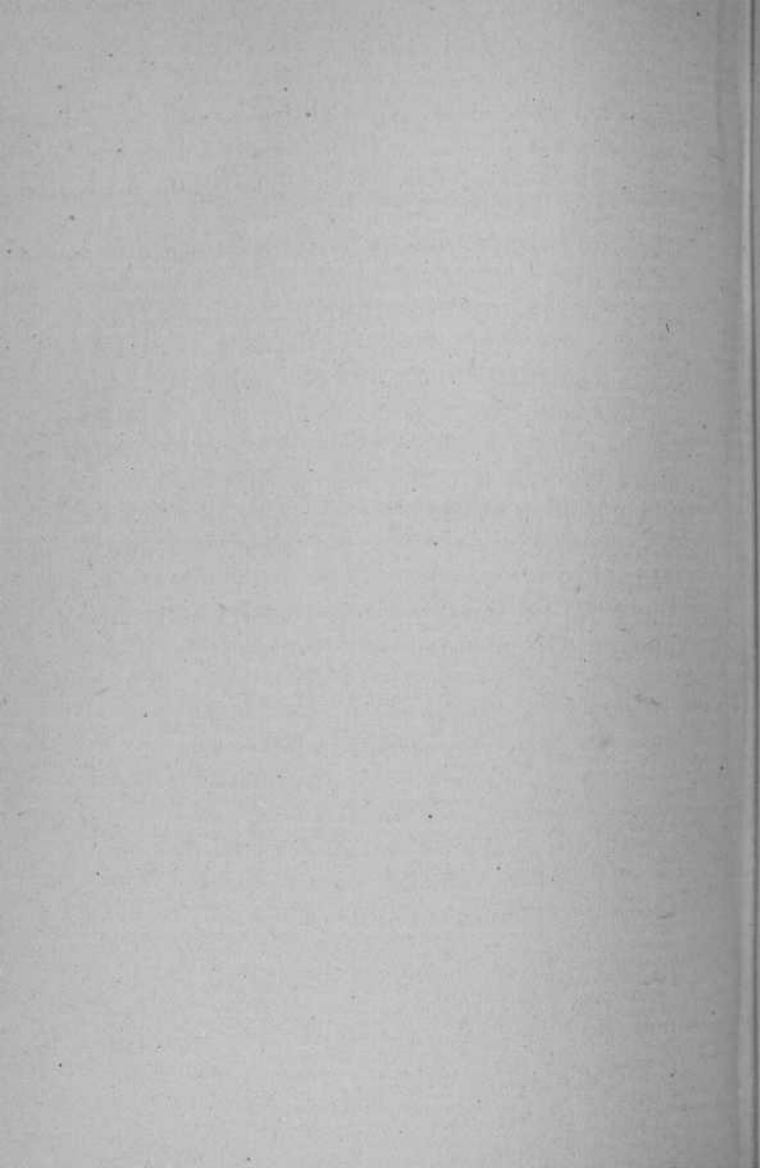
— Y si vos partís, ¿cómo podré quedarme? Tendría que sufrir las burlas de los pajes, y hasta los mozos de cuadra me afrentarían. Llevadme con vos y dejadme en el primer monasterio que topemos al paso.

— ¿Y Rodrigo Fernández, mi amo? Grande traición le haría al sonsacarle de su casa al nieto.

— Mi abuelo no ha vuelto a pensar en mí desde que me trajo a su casa; anda ahora tan ocupado en las cosas de la ciudad, que no ha de notar nuestra falta; hace tiempo tenía yo pensado hacerme fraile, pero tuve miedo de se lo decir.

El escudero quedó un momento pensativo, y dijo:

— Verdaderamente, no es bien que el hijo de Gonzalo Fernández siga sirviendo a la que no ha sabido guardar la memoria del muerto. Sea como queréis, Alonso; mañana tenderemos el vuelo bien temprano, para que al levantarse el regidor vea las jaulas ya vacías. Vos quedaréis, si es vuestro gusto, en un monasterio, que a mí no bastarán a detenerme ni los más altos montes ni los riesgos de la mar.



## XIX



OMENZABA a clarear un poco la negrura del cielo por encima de los puer-  
tos de Malagosto. Dormía todo en los cerrados pala-  
cios de la plaza de San Pablo, y en la quietud de la madrugada se oía muy distintamente el rumor del río, acrecido por las lluvias, que aquel año anticiparon el otoño. Sólo velaba en la puerta de San Juan, sobre el arco que se tendía desde la torre de los Ossorios a los adarves de la casa de los marqueses de Moya, una escultura de Santa María, de negros y redondos ojos de torcaz, con el Niño sentado en el regazo; la luz del farolillo que ante ella ardía luchaba con las sombras del camino que sube a la muralla.

A hora tan desusada conmovióse la puerteci-  
lla ferrada que desde la torre de los Ossorios

abría al adarve del arco de San Juan y, con infinito cuidado, la abrieron desde dentro, procurando atenuar el ruido de los goznes; en el hueco parecieron las figuras de Alonso de Ossorio y del halconero, los cuales, asomándose a las almenas, midieron con la vista la altura de la muralla. Diego de Canencia ató a uno de los merlones una maroma que traía, santiguóse luego y se deslizó por ella, callada y ágilmente. Cabalgó Alonso en el adarve para seguir el ejemplo de su compañero, pero la oscuridad y el silencio de la noche, los riesgos que presentía en su aventura, le hicieron dudar un momento, hasta que Diego hizo ademán de partir solo; entonces el muchacho se prendió a la cuerda y se lanzó al vacío; al pasar, en su rápido descenso, por delante de la hornacina abierta sobre el arco, pudo ver, detrás de las celosías, la sonrisa de la Santa Imagen iluminada por su farolillo, y esta visión momentánea le confortó el ánimo y le serenó maravillosamente.

Diego de Canencia no se paró a reprender al paje por su tardanza, sino que comenzó a andar de prisa, siguiendo la muralla, hasta el Azoguejo, y allí tomó el camino de Sepúlveda, entre los huertos de los arrabales, y anduvo en silencio hasta pasar el río por el puente de San Lorenzo; entonces detuvo algo el paso y co-

menzó a exponer sus planes a su amigo: tomarían el cordel que faldea la sierra hasta dar con el río Pirón, y luego, remontando la orilla en contra de la corriente, llegarían a la cuerda del Malagosto, por donde podrían pasar los puertos; aquel camino era algo más largo que el de Peñalara, pero a aquella sazón más seguro, porque en la Granja de los Jerónimos y los palacios del Bosque había gente de Ronquillo que apresaba a cuantos venían de la parte de la ciudad. Antes de puesto el sol, podrían holgadamente hollar los pastos del Val de Lozoya, y en la noche, daríanles posada los frailes de El Paular. En la Cartuja quedaría Alonso, si no quisiera seguir adelante, y Diego, al amanecer del otro día, pensaba proseguir la ruta de Sanlúcar, para embarcarse en un navío y pasar a las Indias.

El paje que, muerto de sueño y arrecido por el frío de la mañana, caminaba en silencio, enderezó la cabeza al oír estas palabras.

— ¿Un navío, Diego? ¿Lo visteis vos alguna vez? ¡Debe de ser como una gran casa que camine sobre las aguas, como el arca de Noé!

— No los vi nunca—dijo el mozo—sino en estampas; los mercaderes que vinieron de Flandes dijéronme que los hay de dos suertes; los galeones son más grandes que una iglesia, con un gran bosque de madera por arboladura; las

carabelas, que son la otra suerte que me dijeron que hay, son como una casa, y más ligeros y desembarazados; nombráronme otras especies de menos cuerpo, pero éstas no suelen hacer el viaje de las Indias.

Pisaban ya la hierba rala de la cañada de las merinas, en la falda de la sierra desnuda y peñascosa, y la niebla de la mañana aun no se levantaba, sino que se deshacía en fina llovizna. Los viajeros tornaron a su silencio y a sus pensamientos. Diego de Canencia no podía apartar el ánimo de aquello que le había obligado a abandonar las casas del regidor: los amores de doña Aldonza con el avilés, y este recuerdo le llenaba de una tristeza que nunca sintiera en su fuerte y sencillo natural. El ver así olvidada la memoria de su amigo muerto no le causaba solamente indignación, sino que avivaba en su alma un sentimiento más hondo y más complicado; pero él no conoció nunca que era amor la causa de su despecho, porque eran pocos los mozos de su tiempo que sabían de amor otra cosa que músicas y serenatas, gayos decires y fuego de pasión. Pensaba Alonso, entretanto, que al amanecer otro sol se había de partir su compañero hacia las tierras maravillosas de allende el mar, y él quedaría solo en el monasterio desconocido, para no salir ya de entre sus muros. El pensamiento de su sacri-



ficio, que antes le parecía tan fácil y liviano, ahora, le colmaba, cuando se había derrumbado en su corazón la imagen de doña Aldonza, de pavor y de tristeza. Vinole entonces la idea de aplazar sus propósitos y de seguir al escudero en su arriesgado viaje, y sintió que sólo de pensarlo se le encendía el ánimo y el corazón se le alegraba; con tal violencia le arreció este deseo, que al cabo dijo a Diego de Canencia:

— No me dejéis solo en la Cartuja; llevadme con vos mañana hacia los navíos.

Detúvose el escudero y abrazó a su amigo con muestras de grandísimo contento. Riendo y llorando; le dijo que nada podía decirle que tanto le alegrase; Alonso era ya un hombre y estaba en edad de probar fortuna y de correr el mundo, para lo cual él le serviría de escudero y de criado, le defendería hasta verter su sangre y lucharía hasta hacer del hijo de su señor, el más alto caballero de Castilla, rico y poderoso como un rey. Y volvería a Segovia con una larga recua cargada de oro, a continuar el linaje de Ossorio en la ciudad. Ya no se daban cuenta los dos mozos de la lluvia ni del cansancio, sino que hablaban alegremente de las riquezas de las tierras nuevas, de los ríos poblados de grandísimos lagartos, de los bosques en que pululaban animales ex-

traños y pájaros de colores, y el viento de la cañada se llevaba lejos el eco de sus voces y de sus risas.

Mediada la mañana se detuvieron a descansar un poco y a comer alguna cosa, sentados en unas peñas de la ladera; el paisaje tenía allá una punzante desolación: a un lado, la sierra, árida y mocha, sin otro verdor que el de algunas manchas de helechos o de ralos arbustos montaraces, flexibles piornos o ásperos jabinos; de otra parte, la gran llanura velada por la niebla, que dejaba vislumbrar apenas los olmos de la ermita de Vela Díez, dominando los pobres pegujares centeneros. Entre las tierras recién aradas, que recibían ávidamente la humedad, verdeaban los prados encharcados y los sotos de las aldehuelas serranas: Trescasas, Cabanillas, Espirdo y Tizneros. Turbaba tan sólo el silencio solemne de la sierra el grito salvaje de un alcaraván y el plácido murmurio de un regato. De pronto los viajeros oyeron a sus espaldas, del lado de la montaña, una gran voz; volviéronse sobresaltados y vieron, de pie sobre un cancho, apoyado en su cayada, un pastor viejo; el mastín, de forma y corpulencia de oso, que le acompañaba, comenzó a ladrar acompasadamente.

— Cristianos—gritó el viejo en tanto que -ujetaba al can por la carlanca—, si buscáis la

trocha de Malagosto, no queráis pasar adelante, pues tenéis en algo vuestras vidas.

— ¿Hay lobos en la Mata de Pirón?—preguntó Diego de Canencia.

— Sí los hay; como ánimas en pena siguieron mi rebaño desde Extremadura. Pero no es de lobos el riesgo que vos digo.

Diego y Alonso subieron al oteruelo donde el anciano permanecía, como olvidado de ellos, mirando a la llanura, con la barbilla apoyada en su cayado y tan inmóvil como el cancho que le servía de atalaya. Su cuerpo vigoroso iba cubierto de piezas de luciente cuero, como un guerrero de su armadura, y tocaba su altiva cabeza con una montera de piel de zorra; su rostro, atezado y encendido, resaltaba extrañamente entre la albura de sus guedejas; a sus pies el perro, ya tranquilo, parecía mirar también con sus ojos dorados a un punto muy lejano del horizonte. Cuando los viajeros llegaron al pastor, éste les saludó apenas y comenzó a andar, ladera arriba, seguido de los mozos y del mastín. De pronto rompió el silencio de la sierra la voz agria de un zagal que cantaba, con una antigua cadencia, el viejo romance lobero:

Tan alta que va la luna  
el viento la meneaba,  
las ovejas de un pastor  
se salen de la majada;  
¡Malditas seáis, ovejas,  
no venga la loba pardal  
En tanto que lo decía  
saltó, de entre unas retamas...

— A la vuelta del alcor está mi chozo—  
dijo el viejo—. ¿No oís agora cantar de za-  
gales? Son los mis nietos, que están con el re-  
baño.

Vencida la cuesta pudieron ver, junto un arro-  
yo, la cabaña de piornos y el ganado, del que  
cuidaban dos pastores mozos; dos o tres yeguas  
pacían la fina hierba de la orilla. Mastines la-  
dradores vinieron a su encuentro; pero el pas-  
tor viejo les sosegó con un gesto, y se volvieron  
mohinos al rebaño.

Dentro del chozo, al calor del rescoldo de  
una hoguera, el anciano les explicó al cabo la  
naturaleza del riesgo que les amenazaba. Desde  
algunos días antes corrían la falda de la sierra  
dos ballesteros a caballo, de los de Ronquillo,  
prendiendo y asaetando a los segovianos fu-  
gitivos que tenían la mala suerte de topar con  
ellos; muy de mañana les había visto entrar  
por el valle del Cambrones y, como no habían  
vuelto todavía, les aconsejó que permaneciesen

en el chozo hasta que pasaran hacia Sotosalbos, donde estaban alojados.

— Holgaría más de dejar a cada uno que siga su camino—añadió—; pero me duele ver cómo los cristianos corren ciegos a su perdición.

Así pasaron algunas horas, en espera de ver el paso de los ballesteros de vuelta para Sotosalbos. Los dos pastores mozos se habían refugiado en el chozo y contaban, en su ruda fabla, historias ingenuas de imágenes milagrosas aparecidas a zagalas, luchas de lobos y de mastines en las noches serenas de helada, cuando brillan como brasas entre las peñas los ojos de las lobas paridas, y los machos viejos, empujados por el frío y el hambre, dejan los aulladeros de Sietepicos y de la Muerta para bajar al llano; con los cuentos se animaba la adormida expresión de sus ojos infantiles y, al sonreír, los dientes parecían en lo moreno de los rostros como un relámpago de blancor. El viejo hablaba poco y oteaba siempre hacia el valle de Cambrones.

— La niebla se espesa de manera—dijo—que aunque pasen los soldados no los podremos ver; quedaos a dormir esta noche en el chozo, y mañana, de madrugada, podéis pasar los puertos.

Pero la paciencia de los viajeros se había ya gastado en la larga espera, y así, Diego, poniéndose en pie, replicó:

— Si nosotros no les podemos ver, ellos tampoco nos verán; esta noche dormiremos en la Cartuja.

El pastor viejo se encogió de hombros y dijo sin mirarle:

— Harto vos dije; yo he cumplido como cristiano; el camino es claro y sin encrucijadas donde os podáis perder: seguid el río arriba y os llevará casi a la cuerda de Malagosto.

Alonso y Diego volvieron a pisar la hierba húmeda de las laderas, hundiéndose entre la niebla, cada vez más densa. Por algún tiempo oyeron las esquilas del rebaño; luego caminaron en el imponente silencio de la sierra. Iban contentos de reanudar su camino hacia sus esperanzas, embriagándose cada vez más con el anhelo de aventuras que, como un generoso vino, encendía la sangre de los mozos en Castilla; cuando llevaban andada media legua, oyeron el rumor de un río que se despeñaba tumultuosamente.

— ¡El río Pirón!—exclamó Diego—. El ruido de sus aguas no se me olvida desde que vine por esta ribera, con Gonzalo Fernández, a falsear perdices.

Calló el mozo de pronto y detuvo su ligera marcha; un ciego presentimiento, tal vez alguna percepción inconsciente de su finísimo oído de montero, le advertía de que un peligro indeter-

minado le amenazaba. El escudero detuvo al muchacho tomándole por el brazo y tendió la cabeza en ademán de escuchar. Alonso miró a su derecha y exclamó espantado:

— ¡Mirad allá, Diego! Por Santa María, que son los ballesteros del Rey.

Agrandadas por la niebla, veíanse las figuras de dos jinetes que avanzaban despaciosamente y, a la andadura de sus bestias, llegaban a muy pocas varas de los fugitivos; la hierba húmeda del valle amortiguaba el ruido de sus pasos, que se perdían en el rumor del río; los dos hombres, advertidos por el gesto del bastardo, volvieron hacia ellos sus cabalgaduras gritando:

— ¡Rendíos al Rey! ¡Rendíos al Rey!

Fué una carrera loca, ladera arriba, en que los mozos parecían volar, sin ver apenas el suelo que pisaban; los ballesteros galoparon algún tiempo a sus alcances, pero pronto tuvieron que detener a sus caballos, que tropezaban en los pedruscos y en las raíces retorcidas de los jabinos, a riesgo de estrellar a sus jinetes. Los fugitivos eran ya como sombras que se perdían entre la bruma, cuando uno de los sagitarios, de pura cólera por la inútil carrera, armó su ballesta y, sin apuntar, disparó una saeta valle arriba; después, sin hacer ya caso de aquel incidente, volvieron ambos los caballos y tomaron el trote hacia Sotosalbos, donde les espe-

raba el calor de una hoguera y el del negro vino de allende los puertos.

Pero la mano de Dios guió entre las sombras aquella saeta disparada al azar, de tal suerte que pasara silbando cerca de los oídos del escudero y fué a detener la rápida carrera de Alonso que, como un corzo, saltaba por las peñas. Sintió el muchacho como un fortísimo latigazo en el cuello, y un borbotón de sangre caliente correr sobre el hombro y derramarse por el pecho y por la espalda. Su alarido de espanto guió a Diego de Canencia entre la niebla para encontrar a su compañero, y lo vió de rodillas, conteniéndose la sangre con las manos, medio muerto de terror aun más que de la herida; llegóse a él y descubrió afanosamente el daño: aun permanecía la saeta clavada en el nacimiento de la garganta, pero el hierro se había detenido al tropezar con el hueso del hombro, por lo cual fué fácil al escudero, experto en lances de guerra y montería, el arrancarla, y desgarrando sus ropas le sujetó la herida con las tiras.

Aquel vendaje, tan apresuradamente dispuesto no bastaba a contener la tibia fuente, que seguía manando a través de los lienzos; el rostro y las manos del niño tomaban la lividez del alabastro y se nublaba por momentos su mirada. Entonces el halconero sintió un pavor



que le helaba la sangre en las venas; espantóse de aquella soledad, de las sombras que comenzaban a cubrir el valle, del estruendo del río que se despeñaba por los canchales, del frío de la muerte, que sentía acercarse a ellos como un lobo que ronda su presa; enloquecido tomó en sus brazos al bastardo y comenzó a correr río abajo, en busca de gente y de luz, contando con llegar a los lugares del camino real, que antes procuraba esquivar con tanto cuidado; a cada uno de sus saltos oscilaba la cabeza exánime del herido, y la sangre brotaba con más fuerza. Tan ciego corría que, hasta no tropezar con ella, no advirtió, entre la niebla, la sombra de una casa, muy baja, sobre el río; al pie de tres chopos ahilados y medio secos, se detuvo un momento y, procurando ordenar sus recuerdos, conoció aquel paraje.

— ¡El molino de Pirón! ¡Loado sea Dios, que nos depara un asilo antes de que este sinventura se me desangre!

Salió un mastín de la cija ladrando furiosamente; dominando el ladrar del perro y el ruido del caz, clamó una voz de mujer, recia y briosa:

— ¡Ah del que viene! ¡Seguid vuestro camino y no queráis entrar; guardaos de los dientes del can!

Fué aquélla voz como un relámpago que iluminó la mente del escudero y le hizo ver

clarísimamente, en un instante, hechos y cosas olvidadas hacía mucho tiempo, y se espantó al recordar lo que solos el regidor y él sabían: que la molinera del Pirón, olvidada en aquel lugar desolado, era Ana Galinda, la garrida moza burlada un día por Gonzalo de Ossorio, la madre de aquel adolescente moribundo que llevaba en los brazos.

No había tiempo que perder; de un salto Diego de Canencia llegó a la puerta en donde parecían las figuras de una mujer alta y apuesta y de un hombre joven con las ropas cubiertas de harina; al entrar gritó:

— Ana Galinda, dame, por tu vida, luz, un lienzo caliente y un poco de vino para curar a tu hijo, que traigo malherido.

Pasó por delante de la pareja y entróse en la cocina, bajo cuya campana ardía una tea en un brazo de hierro; en uno de los poyos del hogar tendió cuidadosamente el cuerpo del muchacho; inclinóse la molinera, sin comprender aún lo que pasaba, sobre el rostro bello y exangüe de su hijo, cuyas lívidas facciones, afinadas por el dolor, recordaban singularmente a las de aquel Gonzalo Fernández, el galán caballero que tan locamente derramaba su vida; el libro del pasado se abrió para Ana Galinda por aquella página de los amores de su juventud y, sin encontrar lágrimas para su pena, pudo apenas decir:

— ¡Hijo mío! ¡Hijo mío de mis pecados!  
¿Cómo te me traen agora así?

El niño alzó un momento los párpados; pero sus grandes ojos azules no veían ya nada en la tierra; resplandecía ante ellos solamente la faz iluminada de la imagen de Santa María que le había mirado aquella mañana desde su nicho sobre la puerta de San Juan, y, sonriendo a lo que veía, el hijo de Gonzalo de Ossorio se durmió dulcemente para siempre.

Ana Galinda, de hinojos en el suelo, quedó mucho tiempo inmóvil, anonadada ante la tremenda Justicia de Dios, ante la Ley incomprendible para el entendimiento de los hombres, que castiga en el hijo inocente el pecado de los padres; luego, con un temeroso respeto, como si tuviera miedo de mancharla con sus labios, besó la frente de aquel a quien el Señor había querido sacar inmaculado de los fangosos caminos de la vida.



## XX



ESDE el día anterior, las campanas del monasterio de San Vicente el Real, campanas de acento femenino, ligero y agudo, bien diferente del grave clamor de los bronce parroquiales, ponían su alegre nota en el concierto de la ciudad, avisando a los vecinos que el ilustrísimo y santo cenobio que desde los días de la Reconquista cobijaba a las viudas y a las hijas de los caballeros esperaba novicias que acrecentasen y continuasen el noble capítulo de monjas del señor San Bernardo.

Se asienta el monasterio en la orilla derecha del río, al pie de una colina que se enciende, como un ascua de cobre, en los últimos reflejos del sol poniente; es notada toda esta ladera por sus claros y abundantes manantiales, que riegan huertos en que las jugosas vides se en-

trelazan con las higueras y en primavera tienden sus ramas floridas los graciosos almendros junto al decoro señorial de los cipreses. Cuenta una vieja letra de la iglesia, que los paganos escogieron aquel sitio para adorar a Júpiter en un santuario que el fuego del cielo destruyó milagrosamente. Muy luego de ganada la ciudad a los moros, levantaron allá los repobladores un templo a San Vicente, y a su amparo edificaron unas casas para doncellas que quisieran vivir en santidad bajo la Regla de San Benito, hasta que el señor Emperador Don Alonso se la cambió por la del Císter. Fué creciendo el monasterio en rentas y honores. Príncipes y ricos hombres acrecentáronle con huertas y linares en la ribera, batanes y molinos sobre el río; en su archivo se amontonaron las cartas de censos y de juros; cada abadesa añadía alguna dependencia al viejo edificio, que ofrecía tranquilo refugio a muchas doncellas a quienes sus padres no podían proporcionar honrado casamiento. Las que se encerraban entre los nobles muros no tenían que envidiar a sus hermanas, las mujeres de los infanzones; eran muy visitadas de sus parientes y pasaban las horas que los rezos les dejaban libres, en hilar el lino de sus linares, en labrar y bordar ropas de iglesia y en aderezar famosas confituras con las frutas del huerto y la sabrosa miel del colmenar

Envolvía el otoño a la ciudad en un ambiente luminoso y sereno; en los sotos del río, la espesa y áurea alfombra de las hojas caídas apagaba el ruido de los pasos, y en el gran silencio, el eco de unas voces lejanas o el rumor de un vuelo entre las frondas adquirirían una extraña sonoridad; las aguas de los remansos, en que flotaban las hojas muertas, parecían más sombrías y profundas.

En su celda blanquísima, junto a una ventana desde la cual se divisan las torres de la ciudad como en los paisajes de las tablas primitivas, doña Aldonza Velázquez, vestida con el noble manto de las dueñas del Císter, leía en su libro de horas de iniciales miniadas. El silencio y la soledad del claro aposentillo eran muy gratos al corazón herido de la hidalga, y hubiera encontrado en ellos alguna paz sin las furiosas acometidas de sus recuerdos. Como en un mal sueño volvía a vivir los últimos días que pasara en las casas de Ossorio, odiada y despreciada de todos, pues el mundo no tiene piedad para el caído que supo erguirse un día por talento, fuerza o virtud. Cuando cruzaba las galerías, mirábanla de reojo los escuderos y sonreían los pajes socarrones; las mujeres la zaherían sin piedad, desahogando ahora la envidia tanto tiempo contenida; el mismo regidor la visitaba poco y estaba con ella desabrido y

seco. Un día, la viuda supo la huída de Alonso con el escudero, y a la noche, los molineros del Pirón, los pastores de la sierra, gentes de Sotosalbos y de Collado llegaron a las casas de los Ossorios con el cadáver del muchacho; desde su ventana, doña Aldonza pudo ver, en unas parihuelas, a la luz de las teas encendidas, el cuerpo exangüe de aquel niño que su marido le encomendara en su lecho de muerte, y entonces volvió en sí violentamente, recordando la mala cuenta que podía dar de aquel tesoro, del infante bueno y leal, tan sumiso a su mandado, tan agradecido a sus caricias, que la miraba como un hijo a su madre. ¡Más le hubiera valido al descendiente de los Ossorios que nadie se hubiera acordado de él para sacarle del taller de tundidor! Y lloró mucho tiempo, no con las lágrimas consoladoras de las grandes penas, sino con el llanto amargo de la confusión y de la vergüenza.

Y con todo, no podía maldecir aquel amor que había enturbiado el sereno cauce de su vida, ni olvidar al mal caballero, causante de todas sus desdichas, aunque sabía que todo era traición en sus hechos y mentira en sus palabras. La imagen de don Pedro de Villatoro brillaba siempre en el fondo de su corazón, conturbando sus oraciones y destruyendo el sosiego de la vida conventual; hasta en los oficios



divinos, el enemigo solía representarla vivamente al avilés, unas veces armado de todas armas, altanero como un semidiós; otras, vestido de cortesanas galas, amante y rendido, como le vió en sus aposentos el día en que vino a Segovia para encenderla en el fuego de la Comunidad.

Levantó los ojos un poco de su libro para perder su mirada en el cielo azul, que sobre las frondas de oro adquiriría una maravillosa claridad, y escuchar el alegre clamor de las campanas tocando a monjío; al día siguiente, de mañana, vendría a encerrarse en el monasterio doña Beatriz Velázquez, su prima, y el santo recinto se alegraría como en fiesta de bodas. ¡Cuán diferente sería este suceso de su entrada, un año antes, en secreto y como de huída, sin música de órgano ni ruido de campanas!

Sacó a la dueña de sus pensamientos la voz de la tornera, que la anunciaba cierta visita que por ella demandaba en un locutorio; sobresaltóse doña Aldonza y se dispuso a salir; al contrario que las otras monjas, no bajaba con gusto a las gradas, sino que recibía con pena la noticia de la llegada de sus escasos visitantes. Pasó, como una sombra, por los pasillos y se asomó a las rejas que abrían a la amplia sala; a través de los hierros pudo ver, en la penumbra de la estancia, un caballero

que esperaba de pie, contemplando un retabullo de talla que pendía del muro encalado; la luz de una candela que ardía ante la imagen iluminaba la ancha frente y las nobles y finas facciones de Rodrigo Fernández Ossorio, al cual doña Aldonza no había vuelto a ver desde más de un año antes: desde el día en que fué a pedirle de rodillas licencia para recogerse al monasterio; la huella del tiempo y de las penas se advertía en el color de sus cabellos, en las arrugas de su frente, pero no en la expresión de su rostro, como siempre altivo y burlón. Venía en atavío militar, con un arnés entero y espada y daga a la cintura.

Acrecentado en los últimos meses el respeto, casi miedoso, que el hidalgo la inspiraba desde el día en que la dama entró con las galas de novia en la casa de los Ossorios, no se atrevió a hablar ni casi a mirarle, y esperó en silencio sus palabras.

El regidor la habló entonces con aquella cordialidad, con el singular agrado que, cuando quería, sabía poner en su discurso y en sus gestos; al parecer, todo mal recuerdo se había borrado de la mente del viejo, y la niña viuda era para él lo que siempre fuera; procurando ocultar con su gracejo la melancolía de sus desengaños, la contó los sucesos de aquellos días: las cosas iban en Castilla de mal en peor; la

Comunidad se salía de sus primeros cauces y se convertía en un bullicio de gente desalmada, que no buscaba sino ruido y confusión, guiada por algunos caballeros ambiciosos; su osadía era tanta, que habían destruído la catedral, pregón de la cristiandad de los muertos, sin temor ni respeto, y muchas casas de hidalgos.

La gente más honrada y principal se pasaba todos los días al Emperador, prefiriendo su yugo a la ciega tiranía de las muchedumbres. Rodrigo Fernández Ossorio nunca se humillaría al César hasta que no enmendase los desafueros con que agraviara a la ciudad; pero, como tampoco quería ya que le notasen entre los comuneros, se había retirado otra vez a sus casas, hostil a todos, obligado a veces a defenderse en ellas con sus escuderos y criados.

Como suelen hacer todos los viejos, hidalgos o pecheros, en Castilla, solamente al partirse, y como de pasada, dejó caer el regidor las palabras que más le importaba decir: las que constituían el objeto principal de su visita; ya con las manos en los pestillos de la puerta volvió el rostro y dijo:

— El arcediano, vuestro tío, díome cuando venía una noticia de que quedé harto espantado: en la entrada de Tordesillas apresaron los imperiales a un caballero avilés a quien debéis conocer, porque paró en mi casa; hallóse que

que era grande hereje y judaizante, y ha ardido en una hoguera de la Inquisición de Burgos; le llamaban don Pedro de Villatoro y se decía señor de Cantiveros.

.....  
En la penumbra de la sala capitular, que es una muy noble cuadra, tendida de paños de Flandes, a campana tañida, como lo han por uso y costumbre, se han juntado las monjas del ilustre monasterio de San Vicente el Real para recibir en la regla de San Bernardo a doña Beatriz Velázquez, la sobrina del arcediano de Cuéllar; en el fondo de la pieza, majestuosamente apoyada en su báculo de plata, esperaba la abadesa, doña María de Mudarra, la más ilustre y poderosa dama de la ciudad; en su torno, ataviadas con sus mantos de largas caudas, se agrupan la priora, doña Beatriz de Leyva, doña Francisca de Barros; doña Constanza de la Hoz, doña Isabel de Henao; doña Angelina de Cárdenas, doña Marina de Cepeda, doña Ana del Hierro, doña Luisa de Tapia, doña Francisca de la Hirvenza y otras reverendas dueñas, todas de alegre rostro y satisfechas del nuevo monjío.

Entre ellas, doña Áldonza Velázquez procura esconder su frágil figura, inclinada hacia la tierra; su rostro de marfil y sus ojos de dolorida expresión; una enfermedad extraña la

consume, y las monjas suelen comentar, suspirando, que aquella santa vida, consagrada a la oración y a la penitencia, no verá quizá florecer en otra primavera los rosales del huerto.

Al cabo, la priora da con su báculo la señal de partir, y las monjas, de dos en dos, arrastran sus mantos por las losas del claustro, para esperar en el coro a la doncella que viene a compartir con ellas la tranquila vida conventual.

Ya a este tiempo cubría el camino del monasterio la comitiva de los parientes de los Velázquez, engalanados como para bodas; delante de ellos venía la doncella, sentada en un machuelo alazán; fino como un oro; era muy niña, y lo parecía más con las galas señoriles de que iba cubierta: velos de doradas randas encuadraban su rostro, pendiendo del sombrerillo de seda verde; el corpiño, de terciopelo del mismo color, con vueltas de tela de oro, apenas si se dejaba entrever, bajo la cascada de patenas y de relicarios, de sartas de aljófares y de corales que cubría el pecho y se derramaba por hombros y cintura; todas las damas de la ciudad habían rivalizado en prender sus preseas sobre el vestido de la niña, adornándola como una santa imagen en día de fiesta; las haldas cubrían casi por entero los lomos de la cabalgadura, como una gualdrapa de brocados. El gracioso

rostro infantil de doña Beatriz Velázquez resplandecía entre tantos primores; su cuerpo, erguido sobre la silla, quedaba inmóvil bajo las rígidas galas, y la mirada de sus bellos ojos vagaba, algo azorada, por las gentes, que al verla pasar la bendecían. A su lado cabalgaba el arcediano, envuelto en su ropa de brocado aforrada de martas, y detrás reía el gayo tropel de damas y caballeros, haciendo relumbrar el oro de sus joyas al claro sol de la mañana.

Ante el arco de la iglesia, sellado en la clave con las armas reales, se detuvo la comitiva, entre los rumores de admiración de las gentes que llenaban el atrio. Descabalgó primero el arcediano y entró solo en el convento, en tanto que un hidalgo mozo, con señorial galantería, servía de escudero en el no fácil menester de apearse a la engalanada doncella; de pie en el empedrado del atrio, doña Beatriz paseó por última vez su mirada por el contorno de la ciudad dorada, con sus torres de iglesias y de palacios, que iba a abandonar para siempre, y luego, con los ojos cerrados, se sumió en la sombra del templo, cuyos ámbitos se llenaban con la solemne armonía del órgano.

Cuando al caer la tarde dulcísima de octubre, transcurridos como un sueño la fiesta religiosa y el alegre festín, el arcediano don Gil

Velázquez volvióse a su casa de la Canonjía, parecióle por la primera vez triste y desapacible su plácido retiro de erudito. Ni en sus medallas, ni en sus mármoles, ni en sus vasos de Etruria encontró el deleite que solía cuando, con siempre nuevo afán, los tomaba en sus manos y amorosamente los contemplaba; la sola vista de sus libros de estampa y de sus preciosos manuscritos, apilados en las alacenas, llenóle el corazón de tedio; salió al jardín, y lo encontró desnudo y sombrío; las hojas secas se desprendían una a una de los álamos y, al caer en el suelo, hacían un melancólico ruido, como gotas de una clepsidra que indicase el galope desenfrenado de las horas hacia la vejez y hacia la muerte; la humedad y el frío de la tarde hicieron estremecer al prebendado bajo su ropa de martas; sintió entonces que un miedo desconocido le helaba la sangre en las venas, y por primera vez notó su soledad y parecióle que su espíritu sereno se turbaba y que pesaban de pronto los años sobre su cuerpo, hasta entonces tan recio en su sana vejez, que pudiera aplicarse el noble verso de *La Eneida*:

Jam senior; sed cruda deo viridesque senectus.

Tornó al cabo a entrar en la casa y encerróse

en su aposento, donde fué a postrarse a los pies de un antiguo Crucifijo que pendía del muro, y lloró el gran sacrificio consumado, la alegría de su vejez que ofreciera aquella mañana a Jesucristo Nuestro Señor.



## XXI



NCHA Castilla, Castilla gentil, que haces los hombres y los gastas! ¡Cuán adormido quedó tu corazón, cuán lleno de hastío y desengaño después de los delirios de la Comunidad; cuando fueron vendidos los hijos de los repobladores, los ilustres cabildos, los caballeros de las ciudades! Y todavía, después de los siglos, aun no has sabido despertar.

La destrucción de los comuneros, acosados como alimañas en los lodazales de Villalar, la noble muerte de los caudillos, no dejaron siquiera miedo en los corazones ni llanto en los ojos; los más de los ciudadanos habían perdido hacía mucho tiempo su entusiasmo, desengañados ante la soberbia y la ineptitud de los capitanes y ante la libertad de los soldados;

algunos triunfaban con el Rey, de cuya autoridad fueron siempre devotos; muchos aclamaban al César como hubieran aclamado a Juan de Padilla si la suerte le hubiera sido favorable. Solamente cuando el látigo de la justicia Real restalló sobre las ciudades, tan libres y altaneras en el tiempo de la Reconquista, que solían cerrar sus puertas al Rey, hubo en ellas algún bullicio y alteración; pero, acostumbrados ya a la quietud y a la mansedumbre, sometieron de nuevo para siempre, vencidas ante la majestad del sol naciente, que comenzaba a deslumbrar a toda la tierra; los descontentos, abiertos tenían los anchos caminos de las Indias nuevas.

Una mañana del mes de mayo entraron en Segovia los regentes por la puerta de San Martín; el cardenal de Tortosa, con la faz lívida y fofa destacando sobre la púrpura y una mirada fría e indecisa en sus ojos azules; el condestable, magnífico señor de señoril suntuosidad en su atavío y de castellana llaneza en su trato; el almirante, vejezuelo menudo, reservado y sagaz. La ciudad les recibió alegre, porque traían la paz y, al amparo de ella, quería reanudar su vida industriosa; a poco salieron del Alcázar en procesión y proclamaron, desde un cadahalso de la plaza de San Miguel, el perdón Real, del cual la Majestad no exceptuaba sino a algunos pocos de los más culpables.

Entre los condenados a destierro y perdimiento de bienes figuraba Rodrigo Fernández Ossorio, regidor de Segovia; por algunos días hubo de sufrir el viejo que a todas horas invadiesen las casas que sus mayores poseían desde la Reconquista, escribanos y alguaciles, que tomaban cuenta de todo y llenaban montañas de papel con el inventario de las riquezas acumuladas en el transcurso de los siglos. El regidor callaba a todo, a trueque de vivir algunas horas más en la casa en que naciera; en la que se celebrara su festín de bodas; en la que exhalara su postrer suspiro aquel Gonzalo Fernández, última esperanza de su linaje... Las estancias y aposentos, antes tan poblados, estaban ahora silenciosos y desiertos; parientes y escuderos iban abandonando a Rodrigo Fernández para no contaminarse en su desgracia, buscando la sombra de otro árbol más recio y frondoso que les cobijara, otro señor menos desdichado a quien servir. Solamente Pedro Gonzalvo, Brianda de Roa y algunos mozos, no pudieran determinarse a desamparar al viejo regidor. Una mañana, a punto de apurar el plazo que la justicia le dejara para disponer el viaje, vió entrar por sus puertas a un corchete, al cual acompañaba un menestral armado de cincel y mazo. Sin pedir licencia al caballero, que vivía en sus casas, no como amo, sino como huésped apenas

tolerado, el ministro hizo traer una escalera y, aplicándola a una de las columnas del patio, se encaramó el cantero y comenzó a picar los blasones que en los capiteles ostentaban los lobos pasantes de los Ossorio. Preguntó el regidor por qué se hacía aquello, y le respondieron:

— Señor Rodrigo Fernández, el Rey manda que sean quitadas vuestras armas de esos escudos, en señal de traición.

Pareció turbarse un poco el magnífico viejo al oír esta palabra; pero pronto recobró ánimos para contestar sonriendo:

— El Rey no podrá borrar de las historias los hechos con que esas armas se ganaron; ni será osado de hacerlas quitar de las sepulturas de mis muertos. El tiempo que Dios sea servido de tenerme en el mundo, lucharé con el escudo liso, como caballero novel.

Una templada mañana de primavera salió el hidalgo de sus casas, caballero en su mula, sereno y compuesto, como si acudiese a sus ejercicios de altanería, saludando a las gentes que encontraba a su paso con un gesto señorial de la altiva cabeza, y teniendo en la diestra su halcón borní, de pluma pintada; le seguía Pedro Gonzalvo, el escudero, jinete en una vieja yegua, y dos mozos conduciendo sendas acémilas con los mezquinos bagajes, cubiertos de ricos repos-

teros. Si al pasar las puertas de la muralla se desgarró el corazón del caballero, que detrás de ellas dejaba cuanto le era querido en el mundo, Dios y él lo supieron solamente; ni perdió su rostro el ordinario gesto, ni tembló la mano que levantaba al ave. Tomaron el camino, sombreado por chopos, que lleva a Arévalo, tan silenciosos, que parecía que escuchaban el ruido de los hierros de sus cabalgaduras batiendo el polvo. Al llegar a la ermita de la Fuencisla, Rodrigo Fernández descabalgó y rezó sosegadamente, por algún tiempo, en la grata penumbra, escuchando el rumor de las fuentes que cantan allá sus loores a Santa María.

Presto volvieron al camino romano que sigue la ribera del río entre trigales, cuajados entonces, como jardines, de flores rojas y azules, entre las cuales cantaban los grillos su coro al sol de la mañana. Al coronar una cuesta vieron que venía, en dirección a ellos, un clérigo, montado a la jineta en un poderoso macho tordo y que se amparaba con un quitasol. Millán Alonso, el más mozo de los acemileros, le conoció a lo lejos:

— Allá viene el señor arcediano, de su caserío de San Chirnal.

Al poco tiempo, en el antiguo puente, sobre un hondo remanso, el hidalgo y el prebendado se encontraban y saludábanse con toda corte-

sía; bien sabía don Gil Velázquez el rumbo que llevaba su amigo y la causa de su viaje; pero quiso fingir que lo ignoraba, y dijo festivamente:

— Harto madruga el señor Ruy Fernández para ver sus trigos de Garcillán; por allá pasé ahora, y os digo que la promesa es tal que si se cumple veréis colmadas las paneras.

— No es a Garcillán el viaje, ni a San Miguel de Mayo, ni a los otros sitios donde me solía holgar, sino mucho más lejos, fuera de esta universidad y aun de los reinos de Castilla. Sus Altezas me destierran de ellas por traidor y comunero y alterador de la república.

No supo qué decir el arcediano y guardó silencio, respetando el gran dolor que adivinaba detrás del impasible aspecto de su amigo, el cual continuó hablando de esta manera:

— Voyme sin pena, don Gil de Velázquez, a morir en tierra extraña, porque en la mía ya nada me detiene: murió mi hijo, finó mi linaje en aquel nieto que de él me quedó, abatióse el orgullo de mi ciudad. Puesto que Dios ha hecho que pueda veros, yo os ruego, señor, por la amistad que siempre nos tuvimos, que hagáis lo que ahora os diré: llegado a Segovia, entrad en la cámara que solía ocupar en mis casas y tomad un gran atado de libros y papeles que allí hay, para que con ellos escribáis una histo-

ria de mi linaje. Contad cómo vinimos a la ciudad, con el buen Rey Alfonso; cómo por casi cinco siglos la hemos mantenido y gobernado; dejad de escribir mis hechos, que poco valen, pero no los de mis pasados ni los del sin-ventura de mi hijo. Si así lo hacéis, yo partiré contento cuando Dios me llame a la patria que no perece, porque sabré que no se extinguirá en la ciudad la memoria de los Ossorios.

Prometió el arcediano hacer lo que se le pedía, y luego se abrazaron ambos ancianos y se despidieron serenamente, sin perder su medida, aunque se amaban mucho y sabían que ya no habían de volver a verse; luego tomaron sus distintas vías, y Rodrigo Fernández siguió hacia poniente, camino de Portugal.





## EPÍLOGO



N tanto que Castilla se olvidaba de sí misma para embeberse en contemplar cómo sujetaban al mundo las águilas del Emperador, la ciudad de Segovia deseó edificar una catedral grande y magnífica donde resonasen más ampliamente los cantos de victoria, y el orgullo de los segovianos exaltóse ante la magnitud de la empresa, que había de mostrar a las gentes la riqueza y la magnificencia de su patria. Desde los días de la repoblación, no se vió a los ciudadanos unidos como ahora en la idea fervorosa y tenaz de un solo proyecto; nadie hablaba ni aun pensaba en otra cosa sino en la nueva iglesia, que imaginaban suntuosa, clara y alegre, colocada en lo más alto del recinto, armoniosa en todas sus partes como un poema; prometían los hidalgos sus dineros

para la empresa, las mujeres sus arracadas y sus zarcillos, los pecheros la fuerza de sus brazos, y aun los que nada de esto podían ofrecer, los viejos, los tullidos y los niños, se proponían llevar un poco de agua a los trabajadores, un puñado de hierba a los bueyes de las carretas que porteaban los sillares, para no perder su parte en la ofrenda de la ciudad. Harto afanosos andaban ambos cabildos, el de regidores y el de canónigos, disponiendo el uno la compra y derribo de las casas de Santa Clara para el solar, discutiendo el otro los planos que presentaban los más famosos maestros de toda España; algunos de los capitulares más letrados, querían que la nueva fábrica se hiciese de obra antigua o romana en cualquiera de los órdenes que señala Vitrubio, principalmente en el corintio, que es el más decoroso y rico; pero prevaleció, por fortuna, el parecer de los más, aficionados a la máquina de pináculos, ojivas y arbotantes de la bárbara mazonería, y escogióse la traza del famoso montañés Rodrigo Gil de Hontañón. Una mañana de mayo, el obispo don Diego de Ribera dió la primera azadonada hacia la parte donde cae la puerta del Perdón, y tan enfervorizados quedaron los ciudadanos, que desde el mismo día comenzaron a cavar en los cimientos y a sacar tierra de ellos, continuando el trabajo de noche a la luz de las antorchas.

No quedó noble ni plebeyo que no pusiese mano en las angarillas para traer piedra para la obra, y con milagrosa rapidez, por el esfuerzo de todos, los claros hastiales se iban rematando. En el diáfano ambiente segoviano, sin cesar resonaba el latir de los cinceles que en la piedra franca labraban el adorno de baquetones y de cornisas, de gárgolas y alfices.

En la mañana del Sábado de Gloria del año en que el Papa Clemente coronó en Bolonia al señor Emperador, con hartó provecho de la Cristiandad, el capitán Diego de Canencia, que volvía a Segovia para gozar tranquilamente de los dineros ganados a costa de fatigas inauditas en el Darien, entró con sus criados en la venta de la Salceda, a cuatro leguas de la ciudad, para dar un pienso a sus cabalgaduras. Era un hombre joven todavía, aunque brillasen muchas canas en sus cabellos y anduviese encorvado como un anciano; sus facciones afiladas parecían tan morenas y curtidas que semejaban de indio bravo, y sus ojos hundidos tenían un brillo febril. Nadie reconociera la gallarda y alegre prestancia, el porte desenfadado del escudero de los Ossorios en el hidalgo aviejado que temblaba de frío, bajo sus pesadas ropas, en aquella tibia mañana de abril que desataba en los álamos la yerta savia y trocaba en regatos cantarines la nieve de la sierra.

La sombría cocina de la venta estaba casi desierta a aquella hora; una mujer trajinaba colocando escudillas y pucheros en el vasar; sentado en un poyo, bajo la campana, al calor de las brasas, había un vejezuelo, arrugado y temblón, rendido por los años y por las penas; hablaba solo, mirando derrumbarse los leños en ascua, y a veces su boca desdentada se abría en una larga risa. El capitán sentóse a la lumbré, en el asiento frontero, y por algún tiempo consideró en silencio el extraño aspecto del peregrino, que tal parecía por su sayo, por su sombrero de haldas y su bordón. Sin saber la causa, interesábase el indiano, que solía mirar todas las cosas con indiferencia y hastío, por el viejo que tenía enfrente, en cuya mirada viva y en cuyas facciones notaba algún indicio que suspenso le tenía; la huella de algo muy olvidado y muy familiar a la vez; al cabo determinóse a sonsacar al viejo, y le preguntó:

— ¿Adónde encamina el romero su jornada? ¿A Santiago de Compostela o a Montserrat, donde hace Nuestra Señora tan famosos milagros?

Sin alzar la cabeza, rióse el peregrino por algún tiempo; luego volvió a recogerse en sí mismo y, cuando ya el indiano se disponía a reiterar su demanda, respondió:

— No va a Santiago el romero, ni a Montse-

rrat, sino a la patria suya y de sus padres, que dejó, hace muchos años, condenado por traidor al Rey.

Pareció que volvía a hundirse en sus pensamientos; pero luego, como hablando consigo mismo, continuó:

— Era yo en mi ciudad tan honrado y poderoso que nada se proveía sin mi consejo; tuvo a raya muchas veces mi espada a los judíos; cuando formé bando con mis parientes y mis escuderos, nadie se atrevía a oponérseme, y en la plazuela donde mi casa-fuerte se asentaba crecía la hierba, porque ninguno era osado a pisarla que no lo pagase con la vida. Dios castigó mi orgullo permitiendo que se acabase mi linaje, que me arrojasen de mi casa y de mi ciudad y que pasase mi vejez hollando el polvo de los caminos.

Atendió el capitán cada vez con más interés a la relación del viejo; pero éste no parecía darse cuenta de que le escuchaban: callaba largos espacios, y a veces interrumpía su relato para reír o llorar.

— En la ciudad de Lisboa, por unos mercaderes segovianos, supe que el cabildo había acordado levantar una nueva catedral y que los ciudadanos, tanto los caballeros como los hombres buenos, trabajaban en las obras a porfía; entonces ofrecí a Nuestra Señora, en satisfac-

ción de mis pecados, hacer a pie la vía de Segovia, para contribuir a los trabajos de su morada, aunque no sea más que llevando una teja o ayudando a los peones a vaciar los cubos de la arena o arreando el borriquillo de los albañiles. ¡No se hará obra de tanta grandeza en la ciudad sin que en ella tenga alguna parte el linaje de los Ossorios!

Al oír estas palabras la luz se hizo tan viva en la mente del indiano que quedó como deslumbrado; los recuerdos de su juventud se agolparon con tanta claridad en su memoria, que le tuvieron inmóvil por mucho tiempo, impidiéndole hablar. Borráronse para el capitán sus años de aventuras, de triunfo y de riqueza, que habían transcurrido en una embriaguez de oro y de sangre; veía solamente la casa-fuerte de San Pablo, y en ella, llenándolo todo, la figura prócer y el gesto señorial de Rodrigo Fernández Ossorio; y, cuando pudo hacerlo, arrojóse a los pies del anciano romero y le tomó las manos, besándoselas muchas veces y bañándolas con sus lágrimas.

— Rodrigo Fernández, mi señor, a vuestros pies está ahora Diego de Canencia, el escudero, que os pide perdón y que le admitáis de nuevo a vuestro servicio.

El anciano le miró sin sorpresa y dejó impasible que aquel magnífico personaje le besara

las manos. Como si el tiempo no hubiese pasado para él, con el mismo tono con que le mandaba antaño disponer las cabalgaduras o aderezar las aves de caza, le dijo:

— Volvamos al camino, Diego; hartos hemos descansado; aun nos quedan para Segovia más de tres leguas.

El escudero le replicó humildemente:

— No habéis de entrar así, señor, en la ciudad, sino vestido con los más ricos paños de mis arcas y caballero en la mejor de mis mulas.

Dió muestras el viejo de enojarse mucho ante aquella oferta, y preguntó desabrido a su escudero si no sabía que tenía hecha promesa de entrar a pie en Segovia, y aseguró que nada en el mundo le haría cambiar de su propósito. Pesaroso de haberle ofendido, dijo el indiano:

— Entonces yo iré al lado de vuestra merced, que harta necesidad tengo de ofrecer a Dios alguna penitencia, pues soy gran pecador.

Ambos tomaron a pie la carretera seguidos por los criados del capitán, que miraban con sorpresa las deferencias de su amo hacia aquel anciano desconocido, de tan miserable aspecto. Diego de Canencia procuraba con infinito tacto avivar dulces recuerdos en la confusa mente del anciano regidor; cada uno de los lugares por donde pasaban, evocaba en su memoria numerosas escenas de caza: la ardida carrera

de un galgo, el vuelo de un halcón, alegres cabalgatas, fiestas de antaño.

Rodrigo Fernández parecía cada vez más contento y animoso; ni aun el recuerdo de su hijo muerto, tan gentil, que desenterraban las palabras del escudero, le entristecía, sino, antes bien, le dejaba una gran dulzura en el corazón.

Y así llegaron a un alto del camino, y apareció ante ellos, con toda su magnificencia, la ciudad, de la cual, casi diez años antes, salieron por distintos caminos, hacia la gloria y hacia el destierro. Rodrigo Fernández fué conociendo y nombrando los más nobles edificios, los rincones más familiares del paisaje; las parroquias donde yacían los huesos de sus antepasados; los monasterios donde pasaron santamente sus vidas tantas hembras de su linaje; su propia torre y las de sus parientes; los sotos del río, testigos de sus juegos de mozo, y, dominando ya todo, llenos de majestad, los blancos hastiales de la nueva iglesia, maravilloso esfuerzo de la ciudad entera. En aquel punto rompieron el solemne silencio cuaresmal las alegres campanas de las monjas de Santa Clara, tocando a gloria, y luego las de las parroquias del recinto: San Martín y San Juan, San Pablo, San Esteban, San Andrés, San Quirce, San Nicolás, San Facundo, San Román, y las iglesias de los arrabales se les unieron, anunciando



con su loco volteo la gloriosa Resurrección de Cristo Nuestro Señor.

El regidor y el indiano, de hinojos en el polvo del camino, olvidaron sus penas para elevar el corazón a Dios y darle gracias por aquella alegría nueva, por la fuerza extraña que les inundaba el alma en la hora del retorno.

.....

Por muchos años todavía palpitó en el claro ambiente serrano que envuelve a la ciudad, el ruido de los cinceles sobre las piedras de la iglesia nueva; desbastaban los carpinteros los rectos pinos de Valsaín y de Navafría; los herreros forjaban en elegantes rejas el hierro vizcaíno; las gubias de los imagineros tallaban los sitiales y los facistoles del coro, los retablos de las capillas. Morían unos artistas, abandonaban muchos el trabajo, buscando más ganancia en otra parte; pero otros sustituían a los muertos y a los idos, y la labor, de unas horas o de toda la vida, de aquellos hombres, iba formando el edificio que la ciudad ofrecía a Dios como una fervorosa oración de piedra y de madera, de vidrio y de metal. Muchos canónigos se sucedieron en la empresa de anotar en los libros de fábrica los maravedises que los ciudadanos aportaban para el común empeño; la dádiva de los generosos, la ofrenda de los humildes, el trabajo de los menestrales.

Durante todo el año, en las fiestas señaladas, alegraban las calles las procesiones de los estados, parroquias y oficios que pasaban a la catedral a dejar su ofrenda para las obras; iban los ciudadanos ataviados suntuosamente, con velas de cera blanca, de las que pendían monedas de oro y de plata, entre la música de trompetas, atabales y ministriles. El cabildo, con preste y diáconos, les recibía honoríficamente en las puertas, y luego el canónigo fabriquero escribía, en su elegante letra cortesana, en los libros de fábrica, notas como éstas:

«Día de la Purificación de Nuestra Señora vinieron en procesión los monederos desde la iglesia de San Sebastián.

»Domingo que fué primer día de la Pascua de Espíritu Santo vinieron a ofrecer a la obra los niños de la escuela de Garzía de Arbolanche, muy ataviados, con sus angarillitas.

»Día del Señor Sant Pedro vinieron en procesión desde San Martín los señores deán y cabildo.

»Lunes, día de Nuestra Señora de setiembre, vinieron los señores caballeros e linajes.

»En XV de agosto, que fué día de la Asunción de Nuestra Señora, vinieron a offrescer los tundidores desta ciudad...»

Y un alegre día de estío, cuando los hidalgos y pecheros, *dramatis personae* de esta simple

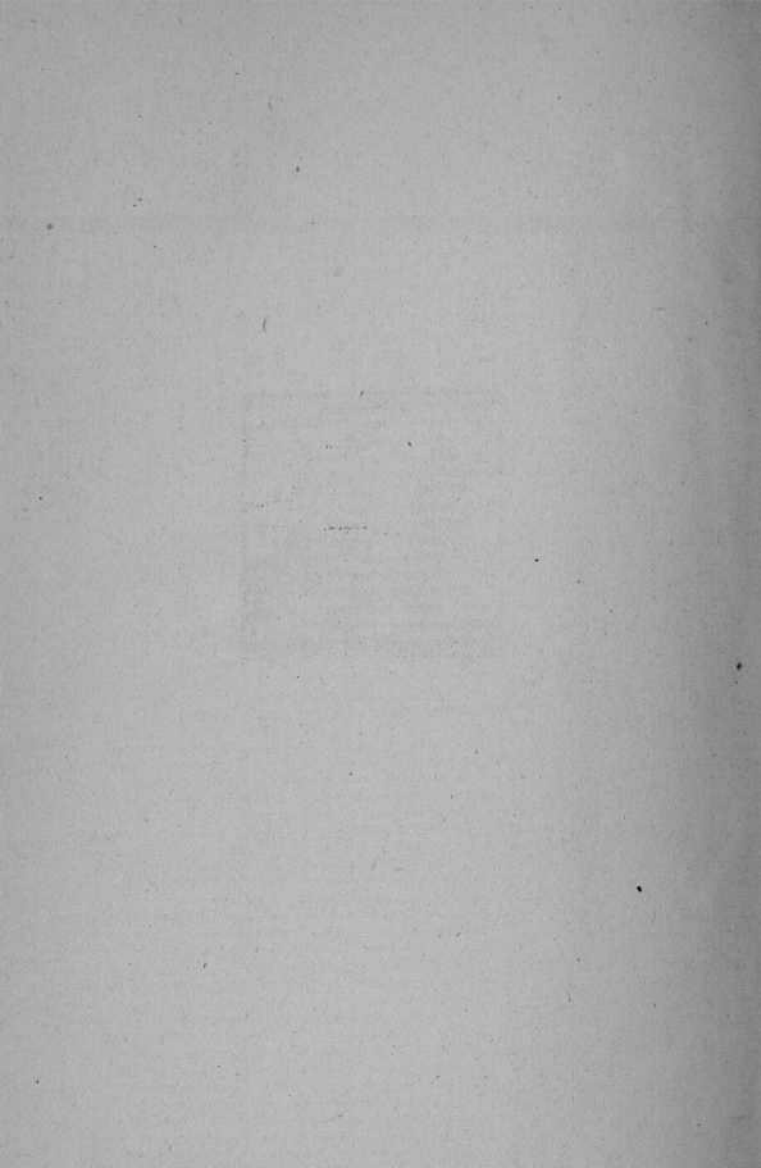
fábula dormían ya su tranquilo sueño en las capillas familiares o en el osario de las parroquias, la ciudad inauguró su catedral, y aquella noche encendió, en señal de regocijo, tantas hogueras y luminarias, que los pastores de las cabañas segovianas en los montes de León, vieron el resplandor y entendieron que se abrasaba toda. Esta fué la última empresa de la vieja Segovia, que resumió en ella todas sus energías y compendió todas sus grandezas. La mole bien labrada de exótica mazonería, se yergue sobre el caserío mudéjar y es como la áurea cumbre del peñón histórico.

A su amparo duerme la ciudad, como descansando de aquel gran esfuerzo, que ya nunca ha de superar, y en el cual se complace todavía. ¡Gocen de eterna paz cuantos, con su oración, con su trabajo o con sus ofrendas, cooperaron entonces a la gloria de Dios, y en el cielo rueguen por el que ahora escribe este libro para conservar su memoria entre los hombres!

AMEN













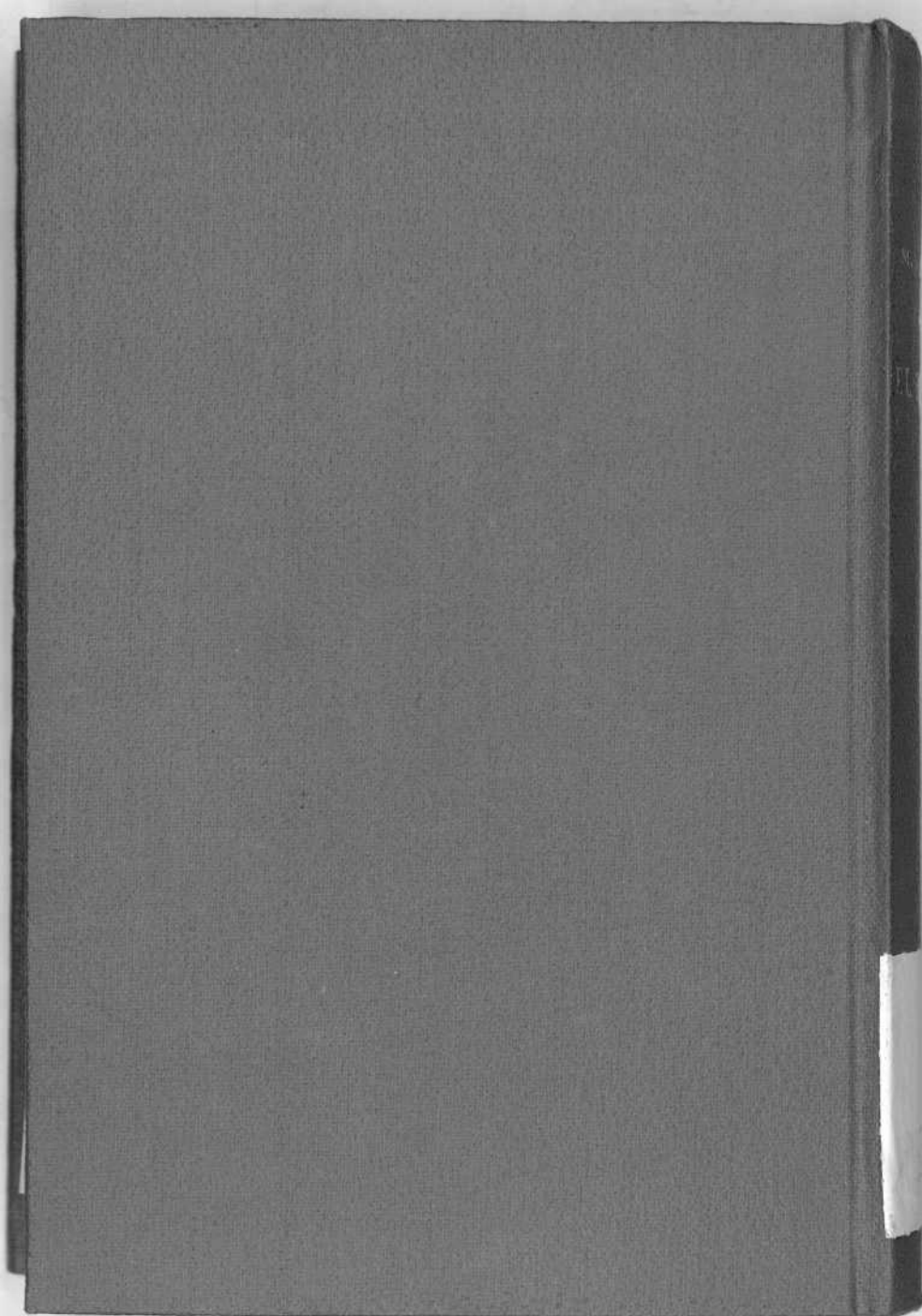












M. DE LOZOV

—

AL REGIUM

G 38707